



La Novia del Capitán

Los Cramptons

Libro -05

KARINA BEZERRA

La novia del capitán

Dos vidas y un corazón

(Los Cramptons- Libro 05)

Karina Bezerra

La novia del capitán: dos vidas y un corazón@2024.Todos los derechos reservados.

Obra protegida por la Ley 9.610 de 1998 (Leyes de Derecho de Autor).

Queda prohibida la reproducción libre o comercial de esta obra sin la autorización del autor.
Queda prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso gratuitamente, sin el debido crédito.

La novia del capitán: Dos vidas y un corazón (Los Crampton - Libro 05) es una obra de ficción, cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

El plagio es **un DELITO**

Sigue a la autora en sus redes sociales:

Instagram: @autorakarinabezerra

Email: Autorakarinabezerra@gmail.com

Resumen

Ciento once años antes...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Elizabeth:

Lord Oliver:

Ciento once años después...

La correspondencia secreta:

La audacia:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo:](#)

[Calificación del autor:](#)

“Para todos mis lectores románticos y soñadores, que creen en el amor verdadero, que tiene el poder de superar todos los obstáculos. Que estas páginas calienten vuestros corazones y os transporten a un mundo donde el amor siempre prevalece. ”

Karina Bezerra

Ciento once años antes...

Elizabeth Evans

&

Lord Oliver de Blackmore
(Futuro Duque de Cantrell)

Capítulo 1

Ducado de Cantrell, Inglaterra, 1712.

—Por favor Mimosa... apúrate... No tengo todo el día... Mamá necesita esta leche para hacer nuestro queso.— La joven campesina, agachada junto a la vaca, habló con voz suave, casi suplicante. .

Mimosa era una vaca muy buena, pero cuando despertaba así, llena de mala voluntad, se hacía difícil. Desde pequeña, la joven Elizabeth Evans ayudaba a su madre en las tareas de la casa, cuando cumplió dieciséis años también comenzó a ayudar en tareas como ir a buscar trigo al granero, ordeñar la vaca dos veces al día y cuidar las gallinas. A sus dos hermanos les quedaron tareas aún más pesadas, que requirieron mucha fuerza bruta. Una de sus principales tareas fuera de casa era ordeñar Mimosa, la vaca lechera de la familia.

La vaca escuchó sus súplicas, como en una especie de compasión, decidió quedarse callada mientras Elizabeth ordeñaba su leche. Así que en poco tiempo logró llenar el balde de cobre de tamaño mediano que traía y pudo estar tranquila.

—Buena niña, Mimosa. Ahora puedo irme. Nos vemos luego al atardecer y podréis intentar colaborar de nuevo. — Habló cariñosamente al levantarse, mientras acariciaba su hocico con una de sus manos, el cual era blanco con manchas negras que se distribuían a lo largo del cuerpo.

Luego, la joven se secó las manos en el delantal de su modesto vestido campesino gris, alisó un mechón de su largo, fino y rubio cabello que insistía en caer sobre su blanca frente. La próxima vez seguiría el consejo de mi madre y me pondría un pañuelo o una gorra en la cabeza para ayudar a sujetar parte de mi cabello y no estorbar mis tareas. Una forma que suelen utilizar otras campesinas, jóvenes o lordas. Miró con satisfacción el balde lleno de leche, con la sensación de misión cumplida, recogió el borde, levantó el utensilio y se dispuso a abandonar el lugar. El granero era grande, de madera, con un techo alto en forma de chalet, a un lado grandes montones de heno y al otro algunas vacas lecheras. No pertenecía a la familia de la joven sino al antiguo duque de Cantrell, Su Excelencia Alfred de Blackmore. Ella y su familia eran simplemente campesinos, iguales a los demás inquilinos del ducado. Donde el Duque permitió algunos “beneficios” como ordeñar algunas de sus vacas lecheras para que pudieran producir queso para el consumo. Sin embargo, la familia sólo se quedó con la mitad, la otra parte se destinó a la cocina del castillo. El mismo acuerdo se aplicaba a todo en general, cuando se trataba de trigo, cebada y muchas otras cosas, la proporción bajaba a un tercio...

Elizabeth salió del granero y encontró a unos campesinos que, en el gran patio que lo rodeaba, realizaban trabajos pesados, herrando animales, almacenando leña y heno ya cortados. Saludó a algunos con una expresión seria en su rostro. Tu madre siempre decía que las chicas solteras no podían dar mucha confianza a los hombres. Esta advertencia se redoblaba a menudo cuando se trataba de los hijos del duque de Cantrell, a quienes ella nunca los había visto. Vivían en Londres y rara vez venían al ducado. Su madre decía que hombres así sólo querían comprometer el honor de las campesinas para luego abandonarlas a su suerte. Porque los nobles ricos no se casaban con chicas pobres.

“Comprometiendo el honor...” – Al principio se preguntaba qué significaba eso exactamente, ya que su madre nunca era directa al hablar del tema y siempre andaba con rodeos. Hasta que, al observar algunas de las actividades de los animales en los pastos y campos, empezó a tener una idea de de qué se trataba y a hacer una asociación con el tema.

Entonces, Elizabeth abrió el pesado portón de madera y llevando el cubo de leche en uno de sus brazos, sujetándolo por el borde, comenzó a caminar con pasos apresurados por el ancho camino de tierra. Ese era el camino principal del ducado, al llegar a cierto punto del mismo, la joven se internaba en un estrecho camino secundario que daba acceso a su pequeña casa, donde vivía con sus padres y dos hermanos. Era verano, hacía buen tiempo y el sol brillaba en el cielo. Eran alrededor de las diez de la mañana. Ya llegaba tarde, pero fue culpa de Mimosa por despertarse de mal humor ese día. De repente escuchó un ruido a lo lejos y se acercaba cada vez más. El ruido sonaba como el de las ruedas de un carruaje corriendo por el camino de tierra y como todavía estaba en la carretera principal, en realidad podría ser un carruaje. Entonces, la joven exclamó asombrada mientras miraba hacia atrás y veía a lo lejos.

— Oh Dios... es un carruaje de lujo... Sólo he visto uno así una vez, estacionado en los jardines del Castillo Cantrell... ¿Pero quién podrá ser? ¿Debería esconderme? Una vez una lorda del pueblo me advirtió sobre el abuso que sufren las niñas ingenuas en las carreteras...

La joven sujetó firmemente el asa del cubo con una mano y con la otra levantó un poco la falda de su sencillo vestido, intentando ya correr, pues estaba asustada. Sin embargo, tenía miedo de que no fuera gran cosa y terminara corriendo el riesgo de derribar el balde de leche que estaba casi desbordado. Se preguntó si sería alguno de los hijos del duque que llegaba de la ciudad. Eso la hizo aún más aprensiva, incluso con el hecho de que, hasta donde ella sabía, algunos nobles eran más seductores de jóvenes que malhechores. Sin olvidar que podría tratarse de la propia

Duquesa de Cantrell, llegando por los dominios de su marido, una lorda de expresión pedante, a quien había visto muy pocas veces. La indecisión paralizó sus piernas, al punto que cuando se dio cuenta, el carruaje ya estaba a poca distancia. No hubo más tiempo para correr, pero intentó al menos bajar la cabeza y acelerar aún más sus pasos. Sin embargo, una maldita piedra, un maldito paso en falso y pronto sucedió algo que temía o al menos parte de ello. Elizabeth tropezó y su desesperación era tan grande.

— ¡Dios mío, no! ¡Acabo de perder la mitad de la leche para que mamá haga queso! ¿Y ahora? Mimosa ya no dará leche hoy. ¡Todos se enojarán! Especialmente mi padre y mis hermanos, que siempre son tan groseros conmigo... — Pensó la joven con una expresión triste en su rostro.

Elizabeth se agachó junto al balde, ya no del todo lleno, y con una expresión triste en los ojos, observó gran parte del líquido blanco que se esparcía por el camino de tierra roja, que pronto comenzó a ser absorbido por el suelo. Se quedó allí unos instantes, mirando al suelo, mirando el charco con ambas manos en la cabeza. Para entonces ya me había olvidado de aquel lujoso carruaje. Sin embargo, ese carruaje acababa de detenerse justo a mi lado...

Capítulo 2

— Buenos días lordita... ¿qué hace una chica tan hermosa sola en estos caminos? — Habló una voz masculina en tono seductor.

Esa voz profunda hizo que Elizabeth se estremeciera y saliera del tipo de hipnosis en la que se encontraba mirando el lugar donde se había derramado gran parte de la leche. La joven, todavía mirando hacia abajo, vio sobre el suelo de tierra roja, la hebilla dorada de una bota negra de hombre bien lustrada. Luego, levantó lentamente la cabeza y sus ojos se encontraron con un par de ojos seductores de un apuesto caballero justo frente a ella. Era un hombre alto, de unos veintiséis años, guapo, de rostro alargado, ojos azules, cabello negro ligeramente rizado recogido al final de la cabeza con una cinta de hombre y llevaba un sombrero tricornio negro. Elizabeth

pronto se dio cuenta de que el caballero vestía ropa noble y cara, un abrigo azul de buen corte, pantalones beige y botas altas bien barnizadas, muy diferente de la ropa de los campesinos locales. Inmediatamente quedó encantada por lo que vio ante sus inocentes ojos, al mismo tiempo que sentía cierto miedo hacia el caballero que tenía delante.

“Lord Jesús... al parecer es un noble y sólo podría ser uno de los hijos del duque... ¿Debo responder o correr? ¿Me hará algún daño ? ¿Yo, un campesino pobre? pero que bonito es....

Entonces, el hombre frente a ella, extendió su mano, la miró con un brillo extraño y seductor en sus ojos azul mar. Los ojos más hermosos que Elizabeth había visto jamás. De hecho, era el hombre más hermoso que jamás había visto, no había hombres así en el lugar. Ella todavía miró discretamente y vio detrás de él el lujoso carruaje oscuro, tirado por cuatro caballos marrones bien cuidados y un cochero colocado sosteniendo las riendas, esperando al hombre que estaba allí.

—Ven, bella dama, te ayudaré a levantarte.— Dijo coqueto, ofreciéndole la mano, mientras ella todavía estaba agachada, mirándolo casi hipnotizada.

— Gracias, pero no es necesario, mi lord. — Respondió tímidamente, mientras sujetaba las faldas de su sencillo y tosco vestido de algodón y comenzaba a levantarse.

Elizabeth se levantó lentamente, ya completamente de pie, se secó las manos en el delantal de su humilde vestido, con la cabeza inclinada, sostuvo el cubo con lo que quedaba de la leche en una mano, hizo una reverencia y luego se dispuso a irse. El hombre se dio cuenta de su intención y se apresuró a hablar.

-¡Esperar! Permítanme presentarme: Lord Oliver de Blackmore, hijo mayor del duque de Cantrell y heredero del título. He venido a pasar una estancia en el ducado.— Se propuso añadir este detalle, pues sabía que esta humilde joven ciertamente no entendía las reglas de sucesión.

Entonces, mientras lo hacía, Lord Oliver tomó una de sus manos delicadas, pero con callos por el trabajo duro, y la besó suavemente como se lo haría a una dama. La joven, a quien nunca le habían besado la mano, tuvo una mezcla de reacciones que iban desde el corazón acelerado, miedo hasta mariposas en el estómago. Ella permaneció inmóvil por unos momentos, mirando al hombre después de que él inclinó la cabeza y le besó la mano. Incluso su olor era diferente al de

los campesinos, pensó. Sin embargo, la voz del cochero, que observaba desde lejos, la sacó del tipo de trance en el que se encontraba.

—Perdóneme, lord, pero es prudente que no nos demoremos aquí. El duque, vuestro padre espera vuestra llegada, no se alegrará de vuestra demora. El cochero, que pertenece a la familia desde hace años, se tomó la libertad de interrumpir la escena.

—Yo... necesito irme, mi lord. Que tengas un buen día y que tu estancia aquí sea bendecida.—
Habló nerviosa, atónita.

Elizabeth enderezó el balde de cobre en una mano, ahora mucho más liviano debido a la menor cantidad de leche, le dio la espalda al hombre y caminó apresuradamente para salir de allí lo más rápido posible. Se sentía extraña, perturbada por la presencia de un caballero tan apuesto y elegante.

-¡Esperar! ¡Esperar! ¿Cómo se llama? ¿Dónde puedo encontrarla de nuevo? — le gritó Oliver a la joven que ya estaba unos metros delante de él y que pisaba con firmeza el camino de tierra.

—Elizabeth, Elizabeth Evans. Mis padres son inquilinos de vuestra merced, el Duque de Cantrell.— Miró hacia atrás y gritó rápidamente, luego le volvió a dar la espalda y continuó con largas zancadas.

—¿Y dónde vives? ¿Dónde puedo encontrarla? Gritó de nuevo, esta vez agitando su sombrero tricornio en una mano.

—En el pueblo del ducado, lord. Ahora necesito irme.

Oliver se quedó en medio del camino observando, hasta que Elizabeth se perdió de vista. Luego, se puso el sombrero en la cabeza, se acercó al carruaje para continuar el viaje, que por cierto ya estaban en dominios de su padre. Ya sólo faltaba llegar al castillo.

— ¿Qué pasa, lord Brown? ¿Por qué me miras con esa cara? — Preguntó burlonamente.

— Con todo respeto, mi lord, pero a pesar de ser hermosa, ella es solo una pobre campesina. Ya tienes hermosas mujeres en la corte para entretenimiento y hermosos pretendientes interesados en casarse. Así que no deshonres la vida de la pobre chica.

—No seas dramático hombre. ¿Qué daño hace un poco de diversión? Será bueno para ella y para mí. Después de todo, papá prácticamente me obligó a pasar esta temporada en el campo. Entonces necesitare diversión. ¡Ahora vámonos!

El cochero no respondió, sólo lo miró con una mirada de desaprobación. Los años en la familia le dieron esa libertad, pero nada más. Así que asumió su posición, tomó las riendas de los caballos y el carruaje emprendió el camino hacia el castillo de Cantrell.

Capítulo 3

Elizabeth Evans era la joya del pueblo. Una joven ingenua y soñadora. A pesar de ser muy pobre, los niños locales la codiciaban y las niñas la envidiaban. La joven era una visión de la belleza rural con su cabello largo, liso, rubio trigo y sus brillantes ojos verdes como esmeraldas. La muchacha era la campesina más bella del pueblo, todos conocían su encanto, pero se mantenía prudentemente alejada de los pretendientes locales. Incluso el hijo del herrero, el mejor partido del pueblo, ya había intentado cortejarla, pero Elizabeth había rechazado amablemente sus insinuaciones, prefiriendo esperar a que alguien le robara el corazón. Sin embargo, desde que se convirtió en una niña, a veces se preguntaba...

“Mi madre siempre dice que no hay príncipes azules y que las niñas pobres como yo debemos elegir a un chico del pueblo, trabajador honorable y conforme. Creo que es tan poco... Quería vivir una gran historia de amor. "Si era pobre o rico..."

Mientras tanto, en el imponente castillo de Keuler, se desarrollaba una seria conversación en el estudio entre el duque de Cantrell y su hijo mayor, Lord Oliver de Blackmore, recién llegado de Londres. Oliver había llegado al castillo esa mañana, trayendo consigo su habitual encanto y despreocupación, pero su padre no estaba nada contento con él. Por eso lo llamó para tener una conversación seria, tan pronto como puso un pie allí. Luego, sentado en su lujoso sillón, detrás de su escritorio lleno de papeles, mientras Oliver estaba frente a él, el Duque comenzó.

—¡Escucha, Oliver!—su voz resonando con autoridad en la lujosa oficina del castillo—Sabes por qué te llamé aquí.

Oliver permaneció en silencio, sus ojos azules evitando la mirada penetrante de su padre. Mientras que el Duque, un hombre de cabello blanco y expresión siempre seria, continuaba con expresión irritada.

— ¡Recibí más cargos como resultado de tus actividades en Londres! ¡Deudas de juego, Oliver!
— El duque golpeó su escritorio— Deudas que ya he pagado más veces de las que puedo contar. Espero que estos sean los últimos!

Había tensión en el aire mientras padre e hijo estaban uno frente al otro. Oliver finalmente levantó la vista y se encontró con la mirada fija de su padre, con una mezcla de desafío e insolencia en sus ojos azules.

—Lo sé, papá. Prometo que a partir de ahora tendré más cuidado.—prometió en falso.

El duque suspiró y una expresión de cansancio cruzó su rostro severo. Sabía que su hijo era un libertino, propenso a gastar su tiempo y dinero en placeres mundanos, pero él era su hijo, no podía simplemente desheredarlo y abandonarlo. A veces pensaba que en el fondo también era culpa de la duquesa, su madre, que lo mimaba mucho. Quizás no hubiera logrado hacer de Oliver un hombre serio y recto, pero ahora intentaría convertirlo en un hombre adulto. Aunque para ello tuviera que concertar un matrimonio con alguna rica heredera de reputación empañada para aceptarlo con fama de mujeriego irresponsable o alguna dama noble, menos favorecida en términos de belleza.

—¡Vas a pasar un tiempo aquí en el castillo, Oliver! —declaró el duque con voz firme y decidida. —Ya no puedo permitir que arruines nuestro nombre y nuestra fortuna con tu imprudencia. ¡Es hora de que aprendas tus responsabilidades como heredero de este ducado!— El anciano golpeó su mazo y decidió de inmediato, de hecho, ya lo había insinuado cuando lo llamó allí.

Oliver asintió, a pesar de estar molesto con la decisión, ya estaba resignado a doblegarse ante el testamento de su padre, sobre todo porque sabía que aún le quedaba una última deuda de juego. Al quedarse en Londres, pronto sería acusado, aunque también existía una remota posibilidad de que el acreedor enviara un mensajero a Cantrell.

" ¡Maldición! ¡Realmente tendré que quedarme aquí! Ya sea por los deseos de mi padre o para esconderme del acreedor de Londres. Por suerte, según mi experiencia mundana, creo que ya tengo diversión garantizada para esta estancia obligada".

Capítulo 4

A última hora de la tarde, cuando el sol empezaba a ponerse sobre los campos dorados de Cantrell, Elizabeth estaba ocupada ordeñando Mimosa en el granero, como hacía todas las noches. Sus hábiles dedos acariciaron la ubre de la vaca mientras ella se concentraba en su tarea diaria. De repente, una sombra cayó sobre ella y miró hacia arriba para verla asustada. Fue tal su sorpresa al ver a Lord Oliver de Blackmore parado en la entrada del granero, con una sonrisa cínica en los labios y un hermoso ramo de flores silvestres en una mano. Ella se asustó.

—Buenas tardes, hermosa lordita Elizabeth...— saludó Oliver, con una reverencia exagerada — Me imaginé encontrarla aquí y le traje unas flores silvestres como pequeño gesto de agradecimiento. Ah... y perdón por asustarte.

—Lo siento, mi lord... no te esperaba, de hecho no esperaba a nadie. Al final de la tarde, el granero siempre está más tranquilo. — La joven, ya de pie, se secó las manos en la falda, tartamudeó un poco y habló evitando mirarlo — Además, recordaste mi nombre...

— No sólo recordé tu nombre, sino también el de la lorda desde que la vi por primera vez, esta mañana. Después de todo, ¿quién olvida una visión del paraíso?

— Me da vergüenza, mi lord... — Elizabeth, sintió que su corazón casi se salía del pecho, incluso pensó que sus latidos ya se escuchaban fuera de su cuerpo.

—Así que no te avergüences, recibe lo que te ofrezco con las mejores intenciones: Flores silvestres por una flor silvestre. — Oliver hizo un gran trabajo de cortejo y seducción.

Le entregó un ramo de flores silvestres, con un agradable perfume de campo. La joven, que inicialmente tenía una expresión cautelosa, lo aceptó sin saber qué hacer con aquella amabilidad inesperada. Sintió que su corazón se aceleraba cuando lo vio allí. No sólo por el susto y su inquietante presencia, sino también por ese hermoso y refinado hombre que le acercaba flores. Ella nunca había recibido flores y eso tocó aún más su corazón...

—Gracias, mi lord...—Respondió Elizabeth tímidamente, manteniéndose cautelosa. Entonces ella, con la mirada baja, extendió el brazo y recibió las flores —Pero tengo que terminar mi tarea aquí. Si me disculpan...— Hizo ademán de agacharse de nuevo, junto a la vaca Mimosa.

Oliver, sin embargo, no parecía dispuesto a dejarla ir tan fácilmente. Dio otro paso adelante, le tocó el brazo, impidiéndole volver a agacharse. Así que con ambos de pie y sin que ella esperara, acercó su cuerpo masculino al de ella, sostuvo su rostro angelical con ambas manos y la miró. Ella permaneció inmóvil, algo asustada, sin esperar su actitud.

"Eres diferente, Elizabeth", dijo, su tono suave y persuasivo "¿Puedo llamarte así?" ¿Más íntimamente? Desde que te vi por primera vez, hay algo en ti que me atrae irresistiblemente...

Elizabeth sintió que su corazón se aceleraba mientras miraba a Oliver, incapaz de apartar la mirada de sus penetrantes ojos azules. Sabía que debía resistirse a su seducción, pero algo dentro de ella anhelaba sumergirse en esos ojos azules. Su rostro estaba muy cerca del de ella, podía sentir su respiración, su cuerpo estaba atrapado entre el suyo y una pila de bolsas de heno. Ella sintió que él quería algo con ella, pero no sabía exactamente qué.

—Por favor, mi lord, yo... no puedo...— comenzó, pero sus palabras fueron interrumpidas cuando Oliver se acercó aún más, su mano tocando suavemente el rostro de Elizabeth.

—Shh..., murmuró Oliver, su voz suave y seductora— No digas nada, solo déjame mostrarte lo mucho que me encantaste...

Y antes de que Elizabeth pudiera protestar, los labios lascivos de Oliver encontraron los de ella en un beso que comenzó delicado al principio, pero se volvió ardiente. La joven nunca había sido besada y ni siquiera esperaba que sucediera tanto de él. Luego, durante unos minutos que parecieron toda una vida, se encontró allí atrapada en esa deliciosa agonía, donde mariposas parecían volar en su estómago. Fue un momento de torbellino de emociones.

Cuando finalmente se separaron, Elizabeth estaba jadeando, sus ojos verdes todavía nublados por el beso apasionado que compartieron. Miró a Oliver con una mezcla de sensaciones inexplicables en su interior, sensaciones que apenas sabía que existían, su corazón latía incontrolablemente en su pecho. Se llevó una de sus manos a los labios, como si quisiera preservar para siempre el recuerdo de su primer beso...

—Yo... yo nunca...— comenzó, pero sus palabras se perdieron cuando Oliver la tomó nuevamente entre sus brazos, sellando su segundo beso con ardiente pasión.

—Sí, lo sé... nunca te han besado y yo fui el primero. El primero que captó la dulzura de tus labios... — Oliver, dijo sosteniendo su rostro entre las palmas de sus manos y mirando a la joven.

—Por favor, mi lord... solo soy un campesino... ¿qué quieres de mí?

- Te deseo...

— Milord, me estás confundiendo... Lo siento, pero necesito irme ahora. — La joven habló aturdida y con una voz todavía un poco sin aliento.

Elizabeth intentó coger su habitual cubo de leche, que estaba casi lleno, y salió del granero, que por suerte estaba desierto, hacia la puerta de salida. Oliver no intentó detenerla cuando ella se dio la vuelta. El hombre con una sonrisa maliciosa en los labios la vio alejarse. Más tarde, cuando Elizabeth ya estaba en su humilde residencia y acostada en su sencilla cama, los pensamientos sobre Oliver todavía rondaban su mente. ¿Realmente pensó que todo eso era sobre ella, o era sólo una especie de broma? Nunca antes se había sentido así, tan vulnerable y, sin embargo, tan viva.

Mientras se dormía, una única pregunta resonaba en su mente: *“¿Es realmente posible enamorarse de alguien a primera vista? Me siento extraño...”*

Un poco antes y tras conocer a la joven, en el castillo de Keulen, Oliver aprovechó el ambiente de la cena familiar para acercarse a su padre con una propuesta audaz.

— Lord mi padre — comenzó Oliver con la voz llena de entusiasmo — Sé que tengo que estar atrapado aquí por un tiempo, pero eso no significa que debemos dejar que el aburrimiento nos consuma. ¿Por qué no hacemos una fiesta en el castillo? ¿Un gran evento para animar las cosas? Una especie de celebración por mi llegada.

El duque sentado a la mesa en el lugar reservado para el cabeza de familia, el jefe de la mesa, simplemente dejó de comer, apartó los ojos del plato y lo miró fijamente en silencio, como si lo estuviera analizando. La duquesa, sentada a la mesa, quedó horrorizada, su expresión de desaprobación fue inmediata. La duquesa Hildegarda era una mujer hermosa, arrogante, siempre cubierta de joyas, la frescura de su primera juventud ya se había desgastado, pero aún era vanidosa y se creía por encima de todos.

—¿Una fiesta? ¿En el castillo? ¡Absurdo! No podemos llenar nuestros salones con campesinos y plebeyos.

El duque, llevándose una cucharada de sopa a la boca, reflexionó un momento, mirando a su hijo con expresión pensativa. Después de todo, Oliver no estaba en condiciones de pedir nada, pero el Duque también pensó que tal vez debería hacer ese pedido para ver si su hijo se calmaba. Luego respondió seriamente:

—Hildegarda, querida, estoy de acuerdo contigo. Sin embargo, creo que podríamos hacer una especie de excepción. ¿Qué te parece una fiesta en los jardines del castillo? Será una ocasión más informal y aún así queremos complacer a nuestros inquilinos. Por nuestra parte, podríamos celebrarlo dentro del castillo e incluso invitar a algunos de nuestros amigos más cercanos, pertenecientes a la nobleza, de ducados y condados vecinos.

Los ojos de Oliver brillaron con satisfacción, ya que pensó que su padre ni siquiera consideraría su pedido. Su madre, en cambio, hizo algunas muecas y bocas, pero acabó cediendo a la sugerencia del duque.

Capítulo 5

Una semana después

El ambiente de la fiesta en los jardines del castillo fue mágico, una preciosa luna llena en el cielo, músicos tocando alegres melodías e invitados bailando bailes populares al ritmo de la música. Además de abundante comida y bebida colocadas en grandes mesas alargadas. Mientras los invitados nobles se divertían en los salones interiores del castillo, en el exterior, los jardines estaban llenos del bullicio de campesinos igualmente felices. Nunca había habido algo así en Cantrell y la gente estaba extremadamente emocionada y agradecida al Duque.

Elizabeth, aunque inicialmente reacia a participar en las festividades, ahora se encontró ocupada en la cocina del castillo, ayudando a servir a los invitados nobles y preparar los exquisitos platos que se servirían durante toda la velada. Su madre había insistido en que ambos aprovecharan la oportunidad para ganar algo de dinero extra. Aunque se sentía incómoda con la posibilidad de reencontrarse con Oliver, no podía sacar el tema a colación con su madre y no había salida si no lo aceptaba. Sin embargo, ahora estaba más que nunca en el dominio de ese apuesto caballero, después de todo era el castillo de su padre, un castillo transmitido de generación en generación. Sin embargo, sabía que necesitaba ayudar a su familia, por lo que aceptó su responsabilidad con resignación. Pero siempre evitando encontrarse con Lord Oliver por los pasillos e intentando permanecer en la cocina el mayor tiempo posible ayudando a los cocineros.

—¡Escucha, niña! Ya has pasado demasiado tiempo en la cocina. Ahora toma esta bandeja y ve al recibidor y ayuda a servir a los invitados.— Dijo el ama de llaves de mal humor.

La joven sintió que le faltaba el suelo en los pies, necesitaría ir al salón. En medio de los nobles y la familia de Oliver, le daría vergüenza volver a encontrarse con él, pero no había forma de escapar de la tarea. Tan pronto como Elizabeth entró vestida de doncella, con una bandeja de plata en las manos y comenzó a circular entre los invitados, tratando de mantener la vista baja y ocultar su nerviosismo, vio a Oliver en un rincón de la habitación. Estaba de pie, con un cáliz en la mano y hablando con un hombre mayor que debía ser amigo del duque. Sintió los ojos de Oliver sobre ella y trató de ocultarlo, fingiendo no verlo. No estaba acostumbrada a eso y deseó poder esconderse en las sombras que las velas encendidas en los candelabros formaban en las paredes o tal vez escapar a los jardines donde había gente de su misma clase social.

“Lord Jesús... contigo luciendo tan elegante y tan bien vestido para salir por la noche, ¿cómo puede un caballero verse aún más guapo así? Sé que debo repeler cualquier acercamiento por

su parte, ya que probablemente solo quiera aprovecharse de mí y robarme mi virtud...”

Elizabeth sintió la mirada del lord sobre ella, aunque se concentró en realizar discretamente su trabajo. Ya estaba avergonzándose con esos ojos azules y esa sonrisa presumida que la seguía desde lejos. Su deseo era refugiarse nuevamente en la cocina, pero sabía que si aún así regresaba con esa bandeja llena, el ama de llaves lo regañaría. Entonces, tuvo la idea de escapar a la fiesta en el jardín, con el pretexto de atender a los campesinos afuera, por si la pillaba el ama de llaves, pero lo que realmente quería era refugiarse. Así lo hizo... Sin embargo, el lord se dio cuenta de su intención y la siguió sigilosamente. Así, en medio de tanto alboroto, hombres y mujeres del pueblo bailando, comiendo y bebiendo entusiasmados, Oliver se acercó discretamente a ella en el jardín del castillo.

—Elizabeth... eres la joven más hermosa de la fiesta. — Él, detrás de la joven, le susurró al oído, mientras la joven con una bandeja en las manos se inclinaba sobre una de las mesas para surtirle la comida que tenía en la bandeja.

—¿Lord Oliver? Lo siento, mi lord, pero me asustó - Respondió la joven con la mirada baja, al mismo tiempo que seguía organizando la comida en la mesa - Y si me permite, mi lord debería dejar de coquetear con una. chica humilde como yo y recorro a las damas que están de fiesta dentro del castillo. Sé que varios vinieron de la ciudad con sus padres.

—Ah... lordas aburridas. Ninguno de los cuales me interesa, a diferencia de ti. Apuesto a que parecería una princesa, una visión del paraíso, si tuviera los mismos vestidos y joyas que ellas.

—No importa mi lord, deberías dejarme en paz, porque no eres para mí.

—No crees lo que te digo, ¿verdad? ¿Y si te dijera que me enamoré de ti a primera vista? ¿Y quién es la chica más hermosa que he visto jamás?

— Perdóneme, lord, pero usted viene de la corte, es un noble rico. Entonces ya debes haber conocido a las mujeres más bellas de Londres.

La joven dijo esto, mantuvo este tipo de *conversación* mientras servía las mesas y el hijo del duque la siguió tratando de ocultarlo. Hasta que Oliver le susurró al oído una vez más, pero esta vez fue más coqueto, pero acompañado de una atrevida propuesta, que la dejó con la piel de gallina.

— Sí... pero eres la más hermosa y me conmoviste de una manera especial... y me gustaría mucho conocerte mejor. ¿Nos encontraríamos más tarde, a medianoche, en la playa? ¿En la región cercana al acantilado? De esta manera podríamos hablar en paz, conocernos mejor...

La joven apenas podía creer aquella atrevida promesa, pues ya habían oído que las damas de la nobleza o de las clases sociales altas ni siquiera podían estar a solas con un hombre sin compañía. Imagínese eso. Ella se giró y lo enfrentó, sospechando de sus intenciones, al mismo tiempo que al mirar su rostro tan de cerca, sintió que su corazón latía más rápido, encantada por su belleza masculina, su olor, sus provocativos ojos azules.

— Sé que puede parecer extraño, pero esta es la única oportunidad que tenemos para hablar a solas durante los próximos días. Sé que a veces estás en el granero, pero siempre puede venir alguien y siempre tienes prisa con tu madre esperando la leche en casa. Además, está lejos del castillo y es posible que esté cerrado en este momento.

Elizabeth pasó unos momentos pensando en la atrevida propuesta de Oliver y en sus declaraciones sobre lo que sentía por ella. Nunca en sus sueños más secretos había imaginado que el apuesto e imponente Lord de la región estaría interesado en una simple campesina como ella. Su corazón latía salvajemente en su pecho mientras intentaba procesar las seductoras palabras que resonaban en su mente.

Ella levantó los ojos para encontrarse con los de él, perdiéndose en la profundidad azul de esos ojos que parecían ver más allá de su estatus social. El resplandor de la luna iluminó levemente el lugar, creando un halo de misterio a su alrededor.

— Lord, no puedo aceptar una invitación tan inapropiada como ésta. No estaría bien encontrarse en secreto, lejos de miradas indiscretas. Es más, mis padres ciertamente no aprobarían tal reunión y no puedo desobedecerlos. — Respondió Elizabeth con sinceridad, desviando la mirada para no ceder a la tentación de sumergirse en esos ojos azules que la miraban con tanta intensidad.

Oliver, incluso ante su negativa, no se dejó sacudir. Su expresión confiada y decidida revelaba a un hombre acostumbrado a lograr lo que quería. Sabía decir las palabras adecuadas a la hora de conquistar, más aún tratándose de una joven ingenua.

— Entiendo tus temores, mi querida Elizabeth. Pero sepan que mi interés es genuino y no me importan las convenciones sociales que sólo sirven para mantenernos separados. Si cambias de opinión te estaré esperando en la playa al pie del acantilado a medianoche.

Oliver se alejó discretamente, dejando a la joven perdida en sus pensamientos, mientras fingía organizar la comida en la mesa.

“Y ahora... ¿debería ir a verte o no? La razón me dice que esto es algo totalmente inapropiado y mi corazón anhela conocerte...”

—¡Oye, lordita! ¡Trae un poco más de vino! ¡la jarra está vacía!- gritó en su dirección un lord mayor, ya borracho, alguien del pueblo, mientras sostenía una taza en la mano. — La ruda petición de un hombre borracho la devolvió a la realidad.

Capítulo 6

La luna llena iluminó las arenas de la playa desierta, creando un camino plateado que se reflejaba en las tranquilas aguas del mar. El suave viento de la noche traía consigo el olor a sal y el lejano murmullo de las olas rompiendo en la base del acantilado. Elizabeth caminaba con pasos inciertos por aquellas arenas oscuras, sintiendo el corazón acelerarse en su pecho, el sencillo vestido de lino, pero el mejor que poseía, balanceándose al ritmo de la brisa del mar y su agitada respiración.

Su mirada inquieta recorrió el horizonte, donde sólo se mezclaban el mar y la oscuridad. Se preguntó si había sido demasiado imprudente al aceptar la invitación de Lord Oliver, pero sus convincentes palabras todavía resonaban en su mente.

“Por Dios... espero que nadie del pueblo me vea aquí. ¿Realmente debería haber aceptado una invitación tan inapropiada?”

Cuando vio de espaldas, a lo lejos, al caballero de imponente figura, vestido con un abrigo oscuro, contra el fondo del cielo estrellado, sintió que su corazón se aceleraba aún más. Parecía un héroe de sus sueños de niña, un noble caballero, aunque estaba envuelto en sombras y

misterios.

— Lord Oliver... — llamó, su voz temblaba de nerviosismo — Estoy aquí...

Se volvió hacia ella y una lenta sonrisa se formó en sus labios cuando vio acercarse a la joven campesina. Sus ojos azules brillaban de una manera que hizo que Elizabeth sintiera un escalofrío recorriendo su espalda, pero la necesidad de estar allí, de escuchar esas promesas que calentaron su corazón, era más fuerte que cualquier vacilación.

"Elizabeth", murmuró, extendiendo la mano para que ella se acercara. — Pensé que no vendrías...

— Casi no vine — admitió mordiéndose el labio. —Pero... dado todo lo que me dijiste en el baile y que me trastornó el corazón... no pude resistirme.

Dio un paso adelante, tan cerca ahora que Elizabeth podía sentir el calor de su cuerpo y el leve aroma que su perfume amaderado dejaba en el aire. Su mano tocó la de ella, suave pero firme, le acarició los nudillos y luego los besó.

— Sé que esto te resulta difícil de creer, querida. Pero desde que te conocí no he dejado de pensar en ti. Entonces llegué a la conclusión de que no puedo seguir viviendo sin ti. Más aún después de que nos besáramos. Después de sentir la frescura y la dulzura de tus labios...

Ella no sabía cómo responder, sus palabras confundieron sus pensamientos. El toque de Oliver envió ondas de calor a través de su cuerpo y cuando él, mucho más alto que ella, inclinó su rostro y miró el de ella, la hizo contener el aliento.

— Milord... ¿por qué haces esto? Llena mi cabeza y mi corazón de palabras. Cuando sabemos que los nobles no se casan con campesinos ni con muchachas pobres. Al menos eso es lo que siempre he oído...

— Bueno, olvida lo que escuchaste. Sepa que te quiero para mí: como mi esposa y mi futura duquesa de Cantrell, el día que herede el título.

— Yo... no lo sé...

— Ahora, por favor, deja de llamarme mi lord cuando estemos solos... — Oliver, seguí

mirándola fijamente y levanté una de sus manos hacia su rostro angelical. Luego, con el dedo índice, delineó lentamente sus carnosos labios rosados.

La joven quedó aún más confundida al escuchar tal afirmación y quedar atrapada por tan seductor gesto. Intentó hablar, pero su voz se apagó cuando sus labios tocaron los de ella, suaves al principio, pero rápidamente abrumándola con una intensidad que la hizo aferrarse a él.

El beso fue un shock, incluso después del beso en el granero, y las sensaciones seguían siendo abrumadoras y el ambiente nocturno parecía volverlo todo más romántico y comprometedor. Mariposas volaban en tu estómago, como si fuera la primera vez. Se dejó llevar, perdida en lo que creía amor, en los brazos de ese hombre que prometió hacerla suya para siempre. Cuando finalmente se apartó, los ojos de Elizabeth estaban llorosos y brillaban de emoción.

"No voy a mentirte, Elizabeth", dijo, con voz ronca y su mirada intensamente fija en la de ella. — Será difícil. Mi padre... nunca lo aceptaría. Pero lucharé por nosotros. Te convenceré de que eres la mujer que quiero a mi lado.

Ella sonrió y las lágrimas corrieron por su rostro.

— ¡Oh, lord Oliver! ¡Si supieras lo feliz que me hacen estas palabras! Yo... haré cualquier cosa para estar contigo. Pero... ¿por qué entonces tenemos que esperar? ¡Casémonos pronto! Haremos esto en secreto, sé que puedo ser una buena esposa para ti, yo... — se detuvo, con la voz entrecortada por la emoción.

Él la miró, la sonrisa todavía en sus labios, pero algo se oscurecía en sus ojos. Porque los ojos, como el espejo del alma, lo traicionaron, pero no a aquella ingenua joven. Entonces la mano que todavía acariciaba su rostro se detuvo por un momento.

—Créeme, mi ángel. Necesito tiempo para preparar las cosas. Prometo que todo estará bien. Él inclinó la cabeza y besó su frente. — Pronto serás mi duquesa.

Elizabeth suspiró, con el rostro sonrojado y los ojos llenos de esperanza.

— Esperaré, mi lord. — se apresuró a corregir — lo siento, Oliver. Esperaré el tiempo que sea necesario.

Pero mientras ella sonreía alegremente, imaginando un futuro de cuento de hadas, Lord Oliver se volvió hacia el mar y su expresión se volvió más dura y distante. Sabía que esas promesas nunca se harían realidad, pero por un momento se permitió disfrutar de su inocencia, de su ingenua fe en sus palabras.

"Necesito una buena excusa para que ella se entregue a mí hoy..."

—¿Qué está pensando, mi lord? De repente su rostro se volvió aún más misterioso. Como si tuviera alguna idea... — Preguntó ingenuamente la joven.

— Sí, mi hermosa doncella. Tuve una buena idea.— Dijo coquetamente.

— ¿Y qué fue? — preguntó Elizabeth con curiosidad.

— Entrégate a mí y todo se solucionará, pues te tendré una deuda de honor y como honorable caballero que soy, insistiré en pagarla. De esa manera mi padre no podrá oponerse.

Elizabeth apenas podía creer lo que acababa de escuchar, lo que este apuesto noble, a quien conocía desde hacía tan poco tiempo, le estaba pidiendo. Siempre se oía decir *a la gente* que esto era algo impensable antes del matrimonio. Incluso cuando todavía ni siquiera sabía el significado exacto de en qué consistía el acto en sí.

Capítulo 7

Antes de que pudiera decidirse, Oliver, al ver su vacilación, la tomó en sus brazos y la besó de nuevo, al principio con delicadeza, luego con más audacia. El beso de Oliver se volvió más insistente, sus labios explorando cada rincón de los de ella, mientras sus manos firmes se deslizaban por la curva de la cintura de Elizabeth, trazando un camino que la hacía temblar de deseo y nerviosismo. Nunca antes había sentido algo tan abrumador, tan imposible de controlar.

El mundo parecía haberse reducido al calor de su cuerpo contra el de ella, el sonido de las olas rompiendo de fondo y el toque que la hacía olvidar todo a su alrededor.

— Elizabeth... — murmuró contra sus labios, su voz ronca, llena de deseo. — Ahora sabes mis intenciones y cuánto te deseo, ¿no?

Ella solo asintió, incapaz de responder con palabras, perdida en la intensidad de ese momento. Su corazón latía tan fuerte que parecía salirse de su pecho. La joven campesina quedó completamente entregada, seducida por las promesas y la pasión que él despertaba en ella. La idea de ser verdaderamente tuyo llenó cada uno de sus pensamientos.

— ¿Confías en mí? Así que entrégate a mí... Así lo haremos todo más fácil”, pidió con mirada y voz persuasivas.

Por unos instantes, la joven lo miró fijamente sin saber qué responder. Sintió que su corazón se aceleraba y mariposas en el estómago. Sabía lo que pasaría entre ellos si aceptaba su propuesta. Porque cuando era niña criada en el campo, ya había visto animales en un acto así. Pero también sabía que éste no era el camino recomendado, dentro de lo razonable. Sus padres la matarían si se enteraran, todo el pueblo la discriminaría si fuera seducida y abandonada. Aún así, pensó en las hermosas promesas que había escuchado desde que el lord la vio y respondió.

"Sí, Oliver", respondió ella, con la voz temblorosa. — Confío en ti... — Susurró.

— Me gusta oír que me llamas Oliver, de ahora en adelante siempre llámame así cuando estemos solos...

— Oliver... — Repitió la joven, como queriendo escuchar la dulzura del nombre en su boca.

Oliver la jaló suavemente hacia el suelo, donde la arena era suave y una temperatura agradable. Elizabeth, todavía tímida y vacilante, lo siguió y se acostó a su lado. Sus manos temblaban levemente, pero el deseo en los ojos de Oliver era como un imán que la atraía hacia él.

— Eres perfecta, querida. No sabes cuánto he deseado este momento desde que te conocí en el camino. Cuanto he estado soñando con tenerla para mí solo...

Las palabras, tan dulces, envolvieron a Elizabeth en un velo de fantasía. Apenas se dio cuenta

cuando él comenzó a deshacer las cintas del corpiño de su vestido, la sensación de la tela deslizándose sobre su piel expuesta era nueva, aterradora, pero al mismo tiempo, la cercanía de Oliver la hacía querer más.

— Oliver... — La joven habló un poco vacilante.

—No tengas miedo, querida. Conozco tu inexperiencia. Déjame todo a mí...

Se inclinó y sus labios viajaron desde su suave cuello hasta su hombro desnudo, mientras sus manos exploraban su cuerpo joven e inexperto con una mezcla de urgencia y cuidado calculado. La respiración de Elizabeth era dificultosa, su mente era un torbellino de sensaciones y emociones, ninguna de ellas familiar.

— Eres mía, Elizabeth. Sólo mía... — su voz era casi un susurro, mientras la recostaba sobre la suave arena, protegiéndola con su cuerpo, creando un capullo íntimo que parecía aislarlos del resto del mundo.

Ella lo miró con devoción, sus manos inseguras tocándose la cara y el pecho firme. Nunca había imaginado que ser tocada así podría ser tan abrumadora, que su cuerpo pudiera responder así. Cuando finalmente la besó de nuevo, más profundamente, ella sintió que podía disolverse allí mismo, en sus brazos.

Elizabeth apenas podía controlar su respiración cuando sintió las manos de Oliver moverse lentamente por su espalda, explorando el contorno de su cintura y bajando suavemente. Sus dedos firmes encontraron el dobladillo de su vestido y, con un cuidado casi reverente, comenzaron a levantar la tela, revelando gradualmente la piel suave y pálida de sus piernas.

Se estremeció al sentir la fría brisa nocturna tocar sus muslos, pero el cálido toque de Oliver pronto reemplazó el escalofrío con una nueva sensación, algo intenso y desconocido que la hizo jadear. Sus dedos trazaron líneas invisibles a través de tu piel, moviéndose lentamente hacia arriba hasta llegar al interior de tus muslos. Elizabeth nunca había sido tocada así, y el calor que subía desde su vientre hasta todo su cuerpo la hizo perder el sentido de la razón.

—Qué suave... —murmuró él, con la voz ronca, sus ojos fijos en los de ella mientras exploraba sus delicadas y virginales curvas. — Tan perfecto...

Elizabeth sintió que su cuerpo ardía en respuesta, y cuando él la acercó más, sus labios capturaron los de ella en un beso hambriento, todo a su alrededor pareció desaparecer. Sus manos ahora apretaron sus muslos, separándolos suavemente, y ella, llena de confianza ciega en sus promesas, se dejó llevar, entregándose en cuerpo y alma.

Su peso sobre ella era a la vez reconfortante y abrumador. Cada movimiento, cada toque, hacía que Elizabeth sintiera un deseo ardiente que no sabía que existía dentro de ella. Acarició su piel desnuda, explorando cada parte de sus piernas con un cuidado que la hizo sentir adorada, deseada como nunca antes.

Cuando finalmente se acomodó entre sus muslos, Elizabeth cerró los ojos y su corazón latía a un ritmo frenético. Lo sintió entrar con cuidado en ella, e incluso con la incomodidad inicial, lo único que pudo pensar fue que eso estaba bien, que estar en sus brazos era donde siempre debía estar.

Oliver la guiaba magistralmente, sus movimientos lentos y calculados, murmurando dulces palabras que le hacían creer que el mundo comenzaba y terminaba allí, entrelazado en la arena. Su cuerpo, todavía inocente y ajeno a ese tipo de placer, respondió a sus gestos, entregándose por completo al hombre que creía que era su futuro.

Y esa noche, bajo el brillo de las estrellas, Elizabeth entregó más que su inocencia: también entregó su corazón, su confianza. Todo lo que era suyo, se lo dio a él, sin reservas, sin segundas intenciones. Sólo con el amor puro e ingenuo de quien cree en la promesa de un final feliz.

Mientras Oliver la poseía, le susurró promesas que sabía que nunca cumpliría, sintiendo su cuerpo temblar bajo el suyo, rendido y confiado. Y, sin embargo, en medio del placer, sintió un extraño vacío, como si algo estuviera mal. No porque se sintiera culpable, sino porque sabía que, en el fondo, eso nunca significaría para él lo que significaba para ella.

Cuando todo terminó, Elizabeth se recostó contra su pecho, con los ojos cerrados y una sonrisa serena en los labios. Ella creía que ahora estaban verdaderamente unidos, sellados por un vínculo que nadie podría romper. Oliver, a su vez, la sostuvo en sus brazos, con la mirada perdida en la inmensidad del cielo. Y, mientras le acariciaba el pelo, pensó en lo fácil que sería seguir con esa ilusión un rato más, hasta que, inevitablemente, todo se desmoronara.

— Lo juro, querida. Serás mi duquesa, porque eres la mujer que siempre quise. No pienses en

nada más que en nosotros y en lo felices que seremos juntos.

Elizabeth sonrió, con el corazón lleno de amor y esperanza.

— Confío en usted, mi lord. Para siempre.

Pero mientras ella se acurrucaba más cerca de él, Oliver miró hacia el cielo y la sonrisa se desvaneció de sus labios. Esas palabras, ese juramento, significaban tan poco para él... Pero aún así, allí, en la soledad de la noche, decidió que mantendría viva la ilusión, al menos por un tiempo más. Hasta que, como todos, Elizabeth se convirtió en un recuerdo lejano más.

Capítulo 8

Castillo de Keulen, mañana tras noche en la playa

Oliver abrió lentamente los ojos, el peso de la noche anterior aún nublaba sus pensamientos. La luz que penetraba por un pequeño espacio entre las pesadas cortinas de la habitación lo molestó y giró su rostro hacia un lado, tratando de regresar a su sueño interrumpido. Pero la insistente voz de su ayuda de cámara resonó por toda la habitación:

— ¡Mi lord, por favor despierta!

— Por favor, hombre de Dios. Déjenme en paz.—El libertino habló con la voz aún ahogada por el sueño, mientras se daba vuelta en la cama.

—Tu padre te está esperando en la oficina. Parece que es algo urgente.— El valet lo sacudió, ya estaba acostumbrado a despertar así a Oliver, después de una noche de fiesta.

Oliver dejó escapar un profundo suspiro, claramente irritado. Despertarse antes del mediodía era un sacrificio para él, sobre todo después de una noche de fiesta, juegos y el inesperado placer que había tenido con Elizabeth en la playa desierta. Sus pensamientos, por un momento, se centraron en la joven, en la forma en que se había entregado a él con tanta confianza e inocencia. Sonriendo con picardía, se estiró, pero pronto la expresión seria del valet lo devolvió a la realidad.

“Dile que estaré allí pronto”, respondió, de mal humor, mientras se sentaba en la cama.

—Sí, mi lord.

El valet se fue, dejando a Oliver solo con sus pensamientos. Después de unos minutos, finalmente se levantó, se vistió con ayuda del sirviente y se dirigió al estudio de su padre.

Al entrar en la imponente sala repleta de libros y robustos muebles de madera oscura, fue recibido por la expresión severa del viejo duque. El padre estaba de pie junto a la chimenea, con una carta en la mano, claramente disgustado.

—¿Oliver! Una vez más, me entero de sus deudas de juego. ¿Cómo puedes ser tan irresponsable?
— comenzó el duque con voz firme. — Esta vez no pagaré. ¡Es hora de que dejes de comportarte como un libertino imprudente! ¡Deja de vivir del juego y de las mujeres!

Oliver resopló y se hundió en uno de los sillones.

—¿Y qué esperas que haga, padre? ¿Quieres que viva como un monje? — respondió con desdén.

— No seas insolente. — El duque entrecerró los ojos. — Te vas a casar. Y será con su prima lejana, Lady Margaret. Tiene una herencia considerable, suficiente para garantizar que sus locuras no hundan a esta familia.

Oliver hizo una mueca.

—¿Lady Margarita? Esa mujer es... fea. ¡Tiene temperamento de institutriz y es una solterona de veintiséis años!

El duque frunció el ceño, claramente perdiendo la paciencia.

—La belleza nunca apoyó la propiedad, Oliver. El matrimonio no es una elección. Es una necesidad. No hablaremos más de esto. O te casas con Lady Margaret o afrontarás las consecuencias.

Sabiendo que en la conversación ya no había lugar para protestas, Oliver se reclinó con una sonrisa cínica.

— Si es voluntad de Vuestra Excelencia, así será. — dijo, descuidadamente. — Me casaré con quien quiera, siempre y cuando eso resuelva tus preocupaciones monetarias.

El duque, a pesar de la insolente respuesta de su hijo, se relajó un poco. Sabía que Oliver no iría mucho más lejos de lo que le habían dicho, siempre y cuando supiera que estaba en juego el dinero para apoyar sus adicciones.

Con un gesto de la mano, el duque despidió a Oliver, quien, al salir del despacho, sintió una oleada de irritación mezclada con alivio. Había evitado una pelea mayor con su padre, pero

¿casarse con Lady Margaret? Eso sería un martirio.

" ¡Maldición! ¡Al menos debería haber elegido a alguien con más atributos de belleza y más joven! ¡Que una solterona sin belleza!

Mientras subía las escaleras de regreso a su habitación, un pensamiento persistente lo invadió nuevamente: Elizabeth. La joven campesina, ingenua y tan fácil de engañar, había sido una distracción divertida. Un escape de las presiones y molestias del noble mundo al que pertenecía. Su cuerpo delgado y delicado, sus mejillas enrojecidas por la timidez y el deseo...

"Ahí... mi querida Elizabeth... qué rico estaba... pero a la vez tan fácil..."

Oliver sonrió para sí mismo, recordando los momentos compartidos la noche anterior. Él aún no había roto con ella y no tenía intención de hacerlo. Por supuesto, la idea de un compromiso con Lady Margaret lo enfurecía, pero hasta que se finalizaran los arreglos tenía algo de tiempo. Un tiempo que tenía la intención de pasar disfrutando más de ese *coqueteo oculto con Elizabeth* .

"Tal vez debería invitarla nuevamente a una cita junto al mar" — pensó, mientras se ajustaba las mangas de su camisa de seda. — "O mejor dicho, tal vez debería visitarla. La pobre niña no tiene idea de lo que se avecina".

Con una última sonrisa de satisfacción, cerró los ojos por un momento, recordando la suave piel de Elizabeth bajo sus dedos y el sonido de su tímida voz susurrando promesas de amor que él nunca cumpliría.

Capítulo 9

Unos días después...

El sol comenzaba a esconderse detrás de las colinas, tiñendo el cielo de suaves tonos naranja y rosa. Oliver caminó con paso firme por los campos, con una rosa roja en sus manos, oliendo el aroma fresco del heno y la tierra húmeda mientras se acercaba al granero. Sabía que Elizabeth estaría allí, ocupada con sus tareas, y su corazón latía con una extraña mezcla de anticipación y ligera melancolía.

Cuando abrió la puerta del granero, sus ojos inmediatamente captaron la figura esbelta y delicada de Elizabeth. Su cabello dorado estaba suelto y caía sobre sus hombros mientras acomodaba el heno en un montón. Al oír los pasos, se giró y sus ojos brillantes se encontraron con los de él.

— Oliver... — murmuró, con una tímida sonrisa en sus labios, como si su simple presencia fuera suficiente para iluminar su mundo.

Caminó hacia ella con expresión serena, pero en su interior se desarrollaba una tormenta de pensamientos. Él sostuvo la rosa roja y, sin decir una palabra, se la entregó. Elizabeth tomó la flor suavemente, el toque de sus dedos se encontró con los de él por un breve momento.

—Para ti, mi dulce Elizabeth. — Susurró, viendo tu rostro sonrojarse al recibir el simple pero significativo regalo. — No puedo dejar de pensar en ti... y en nosotros.

Ella se rió, encantada por las dulces palabras, pero antes de que pudiera responder, Oliver la acercó suavemente. Sus fuertes manos encontraron la curva de su cintura y sus labios se acercaron a los de ella suavemente, como si estuviera probando los límites de su propia pasión. Sus manos levantaron las faldas de su sencillo vestido y se metió entre sus muslos blancos y regordetes, queriendo ya aprovechar la oportunidad para satisfacer su deseo.

— Prometo que pronto estaremos juntos, como debe ser. — Murmuró contra sus labios.

La joven, aunque también llena de pasión, intentó liberarse un poco de él y preguntó aún jadeando. Luego suspiró, envuelta en el calor de su cuerpo, pero una sombra de duda cruzó su mente y lo miró con aire de curiosidad.

— Oliver, ¿cuándo vas a hablar con mis padres? ¿Cuándo vas a pedir mi mano? preguntó, con la esperanza brillando en sus ojos azules.

Él dudó por un breve momento, sus ojos se desviaron de su rostro mientras buscaba las palabras adecuadas para usar. Por dentro, sabía que el futuro que prometía estaba lejos de la realidad, pero no quería destruir ese sueño tan pronto.

— La semana que viene, mi padre me pidió que fuera a Londres. Es urgente, pero... en cuanto regrese hablaré con el duque. — Mintió suavemente, sujetándole la barbilla para que ella lo mirara a los ojos. —Y luego les pediré la mano a tus padres. Esa es una promesa, mi amor.

Elizabeth sonrió, aliviada, pero no pudo evitar preocuparse.

— ¿Y si el Duque no acepta? — Susurró, sus dedos agarrando con más fuerza la rosa.

Oliver sonrió, acariciando su cabello dorado.

— Te diré que tengo una deuda de honor contigo y si aún así no la aceptas, huiremos. — Respondió con confianza. — Iremos a Gretna Green y nos casaremos allí. Nadie puede separarnos, ni mi padre, ni nadie más.

— ¿Getna Green? — preguntó la joven con ojos curiosos. Después de todo, su mundo se limitaba a Cantrell.

—Sí, Gretna Green. Es una ciudad fronteriza con Escocia y los jóvenes enamorados huyen para casarse sin permiso. O sea nosotros dos, dos jóvenes enamorados.

Las palabras eran como música en los oídos de Elizabeth, y su corazón se aceleró ante la idea de una vida con él, incluso si eso significaba huir. Sin pensarlo dos veces, ella lo acercó más, sus labios se encontraron más intensamente esta vez.

La pasión interrumpida una vez más se apoderó del momento, y pronto Oliver la llevó a un montón de heno blando en un rincón del granero. Mientras recostaba con cuidado a Elizabeth, sus manos exploraron su cuerpo, subiendo la falda de su vestido y acariciando sus suaves muslos, que temblaban bajo su tacto. Se sintió entregada, perdida en las hermosas palabras y promesas de amor que él le susurraba al oído, y en sus ojos solo había devoción.

Elizabeth no podía pensar en nada más que en el amor que sentía por Oliver y en la promesa de un futuro juntos. Todo parecía perfecto y ella se entregó a él una vez más, creyendo que estaba viviendo el comienzo de un cuento de hadas. Sus manos exploraron su piel desnuda y juntas sellaron una vez más el destino que imaginaba eterno.

Pero dentro de Oliver pronto comenzó a surgir un ligero remordimiento por tener que dejarla. Sabía que estaba comprometido, que iba a Londres la próxima semana y que no volvería. Sin embargo, mirando a Elizabeth allí, tan apasionada y vulnerable, se permitió un poco más de diversión antes de la inevitable partida.

Ella, en cambio, soñaba despierta con el día en que él le propondría matrimonio y la convertiría en su duquesa. Ni siquiera las amables palabras que murmuró pudieron ocultar la verdad que pronto se desmoronaría en su vida como un castillo de arena junto al mar.

Capítulo 10

En los días posteriores a la partida de Oliver, Elizabeth sintió su ausencia como una herida abierta. El sol brillaba en los cielos primaverales, pero dentro de ella, el vacío crecía cada día. En la pequeña cabaña donde vivía con sus padres, el silencio era la única compañía que tenía. Su madre, que ahora trabajaba en la cocina del castillo, notó la mirada distante de su hija, pero no pudo entender qué estaba pasando.

— Elizabeth, ¿qué tienes? preguntó la lorda Evans una tarde mientras preparaba el pan. — Siempre pareces tan triste. ¿Te molesta algo?

— No es nada, madre — respondió Elizabeth, forzando una sonrisa, pero evitando la mirada de su madre. — Es que... extraño algo que ni siquiera sé qué es.

Su madre observaba preocupada, pero atribuía el comportamiento de su hija a la simple melancolía de la juventud. Elizabeth, por su parte, mantenía sus manos ocupadas con las tareas diarias, pero su cabeza estaba muy lejos, siempre imaginando el momento en que Oliver regresaría a buscarla y cumplir su promesa. En la mente romántica de la joven, el matrimonio era sólo cuestión de tiempo.

“Oliver, mi amor... no soporto más tu ausencia... no puedo esperar a que vuelvas a mí...”

Mientras tanto, los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Pasaron tres meses y Oliver no daba señales de vida. Elizabeth, fiel a la esperanza, se repitió que estaba ocupada con las exigencias de su padre, que pronto regresaría para sellar el destino que ambos habían trazado durante sus noches junto al mar. Pero a medida que pasó el tiempo, algo empezó a molestarla más que su ausencia.

Su cuerpo, alguna vez tan ligero y ágil, parecía pesado. Un cansancio inusual la acompañaba y pronto se dio cuenta de que sus reglas mensuales estaban retrasadas. Al principio, trató de ignorarlo, diciéndose a sí misma que era sólo nerviosismo causado por la espera. Sin embargo, cuando comenzaron las náuseas, la realidad golpeó su mente como una verdad inevitable.

— No... no puede ser — susurró, presionando su mano sobre su vientre, como si pudiera controlar lo que estaba sucediendo dentro de él.

Durante las mañanas, mientras ayudaba a su madre con las tareas del hogar, Elizabeth intentaba ocultar su malestar. Si se despertaba sintiéndose enferma, rápidamente se tragaba lo que sentía, obligándose a sonreír y actuar como si no pasara nada. Pero cada día su barriga parecía crecer un poco más y sabía que no podría ocultarlo para siempre.

— Volverá — repitió, en voz baja, como una oración. — Volverá antes de que se den cuenta...

Elizabeth comenzó a aflojarse la cintura de sus vestidos, ocultando su creciente vientre con fajas improvisadas, bandas de lana que la joven envolvía alrededor de su vientre. Siempre que estaba en presencia de su madre o de los aldeanos, mantenía los hombros erguidos, disimulando el dolor y el miedo que ahora habitaban en su pecho. Con el paso de los meses, también empezó a evitar la presencia de sus padres, hermanos y personas que conocía. Siempre encontraba la manera de estar fuera de casa o en otra habitación de la pequeña casa. Así que trato de evitar su mirada. A veces sospechaba que su madre ya sospechaba algo parecido.

En su interior, sin embargo, la angustia aumentaba. Sabía que si se descubría su condición, se arruinaría y el nombre de su familia quedaría empañado para siempre. No podía volver a ser la misma joven inocente, pero aun así cumplió la promesa de Oliver. Había dicho que volvería. Él le había prometido que la amaba y que los dos se casarían.

— Oliver... — susurró una noche, acostada en su cama, mirando la ventana abierta. La luna iluminaba el cielo, pero la sombra del miedo ya lo envolvía.

Capítulo 11

Casi 9 meses después...

Elizabeth estaba al borde de la desesperación. Durante casi nueve meses ocultó la hinchazón de su vientre con todas sus fuerzas, apretándose la ropa tanto como su cuerpo se lo permitía. Sin embargo, la verdad ya era difícil de disimular, y las miradas cada vez más sospechosas de su madre comenzaban a provocarle un miedo cada vez mayor. Sabía que no podía seguir así por mucho tiempo. La madre, que ahora trabajaba como criada en la cocina del castillo, había comentado antes, mientras preparaba la cena:

— El duque viajó a Londres. Ella asistirá a la ceremonia de boda de su hijo mayor y también participará en las festividades - dijo, distraída, mientras disponía algunos utensilios en la humilde cocina, sin darse cuenta del efecto devastador que aquellas palabras tuvieron en Elizabeth.

- ¿Casamiento? ¿Del hijo mayor?— El corazón de la joven casi se detuvo. El aire escapó de sus pulmones como si un puñetazo le hubiera dado en el pecho - ¿Estás segura, madre mía?

—Tengo una hija. ¿Pero por qué tanto asombro? Este tema no nos interesa. Es realmente bueno tener alejada a la duquesa Hildegard por un tiempo.

— Tienes razón... ¿pero estás seguro de que es el hijo mayor? Después de todo, el duque tiene otros hijos.

—Por supuesto que sí, Lord Oliver, el que pasó un tiempo en el ducado.— Por unos minutos, la lorda Evans sintió una ligera intuición.— Elizabeth, Elizabeth... Últimamente te he encontrado muy extraño. .

Elizabeth quedó petrificada cuando escuchó el nombre de Oliver y la tan temida confirmación de que realmente era él. Las palabras resonaron como un trueno en su cabeza.

“Oliver... casándose... con otra persona... me engañó...”

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero trató de ocultarlas. Sabía que su madre la observaba con una mezcla de preocupación y sospecha. Recientemente, las miradas de la madre parecían significar que sospechaba algo, pero no se atrevía a preguntar directamente. El caso es que fue tan grande el dolor de la joven al ser sorprendida por tal revelación, que sería difícil describir con palabras tal dolor, un dolor que es incomprendido por muchos.

— Tu impresión. No soy raro. Estoy muy cansada, mamá”, murmuró Elizabeth, tratando de controlar su voz. — Creo que hoy me acostaré temprano.

Se dirigió a su pequeña habitación a la que llamaba su dormitorio, cerró la puerta lentamente detrás de ella y se apoyó en ella por un momento, tratando de no llorar. La verdad fue como un peso que le aplastó el corazón. Oliver, el hombre que la sedujo con sus dulces palabras, que le prometió matrimonio, ahora estaba lejos, casándose con otra mujer mientras ella llevaba en su vientre el fruto del amor que creía tener entre ellos.

Elizabeth se acostó fingiendo estar cansada, pero permaneció despierta toda la noche. En su mente se mezclaban la duda y el dolor : *“¿Cómo puede ser tan cruel?”* -pensó, con la vela apagada y los ojos fijos en el techo oscuro de la habitación

Él le había dicho que la amaba, le había prometido que volvería por su mano y ahora... se casaba con otra persona . No podía creerlo, sabía que la habían engañado, pero parecía estar viviendo una pesadilla. Además, todavía se sentía culpable por una verdad: a pesar de todo, todavía lo amaba.

"Todavía lo amo". — pensó, mientras las lágrimas corrían silenciosamente por su rostro. No podía dejar de amar a Oliver, aunque sabía que la habían engañado.

Y lo peor de todo, estaba ese niño. Ese bebé que llevaba en secreto, y que ahora no podía esconder por mucho más tiempo. Su cuerpo la traicionó, cada curva revelaba más y más de lo que intentaba ocultar a todos, especialmente a su madre. ¿Qué haría ella? ¿Qué dirías cuando tu barriga ya no pudiera disimularse? Fue prácticamente un milagro haber logrado disimularlo tan cerca de nueve meses. Bueno, una vez escuchaste la conversación de tu madre con una anciana partera, quien decía que en el primer embarazo la barriga solía ser más pequeña. En ese momento, Elizabeth se sintió completamente perdida, sola en un mundo que no tendría piedad de una joven madre soltera.

Cuando la luz del amanecer comenzó a invadir su habitación, Elizabeth, que no había pegado ojo, tomó una oscura decisión que cambiaría todo el curso natural de la historia. Pero al tomar esta decisión, también decidió que todos deberían conocer sus motivos.

Él necesita saber, la gente necesita saber... No me llevaré este secreto y este dolor a solas conmigo...

Se levantó, se dirigió a una pequeña mesa rústica, en un rincón de la habitación, donde guardaba sus pocas pertenencias y de una bolsa de tela oscura sacó una hoja de papel y una pluma. Algo raro en las pertenencias de una joven de esa clase social, pero hace algún tiempo, ella y algunas jóvenes del ducado tuvieron el raro privilegio de aprender a leer y escribir. Luego, con manos temblorosas, comenzó a escribirle una carta a Oliver, aunque sabía que nunca la leería. Ese sería el primero y el último que escribiría dirigido a su gran amor. Puso en papel todo su sufrimiento y amor, el dolor que sentía al ser abandonado y la esperanza de que, de alguna manera, algún día se arrepintiera.

Después de terminar, leyó sus propias palabras con ojos llorosos, luego enrolló la carta con cuidado y la colocó dentro de una botella que encontró guardada en el fondo del armario. Con un chal para protegerse del viento de la mañana, Elizabeth salió de la casa y caminó hacia la playa. El mismo lugar donde meses atrás se había entregado a él por primera vez. Cada paso hacia la playa de arena era un paso más hacia el final de todo. Estaba llena de profunda tristeza y su corazón, una vez lleno de esperanza, ahora estaba destrozado. En verdad no sabía exactamente lo que quería, mil cosas pasaban por su mente, mientras al mismo tiempo acariciaba su vientre crecido, donde había un poco de vida, a punto de nacer.

“Hijo mío... cuánto te amo... me perdono por todo, pero no veo salida... Tú sufrirás tanto o más que yo, en este mundo ingrato y lleno de prejuicios...”

Capítulo 12

La mañana se abrió gris, con pesadas nubes que parecían reflejar el estado de ánimo de Elizabeth. El viento frío soplaba implacablemente, azotando su largo cabello color trigo alrededor de su rostro pálido y manchado de lágrimas. La joven caminaba con dificultad por el pasto cercano al acantilado, sosteniendo la botella que contenía la carta escrita al amanecer. Cada paso era incierto, vacilante, como si la misma tierra bajo sus pies fuera a desmoronarse en cualquier momento.

"Oliver... ¿cómo puede ser tan vil y mentiroso..."

Su mano libre acarició su prominente vientre, y una opresión de dolor subió en su vientre, anunciando lo inevitable. La joven se detuvo por un momento, colocándose la mano en el estómago e intentando, en vano, contener lo que estaba por suceder. Sintió el peso del niño y, al mismo tiempo, el peso del futuro, lo que la esperaba allí, sola, sin Oliver, sin el amor prometido y nunca cumplido.

— No, no... — susurró, con la voz quebrada, sus ojos llorosos mirando hacia el horizonte lejano, donde el mar embravecido golpeaba violentamente las rocas.

Sabía que había llegado el momento. El bebé, fruto de un amor que había resultado tan cruel, quería nacer, y la realidad de lo que vendría después la golpeó fuerte, como las olas en las rocas de abajo. Sus rodillas cedieron y cayó al suelo húmedo, su vestido se ensució con tierra y pasto. La botella, que antes había sostenido con tanta fuerza, se le resbaló de la mano temblorosa y se alejó rodando, desapareciendo hacia la playa.

— Por Dios... qué dolor tan inmenso... no es posible... creo que va a nacer...— Gimió, ya recostada en el pasto, rodando de dolor y sujetándose el vientre.

Las contracciones llegaron con fuerza y Elizabeth, sola e indefensa, jadeaba de dolor. Cada nueva oleada de agonía hacía temblar su cuerpo, pero el peor dolor estaba en su corazón. Lágrimas calientes corrían por su rostro mientras luchaba por traer al mundo al niño que había llevado durante nueve meses, un niño que nunca conocería a su padre, que había sido engañado por el destino mismo.

— Oliver... — murmuró con el último suspiro de fuerzas, mientras el bebé finalmente nacía, envuelto en la mezcla de sufrimiento y esperanza destrozada — Tuvimos un hijo... Le di un hijo... — Ella. habló para sí mismo mientras miraba fijamente a la pequeña criatura, que acababa

de nacer, todavía entre su hierba y sus piernas manchadas de sangre.

Sin aliento y exhausta, Elizabeth sostuvo al recién nacido en sus brazos. Los llantos del pequeño bebé parecían resonar en el vasto vacío que la rodeaba, pero para ella era un sonido distante, casi irreal. Su mente estaba hecha pedazos, mientras su cuerpo temblaba, consumido por el esfuerzo y la desesperación.

— Mi hijo...— susurró, abrazándolo contra su pecho, las lágrimas cayendo silenciosamente por su rostro. — Eres todo lo que me queda... no podemos separarnos... pero al mismo tiempo no sé si podremos soportarlo todo...

Por unos momentos, el mundo pareció congelarse a su alrededor. El viento amainó y todo lo que Elizabeth sintió fue el calor de ese pequeño ser en sus brazos, tan inocente, tan puro, en contraste con el caos y el dolor que la abrumaban. Pero entonces, la realidad volvió a invadirla con fuerza abrumadora.

Sabía que no podía volver atrás, sus padres nunca la aceptarían ante tal revelación. También sabía que la vergüenza, el rechazo y los prejuicios la aguardaban si decidía quedarse allí. La mirada sospechosa de su madre, los chismes de la gente del pueblo... Nada podía cambiar el hecho de que Oliver la había dejado para casarse con otra persona, y ella estaba sola, completamente sola. Estaba atrapada entre la espada y la pared con su esposa, no podía confesar su historia de amor con Oliver ni inventar un falso padre del pueblo para su bebé.

“¿Qué será de mí, Lord Dios mío...”

Sin saber exactamente qué la movía, Elizabeth se levantó con dificultad, aún abrazando al bebé contra su pecho. Le temblaban las piernas mientras caminaba, lenta y vacilante, hacia el acantilado, donde las olas del mar rompían con fuerza, como un reflejo de su propia agitación interior. El aire helado le golpeó la cara, pero apenas lo sintió.

Entonces, de pie al borde del abismo, el corazón de Elizabeth pareció pesar tanto como el dolor que llevaba. Miró al horizonte, donde el cielo gris y el mar se encontraban a lo lejos. Las lágrimas fluían libremente ahora, mientras su mente estaba perdida en pensamientos inconexos. Presionó al bebé contra su pecho con una mano y levantó la otra hacia el cielo, como clamando por una respuesta, por una salida que nunca llegó.

— Maldita sea... — su voz salió como un susurro al principio, pero pronto se convirtió en un grito que resonó por los acantilados. —¡Malditas sean todas las generaciones de los duques de Cantrell y sus duquesas durante cien años! ¡Que los duques nunca disfruten del amor verdadero y que sus duquesas siempre se vayan después de darles un heredero!

Su voz se perdió en el viento, arrastrada por las olas que rompían contra las rocas de abajo. Las palabras de Elizabeth, llenas de dolor y resentimiento, parecieron invocar una fuerza mayor, como si el universo entero estuviera conspirando para marcar ese momento de tragedia. El eco de la maldición resonó a lo lejos, como una oscura advertencia que el tiempo no sería capaz de borrar.

La joven dio un paso más hacia el abismo, las lágrimas cegaban su visión. El peso de tu elección parecía más ligero ahora. Al menos, al caer, su sufrimiento llegaría a su fin y su corazón roto finalmente encontraría la paz. El bebé, aún en sus brazos, gimió suavemente, ajeno al destino que le esperaba.

Pero en el último segundo, algo en Elizabeth vaciló. Sus manos temblorosas sujetaron al niño con fuerza contra su pecho y, por un momento, su mirada volvió al rostro inocente de su hijo. El amor que sentía por él era tan abrumador como el dolor que la consumía.

— Perdóname... mi amor... — susurró, en voz baja, antes de dar el último paso. —Pero no veo una salida para los dos...

Y entonces, el mundo que lo rodeaba se derrumbó. La joven abrazó aún más fuerte a su hijo contra su pecho y se arrojó por el precipicio. Llevando consigo todo el dolor y el dolor de quienes lo causaron. Además de la vida en sus brazos, que por miedo a su cruel e incierto destino, también se llevó consigo.

Elizabeth:

La mañana era gris y el viento silbaba entre los acantilados. John, un sencillo campesino, atravesó los verdes campos, como cada mañana, hacia el pueblo, donde ayudaba en la pequeña tienda local. El hecho de que supiera leer y escribir, algo poco común entre los campesinos, lo convirtió en una mano de obra calificada. Los últimos días habían estado llenos de rumores sobre una tragedia ocurrida en la playa cercana, pero él, concentrado en su trabajo, tenía poca implicación en los chismes del pueblo.

La hierba, húmeda de rocío, se doblaba con el viento, dejando al descubierto pequeñas flores silvestres que crecían entre las piedras. Mientras John se acercaba al borde del acantilado, contemplando el vasto y agitado mar, algo inusual llamó su atención. Allí, entre los altos pastos, parcialmente cubiertos por barro y pasto, yacía en el suelo una pequeña botella de vidrio, como si el viento o las olas la hubieran arrojado allí. John se rascó la cabeza y miró fijamente el objeto.

—¿Qué tenemos aquí? — murmuró, arrodillándose para recogerlo.

La botella estaba sellada con un corcho hermético y dentro vio un trozo de papel. El hombre, curioso, abrió con cuidado la botella, sacó la carta y la desdobló lentamente. Las palabras, escritas con letra delicada y dolorosa, revelaban una historia trágica:

A todo aquel que encuentre esta botella, que sepa que aquí adjunto no sólo mis palabras, sino mi sufrimiento. Mi nombre es Elizabeth, una joven campesina engañada por promesas vacías y heredera del ducado, algo que nunca debería haber sido. Estoy a punto de dar a luz una pequeña vida que, junto con la mía, probablemente se extinga. No encuentro fuerzas para continuar y solo veo oscuridad frente a mí. Esta carta es mi última petición de perdón, aunque sé que es posible que el mundo nunca me perdone. perdonar. El cruel destino y mis decisiones me trajeron hasta aquí, y aquí termino mi historia. Pero cierro, dejando esta maldición: “ ¡Malditas sean todas las generaciones de los duques de Cantrell y sus duquesas durante cien años! ¡Que los duques nunca disfruten del amor verdadero y que sus duquesas siempre se vayan después de darles un heredero!

Elizabeth Evans

Las palabras pesaron mucho en el corazón de John. Hizo la señal de la cruz, sintiendo una extraña tristeza y reverencia por el espíritu de la joven cuya vida había sido tan cruelmente truncada.

— Por Dios... este mensaje lo escribió la joven que se arrojó del acantilado hace unos días...—
El hombre habló para sí con los ojos muy abiertos.

Mientras tanto, al otro lado de la existencia, Elizabeth despertó en un lugar que no reconocía. Se sentía ligera pero aturdida, como si hubiera salido de una larga pesadilla. Todo a su alrededor estaba envuelto en oscuridad, sin contornos claros, y un silencio tranquilizador llenaba el aire.

De repente, una presencia, invisible pero sentida, se manifestó, el lugar se llenó de una suave luz. Una voz suave y serena habló:

— Elizabeth... despierta.

Miró a su alrededor, confundida y desorientada.

— ¿Dónde estoy? — susurró. — ¿Qué me pasó?

— Ya no estás en el mundo de los vivos, pero tampoco has encontrado la paz. Tu viaje no ha terminado, porque cometiste un grave error al interrumpir tu viaje en la tierra, quitándote la vida y la de tu hijo. Hay consecuencias que tendrás que afrontar.

Elizabeth sintió una oleada de angustia aplastar su pecho al recordar sus últimos momentos. La playa, la tristeza que la consumía, la desesperación... todo volvió en dolorosos destellos.

— No tenía otra opción... Estaba tan sola que él me abandonó... mi hijo y yo sufriríamos aún más si continuábamos viviendo... — dijo casi en súplica. Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro, como si la culpa finalmente la hubiera alcanzado.

— Tus sufrimientos fueron grandes, pero al rendirte interrumpiste un ciclo de vida. Ahora, deberás volver a expiar este error. Reencarnará en la misma familia donde lanzó la maldición, donde experimentará la falta de una madre, y enfrentará el vacío y el dolor de la espera. Los

desafíos que evitaste enfrentar en esta vida estarán ante ti nuevamente. Pero esta vez debe ser fuerte.

Elizabeth sintió el peso de las palabras y supo en el fondo que eran justas. Aunque el arrepentimiento fue grande, no pudo deshacer el pasado. Pero había esperanza de redención, aunque el camino fuera largo.

— ¿Mi hijito? ¿Dónde está? ¡Lo necesito!— De repente se dio cuenta, atónita, de lo que había hecho, el enorme arrepentimiento le dolía en el pecho, mientras miraba sus brazos vacíos.

— Todo a su tiempo... no tiene nada que espiar... fue víctima todo el tiempo. Cuando pagues tu deuda, lo volverás a tener entre tus brazos...

—¿Qué pasa con él? — susurró, con la voz ahogada por el dolor y el resentimiento. — Lord Oliver... ¿pagará también por lo que hizo?

La voz permaneció tranquila, sin rastro de odio o juicio.

— Sí, él también pagará. Oliver y tú os reencontraréis en otra vida, donde tendréis que afrontar retos para estar juntos. Él también reencarnará y pasará por las pruebas debidas: tendrá que demostrar a los demás que es digno de ti, pasará por el dolor del anhelo y la espera. Además, nacerá con la necesidad de luchar con valentía para compensar la persona cobarde e irresponsable que fue en el pasado.

Elizabeth presionó sus manos contra su pecho, sintiendo una mezcla de alivio y tristeza. Sabía que el amor que sentía por él era verdadero, pero sus decisiones habían sido crueles. Ahora, ambos enfrentarían el destino.

— ¿Habrá futuro para nosotros? — preguntó, casi temeroso de la respuesta. — Después de todo esto... ¿podemos... encontrarnos de nuevo?

La presencia a su alrededor se sentía más suave, pero igualmente firme.

— Si ambos completan su viaje con dignidad, si afrontan sus desafíos con fortaleza y aprenden las lecciones que necesitan, algún día podrán reencontrarse. El verdadero amor, cuando es probado y purificado por el tiempo y el dolor, puede renacer. Pero no antes de que cada uno

cumpla su camino.

Elizabeth cerró los ojos, absorbiendo esas palabras con una mezcla de esperanza y resignación. Sabía que el camino que tenía por delante sería difícil, pero por primera vez, una pequeña luz de esperanza brilló en su corazón. Tendría otra oportunidad, otra vida, donde podría pagar por sus errores y, quién sabe, encontrar la paz.

— Haré lo que sea necesario para pagar mi deuda con el universo y con mi pequeño hijo... — dijo con voz firme y decidida.

La presencia a su alrededor pareció alejarse suavemente, dejando sólo un último susurro en el aire:

— Que el tiempo sea tu guía y que la luz del arrepentimiento prevalezca sobre la oscuridad de tus acciones.

Elizabeth fue envuelta por la luz y desapareció, su alma lista para enfrentar la próxima vida y los desafíos que el destino le tenía reservados. El ciclo comenzaría de nuevo, tanto para ella como para Oliver, y las deudas del pasado tendrían que ser pagadas, en otra vida, en otra historia.

Lord Oliver:

Londres, cincuenta años después...

Una ligera lluvia golpeaba las ventanas de la mansión y el suave sonido de las gotas resonaba en la casa vacía. Sobre la inmensa cama de caoba tallada yacía el cuerpo debilitado del duque Oliver de Blackmore, alguna vez un hombre lleno de vigor, vicios y pasión por la vida. Ahora los días de lujo y libertinaje parecían lejanos, como un sueño casi olvidado. Su cuerpo estaba cubierto con una fina manta de lino, y su rostro, marcado por el tiempo y los excesos, mostraba el aspecto de un hombre a punto de dejar este mundo.

El aire en la habitación estaba pesado, no sólo por la enfermedad que consumía sus fuerzas, sino por la ausencia de seres queridos que lloraban su partida. Tenía un hijo, pero el joven estaba estudiando en Francia y, a pesar de la carta enviada, no había vuelto a verlo. Oliver sabía que su hijo nunca regresaría a tiempo. La relación entre ellos había estado marcada por largos años de distanciamiento, y la culpa le oprimía el pecho más que cualquier dolor físico. Nunca fue un padre actual. Dejó la educación de su único hijo a los sirvientes y preceptores, su esposa fallecida durante el parto no fue el motivo de esta decisión, ya que él nunca la amó. Sino más bien su forma temeraria e irresponsable de ver la vida. Permitirse la fiesta y las adicciones.

A su lado, sólo su fiel sirviente personal, Harold, permanecía en silencio, observando con lealtad inquebrantable pero sin hacerse ilusiones sobre el destino de su amo. El viejo sirviente sabía que los días del duque estaban contados y que el médico que había estado esperando con tantas esperanzas probablemente llegaría demasiado tarde.

"Harold", murmuró Oliver con voz ronca, tratando de reunir las últimas fuerzas para hablar. — Parece que el doctor no llegará a tiempo, ¿no?

El sirviente, de pie junto a la cama, se inclinó ligeramente para escuchar mejor lo que decía el duque. Sacudió la cabeza, con una mezcla de tristeza y respeto.

— No lo sabemos, mi lord. Pero creo que vendrá pronto", respondió Harold con su habitual formalidad.

Oliver sonrió débilmente, una sonrisa que no llegó a sus ojos. Sabía que ese sería el último día, la última noche. Su cuerpo estaba demasiado cansado, y su alma, aún más.

— Harold... eres el único a mi lado. El único que se preocupa por el viejo Oliver", dijo con amargura. — Mi propio hijo... ni siquiera tuvo la decencia de responder a mi carta. Pero no lo

culpo, ¿sabes? Fui un padre ausente... y ahora pago el precio por ello. De hecho, pago el precio de tantas cosas, de tantas actitudes egoístas e intrascendentes...

Harold bajó la cabeza respetuosamente, sin interrumpir al duque. El silencio en la habitación parecía hacer eco de cada palabra como una frase final.

— Ah... la vida, Harold — continuó Oliver, mirando al techo con ojos que veían más allá, como si estuviera revisitando un pasado lejano. — Me casé por dinero... mi pobre duquesa, murió al dar a luz, y yo... yo no la amaba. No lamenté su pérdida, lo supe en el momento en que vi su cuerpo frío y sin vida. — Tosió, la debilidad ya se apoderaba de él. — Viví como quería. Fui un libertino, un jugador... y lo único que gané fue un hijo que apenas me conoce.

Harold, mudo, se limitó a colocar ligeramente su mano sobre la manta, cerca del brazo del duque, un gesto discreto, pero lleno de compasión. Oliver cerró los ojos por un momento, sintiendo el peso de las décadas que había vivido.

— Ah, pero hubo una deuda que nunca pagué... la más grande de todas y mi mayor arrepentimiento... — murmuró, con los ojos aún cerrados, como si estuviera hablando con un fantasma. — Esa joven... esa dulce e ingenua Elizabeth. La seduje, la llevé a la ruina... y nunca hice nada para arreglarlo. Ella murió por mi culpa, Harold.... — Su voz se apagó por un momento, y tragó con fuerza.

— Lo siento, excelencia, pero en nombre de todo el tiempo que he servido a la familia, ¿puedo hacerle una pregunta? — Le preguntó el criado con cautela.

—Sí...Haroldo...

— ¿La amabas?

— Ella era la única mujer que amaba de verdad. Pero fue necesaria una tragedia para darme cuenta de eso. Fui tonto y cobarde. Y ahora... ahora es demasiado tarde.

Harold escuchó en silencio, las palabras de Lord Oliver resonaban con una profundidad que rara vez revelaba. Harold conocía los muchos secretos de su amo, pero escucharlos en los últimos momentos de la vida del duque era casi insoportable. Pero en el fondo él ya lo sabía. Después de todo, cualquiera que no supiera sobre esa joven y la maldición lanzada... simplemente visitó a Cantrell y las conversaciones pronto llegaron a sus oídos. Especialmente entre los sirvientes.

Oliver tosió una vez más, su debilitado cuerpo apenas respondía al esfuerzo. Sus ojos, ahora pesados, se cerraron lentamente mientras dejaba escapar un suspiro, como si los recuerdos de la joven campesina hubieran agotado lo último de su energía.

"Moriré solo... si no fuera por ti, Harold", susurró, con un último destello de gratitud. — Pero está bien... eso me lo esperaba.

El viejo sirviente asintió, su expresión aún impasible, pero sus ojos delataban un rastro de tristeza.

— No culpo a nadie... — murmuró Oliver, su voz ya muy baja. — Ni mi hijo, ni la vida... Sólo yo. Después de todo, como suele decirse, somos dueños de nuestras elecciones y prisioneros de las consecuencias.

Y entonces, la habitación quedó en silencio.

Los ojos de Lord Oliver ya no se abrieron. Su cuerpo se relajó, como si finalmente hubiera encontrado la paz que tanto se le había escapado en la vida. Harold, sintiendo el final, tomó la fría mano del Duque por un momento y luego la soltó respetuosamente.

La lluvia seguía cayendo, suave e incesante, como si el cielo llorara la partida de un hombre que, a pesar de todos sus errores, finalmente había afrontado la verdad con su último aliento.

Ciento once años después...

Lady Juliette de Blackmore

&

Capitán Simón Voldstock

La correspondencia secreta:

Londres, primavera de 1823 (111 años después...)

Querido Lord Simón...

Sé que nuestra correspondencia secreta no es apropiada, ya que no tenemos un compromiso formal ni siquiera el permiso de mis padres para cortejarme debido a mi corta edad. Sin embargo, nada alegra más mi día y mi vida que la llegada de noticias tuyas con cada carta. Esta primavera acabo de cumplir dieciséis años, lo que me hace muy feliz, pero no porque el año que viene podré participar en mi primera temporada social, sino porque a medida que crezca será más fácil para mi padre darme el permiso oficialmente. Porque su justificación, ante alguna discreta insinuación de mi madre sobre los pretendientes, es que todavía soy muy joven.

Me da vergüenza confesarte, pero desde que te conocí la Navidad pasada, durante nuestra cena de Navidad, no ha habido un solo día en el que no piense en ti, una sola noche en la que no sueño contigo. . De hecho, siempre tengo la extraña sensación de que te conozco de antes, quizás por eso me siento tan cómodo intercambiando cartas contigo y confesándote mis sentimientos. ¡Oh! La tía Eugenia ha sido un ángel para nosotros, porque sin ella no sé cómo sería posible nuestra comunicación.

Respetuosamente.
lorda Juliette

Edimburgo, primavera de 1823.

Querida lorda Juliette...

Aunque les aseguro que tengo las mejores intenciones para ustedes, sé que lo que estamos haciendo no es lo apropiado. Incluso pido disculpas, ya que fue mi iniciativa. Fui yo quien tuvo la audacia de enviarle en secreto la primera carta y también agradezco mucho a nuestra tía Eugenia, esposa de mi tío, por su ayuda. Es increíble como yo también tengo la sensación de que ya la conozco. De hecho, desde que te vi por primera vez aquella mañana de Navidad en tu casa de Londres, donde impulsivamente y sin malicia rompí el protocolo besando tu delicada mano sin guantes, al ser presentada, no he estado capaz de sacarte de mi mente y de mi corazón. Aún siento el calor de tu piel en mis labios, tu imagen me acompaña en mi mente dondequiera que vaya. La promesa que me hiciste,

aquella noche de Navidad, cuando prometiste esperarme, sólo consolidó aún más el amor a primera vista que sentí cuando te conocí. Puedo decir que la amo con todas mis fuerzas.

Quisiera aprovechar para felicitarte por tu cumpleaños, aunque no te he visto desde entonces puedo decir que eres una hermosa rosa que al florecer se vuelve cada día más hermosa. Lo cual me da celos y miedo, porque cuando participes en tu primera temporada social, aparecerán varios pretendientes para tu mano. Sigo pensando: ¿todavía me recordará cuando eso suceda y cumplirá su promesa de esperarme? Al fin y al cabo, tengo sangre noble, pero sólo soy el hijo mediano, sin título y que aspira a la carrera militar. Incluso temo que tu padre, el duque, no crea que soy digno de ti. Después de todo, eres su única hija.

Respetuosamente
Lord Simón

Londres, verano de 1823 .

Querido Lord Simón,

A pesar de mi inexperiencia, siento desde el fondo de mi corazón que usted es un caballero honorable y que sus

intenciones hacia mí son realmente las mejores como afirma. En cuanto a la temporada y pretendientes que puedan aparecer en el futuro, no debes preocuparte por eso. Porque la temporada social ya terminó con la primavera y mis padres pensaron que aún no era apropiado que yo participara, sino solo el próximo año, a la edad de diecisiete años. Sin embargo, cuando llegue este momento, tal vez pueda participar para complacer a mi madre, quien realmente quiere que me presenten a la reina, pero al mismo tiempo quiero estar oficialmente comprometido contigo, para no dejar espacio para cualquier pretendiente. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para dejar claro, ya que tocaste el tema, que no me importa que seas el hijo mediano y no heredes el título.

Me alegra leer que me amas, porque yo también te amo, Lord Simon. Siempre tengo la sensación de que mariposas se apoderan de mi estómago cada vez que abro una nueva carta tuya o releo las antiguas. ¡Oh! A pesar de mi manera tímida y obediente, soy muy obstinada cuando quiero algo. Prometí que te esperaría y cumpliré mi palabra.

Respetuosamente
lorda Juliette

Edimburgo, verano de 1823.

Querida Juliette,

Me alegra saber que me amas tanto como yo a ti. De hecho, creo que es hora de que dejemos de lado algunas formalidades entre nosotros, mi amor, como que empecemos a llamarnos por nuestro nombre de pila. Sabes que cumplí dieciocho años y acabo de alistarme en el Ejército Real de Su Majestad el Rey Jorge IV y estoy doblemente feliz. Porque cumpliré mi sueño de servir al rey como sirvió mi tío el Capitán Roberth y al mismo tiempo tengo su amor, su promesa de que me esperará. Sepa que no se arrepentirá, ya que pretendo hacerle muy feliz en un futuro próximo, como mi esposa y madre de mis hijos.

Aprovecho para comunicaros que este verano me embarcaré rumbo a la India, será en esta colonia inglesa donde serviré, pero dentro de dos años estaré de vuelta y os pediré oficialmente la mano en matrimonio. Sería muy feliz si pudiera abordar contigo como mi novia esperándome. Sin embargo, es muy poco probable que tu padre me conceda este honor, debido a su corta edad y a que mi posición social no es tan privilegiada como la tuya. Aun así os puedo adelantar que mi embarque con el Royal

Army ya está cerca y será en el puerto de Londres. Así que antes de embarcarme intentaré obtener este permiso del duque, de tu padre, querida, para poder cortejarte y así intercambiar correspondencia, sin necesidad de esconderme, mientras estés en la colonia india británica. Además, así tendré el corazón más tranquilo, sabiendo que oficialmente te tendré esperando mi regreso.

Respetuosamente
De tu Simón

La audacia:

Londres, barrio de Mayfair, verano de 1823.

Una delicada silueta femenina, ataviada con una larga capa oscura con una capucha que cubría por completo su vestido azul cielo, su cabello castaño claro y su delicado rostro, se deslizaba entre los árboles del jardín, buscando refugio en los lugares más oscuros. Así que caminó cautelosamente hasta el portón trasero de la mansión, abriéndolo lentamente, lo justo para permitir que su esbelto cuerpo pasara y accediera a la calle desierta en aquella medianoche de verano. La calle del barrio residencial más chic de Londres estaba vacía, a excepción de un discreto carruaje cerrado que estaba aparcado bajo un árbol de copa frondosa, lejos de la vista de cualquiera que pudiera estar en los pisos superiores de la mansión, esperando. para ella...

“Ánimo, es el amor de mi vida... ¡Necesito tener valor!”

A cada paso que daba, la joven se repetía en voz baja desde que salió a escondidas de su habitación y puso un pie en el silencioso jardín. Luego, al notar el carruaje, la repetición se intensificó, mientras su corazón se aceleraba, sentía como si casi saltara de su pecho. De hecho, había sentido que desde hacía poco había escuchado sonar la campana de la iglesia de San Jorge, indicándole que ya era media noche y que debía poner en ejecución el plan.

Dentro del carruaje, solo, después de haber despedido temporalmente al conductor contratado, un apuesto joven caballero observaba la escena con el corazón también acelerado. Porque él la estaba esperando. Era joven, de unos dieciocho o diecinueve años, de pelo rubio y lacio, piel clara y ojos azules. Llevaba una chaqueta militar roja, pantalones claros y botas altas negras, el uniforme del Real Ejército Inglés de Su Majestad el Rey Jorge IV.

— ¡Es ella! ¡Tuvo coraje y vino! Y qué hermosa es... parece un hada”. Pero por un momento la vio detenerse, vacilar y tuvo miedo de que la joven se fuera a rendir. Después de todo, fue una enorme audacia que podría arruinar su reputación para siempre - Ánimo, mi amor... soy yo, Simón, esperándote.

Allí, dentro del carruaje, el joven con el rostro pegado al cristal, los puños cerrados y el corazón también acelerado, murmuraba para sí mismo. Mientras observaba a la figura femenina caminar

con gracia y precaución, acercándose al carruaje. Estaba cada vez más cerca...

Capítulo 1

Una semana antes...

“Qué hermosa y naturalmente elegante es mi Juliette. Ya hay lordita... Me imagino cuantos pretendientes aparecerán cuando participe en su primera temporada. Sin embargo, creo que tu corazoncito ya tiene dueño y como madre esto me preocupa. Porque todavía eres muy joven para tomar una decisión tan seria...”

Pensó la duquesa Emily, mientras se acercaba la taza de porcelana a los labios, tomaba un pequeño sorbo de té y apoyaba el objeto en el platillo que sostenía en una mano. Así que mentalmente continuó analizando y admirando a la hermosa joven de cabello castaño claro y vestido rosa que estaba sentada en el sillón frente a ella. Era Juliette, su hijastra, pero de corazón tanto para madre como para hijas.

—¿Por qué me miras así mamá? — Preguntó la joven de dulce voz y expresión gentil en sus ojos mientras también apoyaba su taza en el platillo que estaba en su regazo.

—No mucho, querida, sólo admirar la hermosa joven en la que te has convertido. Todavía recuerdo cuando la vi por primera vez, una niña con muchos rizos corriendo hacia el comedor e interrumpiendo la cena de Frederick.—Emily habló con la voz y el corazón llenos de nostalgia.

Juliette, al escuchar esto, le dedicó una dulce sonrisa a Emily. Mostrando una hermosa sonrisa,

dientes perfectos y blancos, boca llena. De hecho, la joven era verdaderamente hermosa, de belleza angelical. Tenía cara redonda, piel rosada, nariz bien formada y ojos color almendra heredados de la fallecida duquesa Carolina. Todo esto está enmarcado por un hermoso cabello sedoso y ligeramente rizado de un tono castaño claro. Cabello que en ese momento estaba recogido elegantemente en lo alto de su cabeza y solo unos pocos mechones libres que se escapaban de su peinado.

—Confieso que no recuerdo la escena con tanta claridad como tú, pero sí la recuerdo. Recuerdo nuestra enorme mesa de comedor con papá en la cabecera y los asientos laterales ocupados por mujeres vestidas de monjas, cuando yo era niña, la ropa me parecía extraña — habló Juliette mientras se llevaba la taza a los labios una vez más.

—Sí, es natural que una niña como tú que nunca había salido del Castillo de Cantrell encontrara extraña la ropa de las monjas, usada por la madre superiora y sus novicias.— Emily habló con cierta dosis de nostalgia en su voz, pero no tanto. Ella se perdió ese pasado.

—¿Y tú estabas allí entre esas mujeres? ¿También vestida de monja? No recuerdo haberla visto nunca vestida así. Parece tan surrealista.— preguntó Juliette con curiosidad y con una sonrisa discreta pero de buen humor en los labios.

-Sí querido. Pero poco después comencé a usar ropa normal. Es una larga historia amor, sé que ya conoces parte de ella, pero te prometo que algún día te contaré todos los detalles.

Juliette estuvo de acuerdo, asintiendo con la cabeza y mostrando una sonrisa comprensiva. Ella sí sabía mucho de eso y si había más detalles, sobre cómo su madre terminó en el convento, cómo fue su breve vida como novicia, solo lo sabría cuando Emily se sintiera dispuesta a hablar. No me gustaba ser un inconveniente.

Desde que Juliette se convirtió en una joven, era común estar en compañía de Emily en el tradicional té de las cinco. En ocasiones aparecía su hermana Lady Beatrice, pero ella siempre estaba ocupada trabajando como escritora y dueña de una librería, era la vida de una mujer de negocios moderna, que desafiando a la sociedad se atrevía a trabajar. Entonces, cuando no hubo visitas de la flor y nata de la sociedad, ese momento entre madre e hija se volvió mágico. Sin embargo, Strunck interrumpió la conversación y los pensamientos cuando entró en la sala con su aire solemne de mayordomo, sosteniendo en el centro una bandeja de plata con un paquete cuadrado, del tamaño de un libro.

—Perdón por interrumpir, excelencia, pero el mensajero de la diligencia acaba de llegar.

El mayordomo, vestido con su tradicional uniforme negro, tendió la bandeja delante de la duquesa. Habían pasado los años. Strunck ya era anciano, pero se resistía a jubilarse. Emily miró la bandeja con recelo, pero trató de ocultarla.

—¿Un encargo para el duque? ¿Strunck?

—No, excelencia. Un paquete para Lady Juliette.

En ese momento, Juliette, sentía como si todas las mariposas de Inglaterra estuvieran dentro de su estómago, dándole mariposas, pero estaba tratando de ocultarlo y lucir lo más natural posible.

—Ah... para Juliette, por supuesto...— Emily habló en un tono como si estuviera tratando de ocultar su desconfianza.

— Definitivamente otro libro de tía Eugenia, por favor Strunck, dámelo, estoy deseando ver qué título envió esta vez. Mañana enviaré otro a cambio.

Juliette se apresuró a hablar, Emily rápidamente comprobó el remitente y le hizo una señal a Strunck. Después de todo, no quedaría bien que una dama recibiera algo de cualquiera. Entonces, la duquesa hizo una señal al mayordomo y éste se acercó a la joven y le entregó la bandeja de plata, donde ella, con sus delicadas manos, recogió el paquete envuelto en papel de estraza.

—Creo que su cariño por Eugenia, este intercambio de libros entre ustedes dos, es digno de elogio. Pero me pregunto si vale la pena, porque tenemos una biblioteca maravillosa aquí en la mansión. Por no hablar de la magnífica librería que existe en Londres, empezando por la de tu tía Beatrice...

—Ah mamá... estoy de acuerdo contigo, pero tía Eugenia y yo encontramos otro pretexto para intercambiar correspondencia. Como no tengo amigos de mi edad, a veces me siento sola...

—Entiendo, querida. Abre el paquete, tengo curiosidad por ver qué libro eligió Eugenie para enviar esta vez.

—Ah... ¡claro!

Juliette abrió lentamente el paquete, las mariposas en su estómago se duplicaron, pero no exactamente por la ansiedad de saber el título del libro. Emily esperó, mirando el paquete, que pronto se deshizo, dando paso a una hermosa copia encuadernada en rojo. Juliette, tratando de lucir lo más natural posible.

—¡Ah! Es Orgullo y Prejuicio de Jane Austen.— Exclamó y giró la portada principal del libro hacia Emily y esperó que ella no le pidiera hojearlo.

— Interesante, aún no lo he leído. De hecho, no leo tanto como tú y Beatrice. Prefiero mi piano. Además, no recuerdo que mi hermana Eugenia fuera una ávida lectora. De todos modos...

Juliette intentó decir algo, pero su conversación fue nuevamente interrumpida. No para el mayordomo, sino para su hermano pequeño Edward, quien, que ahora tenía diez años, insistía en hacer travesuras con su gato Sir Lancelot. Ella aprovechó y le pidió permiso a su madre para ir a su habitación. Bueno, ya era hora de terminar el té y prepararse para la cena más tarde.

Capítulo 2

Tan pronto como Juliette entró a su habitación, rápidamente cerró la puerta, se sentó en la cama y con el libro encuadernado en cuero marrón en su regazo, hojeó rápidamente las páginas, en ese apuro de quien sabe lo que busca. Entonces, su corazón se aceleró, porque allí estaba, como siempre, escondida entre las páginas: Una carta de Simón. De hecho, otra carta y una vez más gracias a tía Eugenia. Juliette sonrió de oreja a oreja, dejando al descubierto unos dientes blancos y perfectos, sus ojos castaños claros brillaban. Luego, se llevó la carta a sus labios carnosos y la besó, luego abrazó el sobre contra su pecho como si estuviera abrazando a su amado. Luego abrió el sobre, sostuvo la carta con ambas manos y empezó a leerla mentalmente. Sin embargo, la carta de esa vez fue breve, más bien una nota.

Mi querida Juliette,

Muy pronto abordaré en el puerto de Londres un barco militar que me llevará a la India, como

ya os había explicado. Así que, como ya te había dicho, nada me haría más feliz que verte en persona antes de embarcar y partir con nuestro compromiso hecho oficial. Así que no temáis ni censuréis mi atrevimiento, pero en cuanto llegue a Londres pediré permiso a vuestra excelencia el Duque para cortejarla al menos oficialmente. Así que prepara tu corazoncito.

De tu amante Simón.

Al leer la nota, el corazón de Juliette se aceleró aún más. No sólo sentía mariposas en el estómago, sino que el corazón le latía en la garganta por la posibilidad de ver a su ser querido antes de abordar y también por su osadía al venir a hablar con su padre. La joven apretó la carta contra su pecho, sintiendo una mezcla de sentimientos que iban desde la alegría, la ansiedad y el miedo.

“Dios mío... ¿qué haré? Amo a Simon, quiero verlo, quiero comprometerme con él, pero probablemente papá no le dará el permiso que queremos. Además, qué audacia... aparecer aquí sin ser invitado... ¡Ahora me quedaré con una mezcla de alegría y angustia! ¿Cuándo será el día exacto en que esto sucederá?

Juliette, con el corazón triste, volvió a llevarse la carta a los labios, la besó con los ojos cerrados, imaginándose besando a Simón. Debido a la proximidad de los labios a la nariz, todavía podía oler un leve olor a jabón de afeitar que probablemente pertenecía a su ser querido cuando escribió la carta. Luego, durante unos minutos tiembla de miedo y vergüenza. Después de todo, ¿cómo reaccionaría tu padre ante esa petición? ¿Llegar así por sorpresa a la mansión para pedir su mano? ¿Qué pasaría si el duque, a pesar de haberse convertido en un padre amoroso desde su matrimonio con Emily, se enojara con ella? Además, ella era una chica tímida. Me avergonzaría, aunque lo amaba mucho y quería ser su novia.

-¡No importa! ¡Amo a Simon y me prepararé para ello! La propia tía Eugenia ya dejó escapar que hizo algunas locuras para quedarse con el tío Roberth.— Se dijo la joven.

Juliette, después de leer y releer la carta innumerables veces, además de abrazarla y besarla; Se levantó de la cama y se dirigió a su tocador. Miró su imagen en el gran espejo vertical que formaba parte del mueble y del interior del espejo sacó una llave. Luego se inclinó un poco y giró la llave del cajón inferior. Tan pronto como la abrió, sacó un pequeño cofre de madera clara, donde guardaba en secreto las cartas de su amante. Después de eso, cerró rápidamente el cajón, escondió la llave una vez más dentro de su corsé y por unos minutos se miró en el espejo como si

se estuviera analizando.

Vestida con un vestido de día de muselina rosa, la joven de mediana estatura, cabello castaño claro ondulado recogido en un peinado, grandes ojos marrones soñadores, rostro en forma de pera y labios carnosos, era la combinación de pureza juvenil y sentimientos femeninos. Su belleza, su manera dulce y tímida encantaron a todos. Era una joven considerada buena y obediente, pero eso no significaba que no intentaría luchar por su amor.

—Te juro que haré lo que sea necesario para que los dos estemos juntos, Simon.—murmuró Juliette, para sí misma, frente al espejo.

Capítulo 3

Una semana después...

Era una hermosa mañana de verano, el sol brillaba por todo Mayfair, parecía sonreír a cada residente invitándolos a dar un paseo al aire libre. Juliette desayunó y al ver el magnífico día decidió terminar de leer el libro que le envió la tía Eugenia al jardín. Entonces, pidió permiso a sus padres, se levantó de la mesa del desayuno y subió a su habitación a recoger el libro que estaba en la mesa de noche al lado de su cama y que había comenzado a leer la noche anterior.

“Orgullo y Prejuicio”... Oh mi querida Jane Austen, cómo me encanta tu forma de escribir...”

Pensó la joven mientras sostenía el libro en sus manos y lo abrazaba contra su pecho. Estaba bellamente encuadernado, con una cubierta gruesa de cuero marrón y letras doradas. Luego camino hacia la puerta de salida del dormitorio, pero antes me detengo frente al espejo. Juliette llevaba un traje de mañana en tono verde agua, su cabello recogido en un peinado, lucía hermosa como siempre y se volvió aún más hermosa cuando tomó un sombrero del tocador para protegerse del sol. Después de todo, era verano y tenía intención de leer en el jardín. Aunque estaba a la sombra, necesitaba proteger su delicada y blanca piel del ardiente sol del verano. Luego, Juliette salió de la habitación y caminó por el largo pasillo de los dormitorios, hacia las escaleras que daban acceso a la planta baja, más precisamente a la sala de estar. Sin embargo, en medio del pasillo, muy cerca de lo alto de la gran escalera curva con pasamanos de madera, se detuvo cuando escuchó voces abajo. Eran voces masculinas, como si algún visitante hubiera llegado sin ser invitado, deseando ser bienvenido y por las voces parecía que el ambiente estaba un poco acalorado.

—¡Su excelencia! ¡Puedo asegurarles que mis intenciones con Lady Juliette son las mejores posibles!—Habló la voz masculina, tratando de mantener un tono moderado, en comparación con el tono del Duque.—Una voz masculina de un joven resonó en la habitación.

—No importa, Lord Voldstok, mi hija aún es demasiado pequeña para comprometerse. Además, ella tiene mejores fiestas que tú para elegir. ¡Así que no permitiré este compromiso apresurado!
—El Duque Federico habló emocionado, ante la insistencia del niño.

“Esa voz... ¿es Simón! Nunca olvidaría la voz del hombre que amo, aunque solo la escuché esa

noche de Navidad. ¡Entonces Simon está abajo con mi papá! ¿Y ahora? — Pensó la joven angustiada.

Juliette dejó caer el libro encima de un mueble del pasillo, sujetó las faldas de su vestido con ambas manos para no tropezarse y con pasos largos se dirigió hacia las escaleras con la intención de bajarlas. Tan pronto como llegó a lo alto de las escaleras, vio a Simón, quien, un poco en contra de los deseos del duque Federico, estaba parado en medio de la habitación, a pesar de que el mayordomo intentaba impedirle que continuara allí, tratando de razonar con el duque.

—¡Simón! Lo siento... Lord Simon... — Juliette no pudo contenerse y exclamó su nombre, a pesar de que la sorpresa y la emoción se apoderaban de toda su alma, su corazón parecía salirse del pecho, al verlo por primera vez. primera vez después de aquella noche de Navidad.

— Juliette... Lady Juliette... — Simón, miró fijamente hacia lo alto de las escaleras cuando la escuchó llamarlo y quedó casi hipnotizado al ver esa visión del paraíso que habitaba en su corazón desde hacía algún tiempo.

—¡Juliette! ¡Vuelve a tu habitación! Este lord ya se va. Aún eres demasiado joven para su propuesta.— La voz del Duque Federico interrumpió el ambiente de emoción que había surgido entre los dos amantes, después de casi tres años de verse. Donde ambos miraban la imagen del otro como si estuvieran hipnotizados.

— Pero papi... — La joven todavía estaba un poco decepcionada y llorosa en lo alto de las escaleras.

— Juliette... obedece a tu padre... — dijo la duquesa Emily, tratando de solucionar la situación — hablaremos de eso más tarde.

Entonces, la joven corrió a su habitación, con los ojos llenos de lágrimas y cerró la puerta con llave. Pero podía creer que Simón estaba allí en su casa, justo en medio de la sala, ante sus ojos y que su padre acababa de negarle su pedido. Me quedaría ahí en la habitación, no bajaría a almorzar.

— ¡Papá no podría haber hecho eso! Te amo, Simón. Nadie me separará de ti.— Acostada boca abajo en la cama, con el rostro escondido entre las almohadas, Juliette hablaba sola mientras sollozaba.

Esa tarde, Juliette permaneció recluida, ignorando la insistencia de la duquesa Emily de que se uniera a la familia para cenar. Sus pensamientos se agitaban como un mar tormentoso, y el dolor del rechazo de su padre hacia Simon, como la punta de una lanza, hacía que su pecho doliera más cada minuto.

— Sé que es mi padre y sólo quiere lo mejor para mí. Pero Simon tiene las mejores intenciones hacia mí, él también pertenece a la nobleza y lo amo desde el fondo de mi corazón. Papá no podría haber actuado así...

Mientras se asomaba a la ventana de su habitación, contemplando el cielo que lentamente se oscurecía, un ligero golpe en la puerta interrumpió su ensueño. Una joven doncella entró con una bandeja con la cena, pero deslizó discretamente una pequeña nota entre los pliegues de la tela de su falda. Juliette inicialmente se sorprendió por su actitud, pero le agradeció y, sin perder un momento, agarró el papel doblado.

"Mi amada Juliette, como sabes me voy al servicio militar, no sin antes verte por última vez. Estaré en la puerta trasera a medianoche, donde te esperaré para despedirme. No quiero nada más que asegurarme que nuestro Los corazones siempre estarán unidos, incluso si las personas y la distancia intentan separarnos. Siempre tuyo, Simón."

Juliette cerró los ojos, conteniendo las lágrimas y sintiendo la calidez de esa promesa. Necesitaba ver a Simón, necesitaba este adiós para sellar el amor que sentían el uno por el otro. Quién sabe, tal vez incluso dé rienda suelta a todos esos sentimientos que llevas en el pecho y expresas a través de cartas. Sí, era una joven obediente, pero sentía en el fondo de su corazón que necesitaba luchar por su amor, como si fuera casi una especie de misión que cumplir, una especie de prueba que superar.

Capítulo 4

Barrio de Mayfair, medianoche...

Juliette dudó un momento mientras se acercaba al carruaje y llevó su mano hacia la puerta, pero la mirada de Simon, al otro lado del cristal, llena de ternura y expectación, la hizo cobrar más coraje y antes de pensar en ceder la puerta. abrió lentamente.

— Bienvenida, mi dulce Juliette... no sabes cuánto tiempo he esperado este momento... — El joven, rubio, apuesto hombre, vestido con un abrigo militar rojo, habló con una voz llena de pasión y ternura.

La joven permaneció en silencio, solo le dio una mirada llena de emoción, mientras al mismo tiempo aceptaba la mano extendida de Simon para ayudarla a subir, y cuando sus dedos se encontraron, sintió una ola de calor recorrer todo su cuerpo. Esos breves segundos parecieron eternos, y su toque firme y cálido le brindó una seguridad que ella nunca había experimentado. Tan pronto como entraron y la puerta se cerró, la oscuridad y el silencio del carruaje los envolvieron, creando un universo separado, donde solo ellos existían.

— Simón... Yo también he esperado tanto este momento... — Habló tímidamente, pero con una voz llena de pasión y emoción — pero confieso que tengo miedo de tanta audacia por parte nuestra, especialmente. en el mío...

Simon permaneció en silencio unos instantes, con los ojos fijos en ella, como si estuviera absorbiendo cada detalle. Juliette lentamente retiró la capucha que cubría su cabeza y parte de su rostro, dejando al descubierto su rostro, y pudo ver la admiración aún más clara en sus ojos. Se acercó, hasta que sus rostros estuvieron a solo un suspiro de distancia, y levantó la mano para acariciar su rostro angelical, coronado por ese sedoso cabello castaño. Sus dedos rozaron la suave piel de su mejilla, recorriendo lentamente la línea de su mandíbula hasta llegar a su suave cuello. El toque suave y reverente la hizo estremecerse y sus ojos se cerraron mientras dejaba que la sensación la llevara.

— Juliette, no temas... eres todo lo que más deseo — murmuró, su voz suave, pero llena de emoción contenida — Eres el amor de mi vida.

— Simon... No sé si deberíamos estar haciendo esto. Pero también eres el amor de mi vida, de hecho, a veces siento algo tan fuerte, como si fueras el amor de varias vidas, si eso fuera posible...

— Por favor, no te culpes por estar aquí. Porque si me amas como yo te amo, debemos luchar por nuestro amor. Mira que fue tan poco lo que te pedimos, sólo la autorización para cortejarte, para que pudiéramos intercambiar cartas oficialmente, mientras tú me esperabas. Pero tu padre nos negó.

— Sí, cuando escuché tu voz en la mansión esta mañana mi pecho se llenó de emoción, no sabes lo que sentí cuando te vi desde las escaleras y no sabes cuánto me dolió ver la forma en que mi Su padre lo atendió sin darle la menor oportunidad. Sin darnos una oportunidad.

— Entonces, querida, olvidemos las barreras y vivamos este momento y nuestro amor en secreto durante el tiempo que sea necesario.

Tímidamente se quitó los guantes y lentamente levantó la mano para tocar su rostro, sus dedos exploraron la suave piel debajo de su mandíbula, sintiendo la ligera aspereza que él había permitido que creciera desde la última vez que se vieron. La necesidad de estar cerca de él era casi dolorosa, una urgencia que crecía a cada segundo. Él se inclinó hacia ella y ella predijo lo que sucedería. Luego, temblando, con los ojos entrecerrados y el rostro muy cercano al de él, hasta el punto de sentir el aliento del otro, habló en voz baja...

—Simón... nunca me han besado...

— Lo sé, mi dulce Juliette...

Entonces, sus labios se encontraron en un beso suave, un poco torpe, más con esa emoción del primer beso, dejando desbordante todo lo que habían reprimido durante tanto tiempo. Cuando el beso cesó, Juliette, tímida, avergonzada, bajó un poco la cabeza, teniendo siempre el valor de mirarse a los ojos y con los párpados bajos, ambos apoyaron la frente el uno contra el otro.

— Lo siento, Simon... estoy tan avergonzada... ¿hice todo bien? — habló Juliette en un susurro.

— De los pocos labios que besé, antes de conocerte, ninguno poseía tu dulzura... — Habló mientras sostenía tu rostro con ambas manos, acariciaba tus mejillas con sus pulgares y miraba tu rostro con devoción.

Entonces, mientras decía esto, Simon la sentó suavemente en su regazo, colocándola contra su pecho y envolviendo sus brazos alrededor de ella, como si temiera que pudiera desaparecer.

Juliette podía sentir su corazón latiendo rápidamente, sincronizado con el de ella, que latía con fuerza en ese momento. Él la miró con fiera intensidad y ella supo, sin lugar a dudas, que el amor que sentía por él era correspondido. La calidez que irradiaba Simon, el aroma de su abrigo militar y la firmeza de sus brazos atléticos crearon una sensación de seguridad que ella nunca había conocido.

— Prométeme que me esperarás, querida — susurró mientras tocaba su frente con la de ella nuevamente, las palabras llenas de un profundo deseo y una súplica silenciosa.

— Te prometo, Simón, que te esperaré toda esta vida y tantas otras vidas como necesite.

— Déjame llevarme un recuerdo... algo que me fortalezca cada día en tierras lejanas, pero siempre pensando en ti.

— ¿Un recuerdo? ¿Una bufanda? ¿Mi par de guantes? — Preguntó inocentemente la joven.

— No... querida, aunque esto también es un recuerdo, me refiero a algo más serio e inolvidable: Una prueba de amor...

Capítulo 5

— ¿Una prueba de amor? Pero ya he dicho mucho en cartas y ahora te reafirmo que te amo.

— Entonces, si realmente me amas, entrégate a mí para que pueda embarcarme, sabiendo que eres mía y nunca pertenecerás a nadie más.

— Yo... no sé cómo hacer esto... Ya escuché una breve conversación de las sirvientas, pero mi madre me lo prohibió, dijo que no es para chicas solteras... — Habló un poco asustado.

— De alguna manera podemos aprender juntos... y así sellar nuestro amor y nuestra complicidad...

— ¿Tú tampoco lo sabes? Escuché que los hombres siempre saben y que son ellos quienes guían a sus esposas en su noche de bodas...—Preguntó la joven con timidez, pero a la vez con ojos curiosos.

— No cuando conoció a su amada a los diecisiete años y prefirió esperarla...

- Eres...

— Sí... pero te puedo asegurar que el tío Robert me enseñó la teoría correctamente... Sólo que no sabía que no pensaba usarlo en un prostíbulo o con alguna viuda discreta, sino con la hermosa doncella que me robó el corazón... — El joven soldado habló con cariño, allí dentro del carruaje oscuro y cerrado.

Juliette sintió que su corazón se aceleraba y, en medio de una mezcla de timidez y pasión, asintió. La confianza y el compromiso en sus ojos hicieron que Simon sonriera con ternura. La besó suave y apasionadamente, al mismo tiempo que la recostaba suavemente sobre el asiento acolchado del carruaje, con mucho cuidado, como si fuera algo precioso y frágil. Con sus ojos fijos en los de ella, comenzó a desatar los cordones de su corsé, sus dedos firmes pero suaves, recorriendo cada detalle de la tela que se iba desvelando lentamente. Luego, ya libre de la incómoda prenda, acarició sus pechos firmes y redondos, incluso por encima del vestido. Juliette, acostada, con el corazón acelerado, levantó un poco el cuello y miraba cada gesto de su amante con ojos curiosos.

— Cierra los ojos, mi amor... déjame guiarte, soy inexperto pero bien instruyendo... pronto

seremos uno y nada nos separará... Simón habló afectuosamente, al mismo tiempo tomaba su madre a la cara de Juliette y la acarició.

Ella sintió que se le cortaba la respiración y su cuerpo ansiaba su toque. Simon deslizó su mano sobre tu piel expuesta, sus dedos trazaron el contorno de tu hombro y bajaron nuevamente en busca de tus senos, por lo que lentamente jaló la parte superior de tu vestido, dejándote desnuda. Luego, los miró con todo el respeto y cariño como si fueran una joya preciosa, antes de capturar uno de los pezones con su boca y masajear el otro pezón libre con su pulgar. Juliette, incluso en su inexperiencia, dejó escapar un dulce gemido de placer. Cada caricia era una promesa silenciosa, un juramento de amor eterno que no necesitaba palabras. La intensidad de su mirada la hizo perderse, como si se sumergiera en aguas profundas y desconocidas, pero sin el menor deseo de volver a la superficie.

— Querida... dicen que la primera vez es difícil para una mujer... pero te prometo que seré lo más delicada posible... — dijo Simon, mientras le desabrochaba los pantalones y le quitaba las faldas y enaguas y Se acomodó con cariño entre los muslos regordetes y suaves de la joven.

Cuando sus cuerpos se juntaron, fue como si el tiempo se detuviera. Juliette se entregó a él, con el corazón acelerado, su cuerpo respondiendo a los tiernos y reverentes toques de Simon, que la envolvían como si estuviera tocando algo sagrado. Simon, a pesar de su falta de práctica, supo ser gentil, hasta el punto que Juliette no sintió ningún tipo de malestar. No hubo prisa, sólo una entrega absoluta, una conexión tan profunda que ambos sabían, sin necesidad de decirlo, que sus almas estaban entrelazadas para siempre. Hasta que en el apogeo del placer, lo extinto de la naturaleza, la inexperiencia y la timidez prevalecieron y ambos hablaron en éxtasis.

— Juliette, qué maravilloso es tenerte entre mis brazos y sentirte mía... — Simon le habló al oído con voz entrecortada, mientras el colmo del placer se apoderaba de todo su cuerpo. Derramando así toda tu semilla y esencia dentro de tu ser amado...

— Simón... que sentimiento tan maravilloso... Siento como si hubieras invadido todo mi ser y que ahora soy verdaderamente tuyo en cuerpo y alma...

Después del momento de pura intimidad, Simon la atrajo hacia su pecho, pasando sus dedos por su cabello suelto, ahora un poco despeinado. Él la miraba con un afecto casi devocional, su pulgar acariciaba suavemente su mejilla, mientras Juliette apoyaba su cabeza en su pecho, escuchando el constante latido de su corazón.

— Volveré, Juliette... por ti, por nosotros — murmuró, y ella vio la determinación en sus ojos.
— Te prometo que nada, ni la distancia ni el tiempo, me impedirá estar a tu lado.
Ella asintió, sintiendo lágrimas tímidas formarse en sus ojos. Sin palabras, se acurrucó más profundamente en sus brazos, sabiendo que ese sería un momento eterno, un recuerdo grabado profundamente en sus almas.

Capítulo 6

En la serena oscuridad del amanecer, Juliette atravesó los pasillos de la casa con pasos cuidadosos, con el corazón aún latiéndole con fuerza en el pecho. El recuerdo de los brazos de Simon, el calor del carruaje y las palabras susurradas en la oscuridad la hicieron sonreír de pura felicidad sin querer. Se mordió el labio y sintió una oleada de placer y aprensión que le recorrió la piel. Cada sonido de la noche (el susurro de las cortinas con la brisa nocturna, el leve crujido de la madera antigua bajo sus pies) parecía amplificado, haciéndola moverse aún más cautelosamente.

Finalmente llegó a su habitación, cerró la puerta detrás de ella y se apoyó contra ella por un momento. La seguridad de las paredes familiares no la calmaba y su cuerpo todavía parecía vibrar con la energía de esa noche prohibida. Su respiración era una mezcla de risa nerviosa y suspiro de éxtasis, y sus ojos brillaban al recordar el rostro de Simon, tan cerca, tan decidido.

Juliette caminó hacia la cama y se dejó caer sobre las sábanas, con los brazos abiertos, como si intentara abrazar el vacío, sintiendo aún su tacto en su piel. La habitación, normalmente familiar y serena, ahora parecía un nuevo escenario, cómplice de su secreto. El suave aroma a lavanda de las sábanas se mezcló en su mente con el aroma característico de Simon, una fragancia que no desaparecería tan fácilmente.

— Por todo lo más sagrado, no puedo creer que haya tenido el coraje... Que el Lord mi Dios me

proteja para que nunca sea descubierto, de lo contrario quedará arruinado para siempre. Pero creo en Simón, él volverá y nos casaremos... — Hablaba en voz baja para sí misma, mientras yacía en la cama, boca arriba, mirando el techo del dosel.

Cerró los ojos, sonriendo con la audacia que no sabía que poseía. Nunca imaginé que podría tomar una decisión tan audaz. Sería un escándalo si alguien se enterara. Un sonrojo involuntario subió a sus mejillas al pensar en la sociedad, en las estrictas reglas que mantenían la reputación de las mujeres jóvenes en un pedestal inalcanzable. Y ella, Juliette, siempre tan consciente, tan correcta, había roto esa barrera mediante un sentimiento más fuerte que la razón.

“Simon... te extrañaré aún más, porque India no es Edimburgo, pero sobreviví a la espera, aferrándome a los recuerdos que me diste esta noche... recuerdos que son solo nuestros y que nunca podrán ser compartidos con nadie. ”

Murmuró para sí misma la joven, girándose de lado y abrazando fuertemente la almohada, como si pudiera capturar un poco más de ese momento. Su mente se llenó de pensamientos que nunca antes habían poblado su mundo: las promesas intercambiadas sin palabras, los besos robados y lo que sucedería a partir de ahora.

Un pensamiento inesperado hizo que su expresión cambiara de felicidad a curiosidad inquieta. Sabía tan poco sobre lo que pasó entre un hombre y una mujer... y menos aún sobre cómo llegaron los bebés al mundo. El calor de la noche había disipado su inocencia de una manera que las historias y las conversaciones susurradas de las criadas nunca lo habían hecho. Juliette se estremeció al pensar en la posibilidad, en lo que ahora sabía que era real.

El miedo a que alguien descubriera su ausencia esa mañana y la idea de que pudiera tener consecuencias tan profundas la hizo sentarse erguida en la cama. Sus dedos temblorosos tocaron su propio vientre, como si allí pudiera germinar una semilla de duda, invisible y silenciosa. La ansiedad se mezcló con el vívido recuerdo de Simon y los votos tácitos que cada toque y beso habían intercambiado.

Juliette apoyó la frente sobre las rodillas dobladas y, por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentir miedo y felicidad a partes iguales.

Capítulo 7

Tres meses después...

Habían pasado tres meses desde la noche en que Juliette le entregó su corazón y su inocencia a Simon. Ese recuerdo, teñido de una calidez que apenas podía nombrar, permaneció vivo en su mente, envuelto en un manto de euforia y culpa. Al principio se había sentido radiante, como si una llama secreta ardiese dentro de ella, iluminando cada momento del día. Pero a medida que pasaban las semanas, la sensación de malestar se colaba entre las grietas de su felicidad.

El sol ya empezaba a ocultarse detrás de las colinas cuando Juliette, sentada junto a la ventana del dormitorio, notó cómo una luz dorada acariciaba el paisaje exterior. La suave brisa movía las cortinas y traía consigo el fresco aroma de las flores del jardín. A pesar de la belleza que lo rodeaba, un nudo de incertidumbre le oprimía el pecho. Se sentía diferente, como si su cuerpo ya no fuera completamente suyo. El sueño la tomaba por asalto a cualquier hora del día, las náuseas llegaban sin previo aviso, revolviéndole el estómago con una intensidad que nunca antes había experimentado. Los vestidos que alguna vez moldearon su silueta con precisión ahora parecían ajustados en el busto, y su cintura, que siempre había sido delgada, comenzó a dar señales de cambiar.

Juliette respiró hondo y cerró los ojos por un momento, con la palma de la mano apoyada en el estómago como si buscara respuestas. Sintió una punzada de miedo mezclada con lo que quedaba de sus certezas. ¿Había sido tonto? Sí, lo sabía. Pero el arrepentimiento no era parte de su espíritu. Lo que la dominaba era la confusión, una duda que resonaba entre los susurros de su mente:

“¿Sería posible? ¿Era realmente así como los bebés veían el mundo? Y si es así, tal vez no deberían haber sido tan atrevidos. El propio Simon no debería haber sugerido tal cosa, si existiera esa posibilidad más adelante... ¿Había sido Simon egoísta con ella? O simplemente demasiado ingenuo, ya que también era su primera vez...”

Fue entonces cuando un ligero golpe en la puerta la hizo mirar hacia arriba sobresaltada. La figura de Emily, siempre tan elegante y serena, apareció con una leve sonrisa en sus labios. La duquesa observaba a Juliette con la mirada aguda y tierna de una madre que conoce bien a sus

hijos, incluso a los que no dio a luz. Había notado el cambio en Juliette; cada expresión reprimida, cada sonrisa que dudaba en formarse, cada pequeño gesto que no coincidía con el vigor habitual de la joven. Emily no era tonta y Juliette lo sabía.

— Querida, el té está servido — anunció Emily, su voz dulce como la miel. — ¿Qué tal si bajamos y compartimos un poco de la tarde?

La idea del té y, más aún, de las galletas de limón hizo que a Juliette se le revolviera el estómago violentamente. Incapaz de ocultarlo, se tapó la boca con la mano y miró hacia otro lado, con el rostro pálido. Emily dio un paso adelante y su sonrisa se desvaneció en una expresión de creciente preocupación.

— Juliette, ¿te sientes bien? — preguntó acercándose y tocando ligeramente el brazo de la joven. Juliette se limitó a asentir, pero las palabras que intentaba pronunciar para mentir se le escaparon.

Emily, ahora de pie frente a ella, frunció el ceño casi imperceptiblemente. Sus ojos brillaron con una comprensión que Juliette todavía estaba tratando de ignorar. El silencio que flotaba entre ellos se podía sentir en el aire, roto sólo por el lejano canto de un ruilord en el jardín.

— Juliette, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que llegaron tus reglas? — La pregunta fue directa, el tono suave, pero lleno de peso.

Juliette parpadeó, confundida por un momento. La idea ni siquiera se le había ocurrido. ¿Cuánto tiempo había pasado? Tres meses, comprendió de repente, como un golpe que la dejó sin aliento. La verdad subió a su garganta en forma de un nudo de desesperación y sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Tres... meses — murmuró con la voz temblorosa.

Emily retrocedió un poco, con la sorpresa escrita en todo su rostro. Su mente rápidamente conectó los puntos y el aire parecía haberse vuelto más pesado en la habitación. El shock inicial pronto se convirtió en una mezcla de incredulidad y tristeza reprimida. Se sentó junto a Juliette, sosteniendo sus manos frías y temblorosas.

— ¿Hay algo más que quieras contarme sobre ese día que Simón estuvo aquí? — La pregunta fue gentil, casi en un susurro por temor a ser escuchada por los sirvientes, pero conllevaba una

expectativa.

Juliette miró hacia abajo, las lágrimas corrían silenciosamente por su rostro. Una parte de ella quería ocultar la verdad, proteger el recuerdo de esa noche, pero la otra sabía que era inútil. Con un sollozo contenido, confesó:

— Yo... fui a su encuentro. Los escondidos. Y...

-Y....? — preguntó Emily, temiendo ya la respuesta.

— Yo... me entregué a él... — La joven habló en un susurro, llena de miedo. Luego se le llenaron los ojos de lágrimas y se cubrió la cara con ambas manos.

Emily se quedó sin palabras, también se llevó ambas manos a la cara y cerró los ojos por un momento, y la habitación pareció hundirse en un profundo silencio. Cuando los abrió, había una mezcla de dolor y determinación en sus rasgos. El tiempo pareció detenerse mientras las dos mujeres enfrentaban la nueva realidad que las rodeaba.

— Oh, Juliette... — murmuró Emily, colocándose la mano en el pecho, en un gesto involuntario, con los ojos desorbitados y una expresión escandalizada — Eso significa... que estás embarazada.

La palabra flotaba en el aire, con un peso que la propia Juliette recién ahora empezaba a comprender del todo. Emily, después de una pausa, levantó la barbilla y adoptó una expresión decidida.

— Por favor mamá, no me juzgues... pero esa noche salí de casa a escondidas, Simón me estaba esperando en un carruaje cercano para despedirnos antes de abordar y fue cuando pasó todo... — El joven La mujer habló en voz baja, intentando contener las lágrimas y las soluciones.

— Cariño, podría decirte tantas cosas, cosas que te asustarían aún más de lo que veo. En cierto modo fue culpa mía, debería haber tenido una conversación de madre a hija contigo. Pero pensé que sólo sería necesario en vísperas de tu noche de bodas, como es tradición...

— Perdón por decepcionarte mamá...

— No hables así querida, sería muy hipócrita si te juzgara de la misma manera que te juzgará la sociedad si lo supiera. Mañana hablaremos con tu padre”, anunció con voz firme.

— Será una bestia...

— Probablemente sí, querida, pero estaré a tu lado para ayudarte.

—Pero antes escribamos a Simón. Aunque la carta tardará en llegar a Indias, necesita saberlo. Hasta entonces, mantendremos esto en secreto por su seguridad.

Juliette asintió, todavía asustada, pero la calidez del abrazo de Emily, que pronto la envolvió de nuevo, le trajo una pequeña chispa de consuelo. Por muy terrible que fuera la tormenta que se avecinaba, sabía que no la enfrentaría sola.

Capítulo 8

La mañana amaneció con la suavidad de un susurro, los primeros rayos de sol se colaban por las ventanas y tiñeban de tonos dorados la habitación de Juliette. Sentada ante su escritorio, sostenía su bolígrafo con dedos temblorosos. Las palabras danzaban en su mente, pero encontrar una manera de expresar la urgencia y el miedo que atormentaban su corazón parecía casi imposible. Suspiró, con sus ojos marrones fijos en la hoja de papel en blanco. El recuerdo del rostro de Simon, el tacto suave y la sonrisa que prometía la eternidad, le dieron fuerzas para seguir adelante.

Con renovado esfuerzo, Juliette empezó a escribir. Las líneas aparecieron apresuradamente, llenas de ansiosa esperanza y una silenciosa promesa de amor y responsabilidad:

"Mi querido Simón,

Los días han sido largos y oscuros esperando noticias tuyas, pero te escribo con el corazón lleno de anhelo y miedo. Hay algo sumamente importante que necesito decirte, algo que cambiará nuestras vidas para siempre. Esa noche en el carruaje tuvo consecuencias, que confieso que no esperaba. Pero el caso es que ahora llevo en mi vientre una parte de nosotros dos. Estoy esperando un hijo, Simón, necesito que vuelvas urgentemente, para arreglarlo con papá, tenemos que casarnos. Ahora papá ciertamente no tiene otra alternativa, porque no puedo arruinarme. Aunque tengo miedo, también estoy feliz, porque sé que eres un caballero honorable y que no me abandonarás. Entonces, incluso a través de líneas torcidas, terminamos logrando

nuestra intención de casarnos y permanecer juntos para siempre. Si no regresa, nuestro hijo correrá el riesgo de ser arrojado al ring de los expuestos. ¡Tengo miedo, Simón! Muy asustado...

Tuya, Juliette"

La pluma se detuvo por un momento, suspendida en el aire, mientras Juliette parpadeaba para contener las lágrimas. La desesperación se mezclaba con la incertidumbre y la esperanza. Necesitaba creer que Simon, al leer esas palabras, dejaría todo atrás y regresaría sin demora.

Una vez que la carta estuvo completa y sellada, Juliette fue a buscar a Emily por la casa y le entregó la carta. La duquesa llamó discretamente a un servidor de confianza. Le entregó la misiva con instrucciones claras:

—Lleva esto a la oficina de correos al anochecer, cuando no haya nadie más cerca. Confío en que lo mantendrás en secreto.

La criada asintió comprendiendo y sus ojos mostraron un destello de empatía. Emily y Juliette vieron a la mujer irse, llevándose consigo el mensaje que contenía todas sus esperanzas y temores. Entonces la duquesa le dio un abrazo y le habló con expresión maternal:

— Si él realmente te ama como siempre te dijo, todo estará bien querida... ahora no llores...

— ¿Y papá?

— Deja a tu padre conmigo, no será fácil. Recuerda que eres un padre con el honor de su única hija empañado, hasta hace poco hubiera sido motivo de duelo...

-¿Duelo? Por Dios mamá, no... — Preguntó la joven asustada y se llevó ambas manos a la boca.

— Tranquila, cariño, pero juntos lo lograremos...

Por la noche, el aire en la mansión parecía más pesado de lo habitual, aunque madre e hija intentaron ocultarlo. Después del almuerzo, Emily y Juliette respetaron el horario de descanso de Frederick y luego se dirigieron a la oficina del duque. Consideraron necesario actuar de esa manera, ya que no se dieron cuenta durante la comida frente a los sirvientes y a Edward, quien ya era un niño de casi trece años. Este era un asunto que debía discutirse a puerta cerrada. El

corazón de Juliette latía salvajemente, resonando en sus oídos como los tambores de una marcha fúnebre. Emily, manteniéndose firme, abrió la puerta y dejó ver a Frederick, que estaba inclinado sobre un libro de mapas, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz. Al notar a los dos, su expresión se suavizó, pero sólo por un momento. La mirada de Emily, solemne y decidida, fue suficiente para que se enderezara en su asiento.

— Emily, Juliette, ¿qué les trae a mi oficina con expresiones tan serias y preocupadas en sus rostros? Algo pasó”. Su voz estaba llena de cautelosa sorpresa.

Emily dio un paso adelante, el Duque había cambiado desde que la conoció, ya no era ese hombre malhumorado y amargado, pero no podía olvidar que era un padre con el tiempo de su única hija contaminado y ella también lo sabía. como se comportaban la mayoría de los padres en esos momentos. Entonces ella mantiene a Juliette protegida a su lado. Se tomó un momento para respirar profundamente antes de comenzar.

— Federico, necesitamos decirte algo de suma importancia. Y, por mucho que nos duela, ya no se puede ocultar. Pero te pido que si me amas a mí y a tu familia, mantengas la calma.

Los ojos del duque, antes cálidos, se volvieron fríos y atentos. Su esposa vaciló un segundo, luego miró a Juliette y le apretó la mano, como buscando valor. Entonces, la duquesa decidió decir todo de una vez y esperar la reacción del duque...

— Nuestra Juliette está esperando un bebé — La voz de Emily sonaba firme, pero había una nota de tristeza. — De Simón.

El silencio que siguió fue tan profundo que parecía haber congelado el tiempo. Frederick palideció y sus labios se apretaron formando una línea pálida. La incredulidad pronto se convirtió en una furia que rara vez mostraba.

— ¿Cómo pudo pasar esto? — Su voz resonó en la oficina, una mezcla de dolor y enojo. Apretó los puños sobre la mesa y un golpe sordo resonó cuando la golpeó.

Emily, con un rostro que se mezclaba con miedo y firmeza, intentó calmar la tormenta que se avecinaba.

— Federico, ya no importa. Lo que importa es que Juliette ya le ha escrito a Simon. Tenemos

que esperar que regrese lo antes posible.

Frederick se puso de pie abruptamente, con los ojos brillando de indignación.

— No es sólo Juliette a quien necesita enfrentar. ¡Soy yo, es el honor de esta familia! Si Simon no vuelve a asumir su responsabilidad, este niño... — Dudó, y sus ojos se fijaron en Juliette con una dureza que la hizo retroceder involuntariamente. — Este niño será colocado en el círculo de los expuestos. No permitiré que la deshonra manche nuestro linaje.

Esas palabras atravesaron a Juliette como una espada. El dolor era tan agudo que se llevó la mano al pecho, sintiendo como si se le acabara el aire. Emily, que hasta entonces había mantenido un tono conciliador, sintió que le hervía la sangre. Se enderezó y los ojos azules de Frederick brillaron como el acero.

— ¡No, papá! ¡No la rueda de los expuestos! Por todo lo más sagrado, ¡no! — exclamó con miedo Juliette, siempre tan tímida y silenciosa.

— ¡Federico! — Emily intervino con una voz firme que ni siquiera ella reconoció. — Si me amas, si valoras la familia que construimos, no te atrevas a decir eso nunca más. Simon volverá, confío en eso. ¡Pero si no viene, nuestro nieto no será entregado al círculo expuesto!

- ¿Oh, no? ¿Y qué sugiere *mi duquesa* ? ¿No sabes por casualidad el alcance de este delito? ¿El escándalo? ¿Que por algo muy menor estuviste encerrada en un convento en el pasado?

- ¡Sí, lo sé! Precisamente por eso, si Simon no regresa, Juliette tendrá a este niño en Cantrell, lejos de miradas indiscretas. Y yo, a partir de hoy estoy embarazada y en cuanto lo considere necesario, optaré por pasar el periodo de encierro en Cantrell, donde Juliette irá conmigo para hacerme compañía. Creo que he dicho lo suficiente para que me entiendan.

— Espera... ¿entendí verdad? ¿Tienes la intención de hacer lo que estoy pensando?

- ¡Sí! Si Simon no regresa, criaremos a este niño como si fuera nuestro, un hermano para Juliette y Edward. Este será nuestro secreto y nadie más lo sabrá. Además, puedes estar seguro de que Juliette no es la primera ni será la última en necesitar el nacimiento de una hermana mayor... — La duquesa habló con expresión seria.

El duque miró fijamente a Emily durante un largo momento y su ira comenzó a dar paso a la determinación indomable que vio en los ojos de la esposa que tanto amaba. Juliette, abrumada por una mezcla de alivio y miedo, dejó que las lágrimas rodaran por su rostro. Emily, todavía luciendo enojada, la envolvió en un abrazo protector, antes de levantar la cabeza por última vez hacia Frederick.

"Ahora, vamos, cariño", dijo Emily, guiando a Juliette fuera de la oficina, su voz adquirió un tono más suave. — Tu padre habló sin pensar. Nadie pondrá a su hijo en el círculo expuesto. Y Simón volverá. Confiemos en Dios. Si te ama como dijo, volverá.

Luego, con esas palabras, los dos se marcharon, dejando a Federico solo en el silencio ensordecedor de sus propios reflejos.

Capítulo 9

Tres meses después...

El sol ardía con inmensa intensidad en las áridas llanuras de la India, arrojando un calor abrasador sobre los campamentos militares británicos. El regimiento de Simón, alojado en robustas tiendas que ondeaban con el viento seco, se movía con su prisa habitual. Las órdenes resonaron en el aire, las botas marcharon sobre el duro suelo y las banderas ondearon, orgullosas e imponentes. Sin embargo, ese día, una presencia casi invisible pasó entre las filas con expresión preocupada.

El soldado responsable de la correspondencia, un joven de mirada nerviosa y rasgos sencillos, llevaba consigo un paquete de cartas recién llegadas de la metrópoli. En su mano había un sobre con el sello de la familia Crampton, destinado a Simon, cuyos ojos siempre brillaban cuando hablaba de su Escocia natal y de la bella Juliette. Sin embargo, antes de que pudiera entregar la carta a su destinatario, una voz almibarada pero autoritaria resonó detrás de él.

- ¡Soldado! — llamó Josephine, la hija del comandante. Sus penetrantes ojos azules eran tan fríos como una espada y su acento inglés de niña malcriada se volvió irritante de escuchar.

El joven se giró, sintiendo el sudor correr por su frente, no sólo por el calor sofocante, sino por lo que siempre despertaba en él la presencia de la hija del comandante: una mezcla de fascinación y miedo. Llevaba un impecable vestido de lino claro y un abanico en sus pálidas manos, que agitaba perezosamente para protegerse del calor.

— ¿Sí, lordita Josephine? — Su voz delataba un ligero temblor.

— Veo que llevas cartas — observó, mirando el sello. — Esto es para Simon, ¿no?

El soldado vaciló. La carta tenía un aire urgente, casi personal, que se notaba en la cuidada letra. Pero antes de que pudiera responder, Josephine dio un paso adelante y el sonido de sus sandalias fue amortiguado por el ruido del campo.

— Es mi prometido, soldado. No es apropiado que reciba cartas sin mi conocimiento. Dame la

carta. Lo entregaré personalmente.

El soldado se quedó helado, un repentino terror le atravesó el pecho. Los rumores sobre la hija del comandante eran numerosos y peligrosos. Su padre viudo sentía verdadera adoración por ella, lo que la hacía mimada y arrogante. Por tanto, no toleró la disidencia y supo exactamente cómo utilizar su posición para aplastar cualquier oposición. El brillo de desafío en sus ojos dejó claro que una negativa no sería aceptada sin consecuencias.

— Lordita, yo... — tartamudeó, su mirada saltando nerviosamente entre la carta y Josephine.

Se acercó aún más, inclinándose para que sus palabras fueran susurradas, pero con la fuerza de una daga.

—Ni una palabra sobre esto de parte de Simon ni de nadie más. Si lo hago, le recordaré a mi padre que los soldados insubordinados pueden ser... prescindibles o castigables...

El soldado sintió que se le daba un vuelco el corazón. Tragó saliva y le tendió la carta, con la mano ligeramente temblorosa. Josephine lo tomó con una suave sonrisa, un gesto que cualquiera que la conociera sabía que era una máscara para sus más crueles intenciones.

La joven inglesa se alejó con pasos elegantes, dejando atrás al soldado con el rostro gris y un peso de impotencia aplastándolo por no poder llevar a cabo su misión. Una vez que estuvo lo suficientemente lejos, Josephine apretó el sobre contra su pecho, con la mirada fija en el horizonte, donde el sol se ponía en ardientes naranjas.

— Emily de Blackmore, duquesa de Cantrell... si no me equivoco, la madre de Juliette... — se dijo Josephine mientras miraba diabólicamente al remitente de la carta aún sin abrir.

Josefina se dirigió a la tienda privada de su padre, el comandante general, aprovechó que estaba sola y se encerró sentada en un sillón de madera ricamente tallada. Con movimientos minuciosos, que contrastaban con la intensidad de su deseo de conocer el contenido, rompió el sello de la carta y deslizó la hoja. Sus ojos escanearon las líneas escritas a mano, cada palabra imbuida de esperanza y amor. La súplica de Juliette fue clara, un llamado lleno de desesperación. Josephine leyó, con una mueca burlona formándose en sus labios rojos.

— La duquesa Emily, como madre, probablemente firmó el sobre para no despertar sospechas.

Después de todo, Juliette es una chica soltera... — murmuró, destilando veneno en cada sílaba.

Se imaginó a Simon, el prometido de su padre, y cómo reaccionaría al saber que había dejado algo más que promesas. Que la joven que amaba estaba esperando su hijo y rogando por su regreso, ya que se encontraba en una situación difícil, su honor necesitaba reparación. Pero ahora eso ya no importaba, porque todo era sólo un obstáculo que ella misma aplastaría.

Se levantó y caminó hacia un fuego encendido, las llamas danzaban en tonos dorados y rojos. El calor le lamió la cara, pero no parpadeó cuando extendió la mano y arrojó la carta a las llamas. El papel se consumió rápidamente, las palabras de Juliette se retorcieron y desaparecieron en cenizas que flotaron hasta desmoronarse por completo. Una sonrisa curvó los labios de Josephine, triunfante y cruel.

— Olvídalo, mi querida Juliette, porque ahora es mío... — susurró al aire vacío.

Afuera, la vida en el campamento transcurría como de costumbre, los soldados marchaban y risas ahogadas resonaban entre las tiendas. Pero en una tienda oscura, el destino de Juliette y su hijo quedó sellado en silencio y cenizas, sin que Simon, que se preparaba para un matrimonio que nunca había elegido, lo supiera.

Capítulo 10

Los días en Londres se habían convertido en una carga casi insoportable para Juliette. Cada mañana, el peso creciente en su vientre traía una mezcla de amor incondicional y miedo profundo. Sus dedos tocaron suavemente la curva que ahora se hacía cada vez más visible, cubierta incluso por la moda de los vestidos de talle alto aún usados en aquel período post-regencia, que, hasta entonces, había servido de disfraz. La ayuda de Emily, con la destreza y el cariño de una madre, había sido crucial para mantener el secreto protegido. Pero ambos sabían que el tiempo, implacable e innegociable, se estaba acabando.

Juliette caminó por el cuarto oscuro, sus pasos amortiguados por la gruesa alfombra. El reflejo en el espejo mostraba a una mujer joven cuya mirada llevaba el peso de la madurez impuesta. Rizos castaños claros enmarcaban un rostro pálido, donde la ansiedad marcaba ligeramente los círculos oscuros bajo sus ojos. Se sentía segura sólo bajo la presencia protectora de Emily, cuya presencia constante le traía un rayo de esperanza.

— Juliette, querida, siéntate — susurró Emily, entrando a la habitación con una mirada seria, pero aún manteniendo el cariño que transmitía tranquilidad. Se sentó junto a Juliette en el borde de la cama y pasó su mano suavemente por el vientre de la joven, como si pudiera transmitirle su propia fuerza.

— Mamá... — Comenzó Juliette, pero su voz se apagó cuando se encontró con los ojos de Emily, tan similares a los de la difunta madre de Juliette, que siempre transmitían comprensión. — Volverá, ¿no? Ya ha llegado el momento de que la carta le llegue...

Emily apartó la mirada por un momento, un destello de incertidumbre parpadeó antes de ser reemplazado por determinación. Había aprendido a mentir para proteger y, por amor, fingía estar seguro.

—Ve, cariño. Pero ahora tenemos que prepararnos. Porque no tenemos mucho tiempo y ¿y si no regresa a tiempo? Ya se te nota la barriga, no puedes quedarte encerrada en esta habitación hasta que nazca el niño...— Su voz sonaba dulce, pero firme, como si la certeza pudiera ser invocada por pura convicción.

Juliette asintió y ambos supieron lo que eso significaba: el momento de partir hacia Cantrell era inminente. El plan siempre había sido ocultar el embarazo bajo la excusa de una temporada tranquila en el campo, una tradición que nadie se atrevería a cuestionar. Emily, a su vez, fingió estar embarazada de los mismos meses que su hijastra, un ardid que requirió más coraje del que

jamás había imaginado que necesitaría. Sólo Juliette, ella y el duque Federico sabían del secreto y del falso embarazo.

La noche cayó sobre la mansión como un pesado manto, y los sonidos de la ciudad comenzaron a dar paso al silencio del amanecer. Juliette miraba por la ventana, donde la tenue luz de las velas proyectaba sombras danzantes. La idea de que Simón recibiera su carta o ya estuviera en camino era el único rayo de esperanza. Me lo imaginé abriendo el correo, sus ojos recorriendo las líneas apresuradas y cargadas de emoción. Pero el cruel silencio de la ausencia era como un nudo en su garganta.

— Cariño, les pediré a los sirvientes que empaquen nuestro equipaje, ya que nos iremos a finales de esta semana. — Dijo Emily levantándose y acomodándose su vientre falso con un profundo suspiro. — Ya no hay tiempo, Juliette. La fecha límite... ya pasó.

— Mamá... ¿le pasó algo? El Simón que conocí me amaba, nunca me abandonaría... — Dijo entre lágrimas la joven embarazada.

Los dos intercambiaron una mirada cómplice, compartiendo un entendimiento que trascendió las palabras. Emily le tendió la mano a Juliette, quien la apretó con fuerza. Cuando descendieron al estudio del duque, el aire estaba cargado de expectación. Frederick, sentado en su escritorio de caoba con expresión cansada, levantó la vista cuando se abrió la puerta.

— Frederick, tenemos que hablar — anunció Emily en voz baja, pero con la determinación de una madre leona. Entró con Juliette a su lado, los dedos de la joven apretados en la tela de su vestido.

- ¿Qué hubo? preguntó, levantándose con una preocupación que pronto se mezcló con un oscuro presentimiento.

Emily no esperó a que volviera a sentarse. Ella se acercó sosteniendo la mirada de su marido y le dijo:

— Ha llegado el momento de que vayamos a nuestro Ducado de Cantrell. La situación de Juliette ya no se puede disimular, ni siquiera con mucho cuidado.

El silencio que siguió fue denso, casi asfixiante. La mirada de Frederick se endureció, sus puños

cerrados sobre la mesa, pero Emily anticipó cualquier explosión.

— Simon... debe estar recibiendo la carta ahora, sabemos cuánto tardan las cartas en llegar. — continuó, su voz ahora sonaba como un hilo de esperanza que ya no sabía si realmente existía. — Pero no podemos esperar más, Federico. Si no regresa...

— Si no regresa — interrumpió Frederick, su voz tan profunda como un trueno — No toleraré que se manche el nombre de mi familia.

Juliette sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. El aire pareció escaparse de sus pulmones y una silenciosa desesperación amenazó con apoderarse de él. Emily, sintiendo la tensión palpable, levantó el rostro y enfrentó a su marido con feroz valentía.

—Frederick, no te atrevas a repetir esas palabras. Por amor a mí y a nuestros hijos, nunca volverás a decir eso”, dijo Emily, cada sílaba un desafío. — Si Simon no regresa, nos ocuparemos de este niño. Ella será criada como nuestra y el mundo no sabrá nada más de lo que queremos mostrar.

Frederick vaciló, sus ojos escanearon el rostro de su esposa, el amor y la ira estaban en conflicto. Finalmente cedió, bajó la mirada y asintió con un movimiento casi imperceptible. Emily envolvió a Juliette en un abrazo, la presión protectora de sus brazos hablaba más que cualquier promesa.

"Vamos, querida", susurró, sacándola. - Confianza. Su padre habló sin pensar. Y Simón... volverá. Confiaremos en Dios, porque no tenemos otra opción.

Capítulo 11

Unas semanas más tarde...

La madrugada en Cantrell se vio envuelta por un pesado silencio, roto sólo por el viento que silbaba entre las copas de los árboles, trayendo un frío que invadía los pasillos del Castillo de Keulen. En la habitación, iluminada sólo por velas parpadeantes, el aire estaba cargado de tensión. El sudor goteaba por la frente de Juliette, su rostro lívido se contraía de dolor mientras

sus manos temblorosas se aferraban a las sábanas. La criada y la partera intercambiaron miradas aprensivas, pero fue Emily, con los ojos llenos de preocupación y determinación, quien apoyó las almas de todos en esa habitación.

— Sigue adelante, cariño, ya casi llegas — La voz de Emily era un bálsamo, firme y llena de una dulzura que sólo una madre puede brindar.

En la habitación resonó un último gemido profundo, que se convirtió en un grito ahogado de esfuerzo y dolor. En medio de la angustia y el frenesí del momento, un grito fuerte y puro llenó el aire. La partera levantó al bebé, envuelto en mantas blancas, y sus ojos se iluminaron de alivio emocional.

—Es un niño, mi lorda. Un chico hermoso.

— Yo... necesito a mi hijo en mis brazos... — Juliette, agotada por los esfuerzos del parto, suplicó, el deseo urgente surgía de lo más profundo de su alma.

Juliette dejó escapar un sollozo involuntario y las lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas mientras intentaba extender sus brazos temblorosos hacia su hijo. Emily, con una sonrisa mezclada con emoción, levantó al recién nacido y lo colocó suavemente en los brazos de su hija.

— Mira, mi amor. Es tu Theodore, el nombre que elegiste. dijo Emily, con la voz temblando de orgullo y ternura. La pequeña cabecita del bebé, coronada de finos mechones rubios, descansaba sobre el pecho de Juliette, y sus ojos, de un azul profundo como el mar, se abrieron brevemente, capturando los corazones de todos los presentes en la habitación.

Juliette, sin embargo, en medio de la ola de emoción y felicidad, sintió una sombra oscurecer su rostro. El miedo, ese viejo compañero que nunca la abandonó, volvió a aparecer. Sus brazos instintivamente abrazaron al bebé, la desesperación tiñó su voz.

— No... ¡nadie me lo va a quitar! Ni el círculo de los expuestos... ¡ni nadie! — exclamó, respirando pesadamente, con los ojos muy abiertos, delirando de cansancio y terror. — Mamá, aunque Simón no venga... ¡es mío, es lo único que me queda!

Emily se apresuró a tomar la mano de Juliette, sentándose a su lado en la cama. Sus dedos acariciaron el rostro húmedo de su hija, trayendo calma en medio de la agitación.

—Shhh, cariño. No digas esas cosas. Su padre habló en un momento de ira y desesperación. Él nunca haría eso y yo estoy aquí. Les prometí que los cuidaría a ambos y lo haré. Ahora descansa, hija mía. Lo peor ya pasó y ya no estás solo.

— Mamá... No sé qué haría si no fuera por ti... Porque me ayudaste mucho, a pesar de que cometí un error tan grave...

— Porque soy tu madre de corazón, te amo como a una hija y porque sé lo importante que es, cuando cometemos errores, tener una segunda oportunidad... en el fondo tu padre también lo sabe...

Juliette habló mirando a Emily a los ojos, la angustia se suavizó cuando la ternura de su madre la envolvió. La fatiga y el alivio finalmente la vencieron y cerró los ojos, dejando que el sueño se apoderara de ella mientras sostenía al bebé cerca de su pecho.

El tiempo pasó en Cantrell como una densa y lenta niebla. Durante el período de refugio en el lugar, Emily se aseguró de que nadie se acercara a la habitación sin su permiso. La barriga falsa que había mantenido para la sociedad londinense, su disfraz, se guardó junto con los demás secretos, y la rutina de la casa se ajustó al sonido de los llantos y risas de un recién nacido.

Entonces llegó el día en que madre e hija se prepararon para regresar a Londres. El sol de la mañana bañaba los campos de Cantrell con una luz fresca y dorada mientras se preparaban los carruajes. Emily ajustó la capucha sobre los rizos castaños de Juliette e intercambió una mirada de complicidad con ella. Theodore, acurrucado en una suave manta, dormía plácidamente en los brazos de su joven madre.

— Es tan hermoso, mami... mío...

— Sí, querida... tu hermanito es un bebé hermoso...

Cuando finalmente traspasaron las puertas de la mansión de Londres, comenzó una nueva era en la vida de la familia. El pequeño Theodore, con ojos como cielos invernales y cabello tan claro como el amanecer, traía consigo una promesa de esperanza, incluso cuando la incertidumbre aún acechaba en el corazón de Juliette. Emily sabía que a pesar de su aparente calma, la mente de su hija estaba llena de recuerdos de Simon y la angustia de no saber si algún día regresaría.

En la mansión, Juliette y Edward conocieron al nuevo miembro de la familia como hermanos,

una mentira que dolió, pero era necesaria. Emily, con una sonrisa tierna pero atenta, observó cómo Juliette se adaptaba en secreto al papel de hermana mayor y madre. Theodore, con su risa inocente y su expresión curiosa, era el vínculo que mantenía viva la llama de la esperanza.

Emily, de mirada firme y decidida, sabía que vendrían más desafíos, pero en ese momento, viendo a Juliette con su bebé, encontró la fuerza que necesitaban para continuar.

Capítulo 12

Londres, 1833. Diez años después...

— Lo siento lorda, pero no tengo ninguna carta para usted. Por favor discúlpeme.

El mensajero, un hombre de unos cincuenta años, respondió a aquella hermosa mujer, ya no adolescente, que, detrás de los barrotes del portón principal de la mansión, hacía esa pregunta todas las mañanas. Él solía responderle con voz compasiva y expresión en sus ojos.

—Entiendo, lord. Gracias de todos modos.— Juliette bajó la cabeza, con una expresión triste en los ojos, y respondió casi en un susurro.

Las lágrimas de la bella dama se habían secado todos estos años, pero el nudo en su garganta y la angustia en su pecho aún acompañaban cada respuesta negativa de cada mañana. Le dio la espalda y cruzó el cuidado jardín, hacia el interior de la mansión. El mensajero todavía la seguía con la mirada, sintiendo pena por la joven. Aún en el jardín, una hermosa niña rubia de nueve años, con una pelota bajo uno de sus brazos, salió a su encuentro, soltó la pelota y la abrazó con fuerza.

— Theodore... mi amor... no necesitas correr así, terminarás tropezándote y cayendo.— Habló con cariño mientras lo abrazaba. Ese abrazo fue lo que alimentó su fuerza cada día.

— Vine a hacerte compañía hermanita, no me gusta verte triste todas las mañanas... Mamá dijo que debería ir a llamarte para hacer algo divertido.

“Dios mío... a medida que ha pasado el tiempo, cada día se parece más a su padre. Ay Simón... ¿adónde fue o por qué nos abandonó...?” — Juliette sentía un dolor profundo en su corazón, cada vez que reflexionaba sobre ello.

Era así todas las mañanas, a excepción de los gélidos días de invierno. Juliette, después de su desayuno, que aún sin mucho apetito tomó ante la insistencia de la duquesa Emily, salió al jardín a sentarse en un banco de madera que se encontraba muy cerca del portón principal de los muros de la mansión. Así que esperamos a que viniera el chico de la diligencia con el correo. En su eterna espera de cartas de Simón. Cuando comenzó a comportarse así, Emily la regañó. Según la duquesa, no era elegante que una muchacha de su posición social se acercara al mensajero, dejara que el mayordomo recibiera el correo y lo entregara a quien iba dirigido. Sin embargo, con el paso del tiempo, la duquesa dejó de reprenderla. Pensando que era mejor respetar el delicado momento que vivía la joven.

—¡Juliette! Juliette! Ven y toma una taza de té conmigo, querida. Mientras esperamos la hora del almuerzo.

Emily, luciendo un vestido de día verde, estaba en la sala con una criada sirviéndole una taza de té, cuando vio a la joven entrar a la habitación y dirigirse hacia las escaleras que conducían al piso superior de la mansión. Entonces, cuando notó llegar a la joven, decidió usar esta excusa para entretenerla. Probablemente se encerraría en su habitación y sólo saldría a almorzar. Era así en los días en que la niña estaba más sensible. Juliette, detenida a medio camino, incluso pensó en rechazarlo y decir que quería estar sola en su habitación, pero Emily siempre fue tan amable y cómplice, que decidió obedecer.

— Lo siento mamá, pero creo que prefiero... — Dijo vacilante la joven.

—Juliette... Juliette querida, ven, siéntate aquí a mi lado.— Emily se dio cuenta e insistió de manera cariñosa, casi suplicando.

— Está bien, mamá, te acompañaré a tomar el té.

Juliette se sentó junto a la duquesa en el sofá de terciopelo oscuro. Emily se llevó la taza a los labios, probó su té negro y despidió a la criada que esperaba junto al carrito de té para servirle. Luego, colocó la taza sobre la mesa en el centro de la habitación, miró afectuosamente a su hijastra y la abrazó con un solo brazo.

—Amor mío... me gustas mucho y me importa mucho la vida que llevas...—Habló con una mezcla de cariño y cautela. Porque no quería molestarte ni alejarte de Juliette.

Juliette trató de ocultar su malestar, pues sabía que la vida que llevaba desde hacía diez años no era normal. Pero tampoco quería, no veía cómo salir de esto, a menos que llegara Simón para que pudieran ser felices para siempre.

— Estoy bien mamá... no necesitas preocuparte por mí... — Juliette bajó la mirada y trató de ocultar la tristeza que sentía.

— No, querida, no lo eres y no necesitas intentar engañarme... Sé que sufres por Simon... — Emily habló en tono comprensivo.

—Sí, mamá... eso no puedo ocultarte eso a ti, a papá y no creo que a nadie en esta casa...— Juliette, se llevó la mano a los ojos y se secó una discreta lágrima que insistía en descendente.

— Querida... me duele mucho... ver tu sufrimiento... tu eterna espera. ¿No crees que es hora de aceptar un pretendiente? — en este punto Emily bajó la voz — Sabemos de tu condición, pero creo que un hombre mayor, viudo, no te lo devolverá en tu noche de bodas cuando se dé cuenta de que...

— Por favor no me preguntes eso mamá... sabes que solo participé en mi primera y última temporada para complacerte y no levantar sospechas. Tampoco me pidas que acepte un pretendiente para eso...

— No, mi amor, nunca pediría eso. Porque hay que aceptar un pretendiente para hacerte feliz y no para complacerme a mí. Aunque eres hija de un duque y tienes una dote considerable, temo por tu futuro.

—Entiendo, mamá...

—Pues ya tiene veintiséis años, ya ha participado de mala gana en las cinco temporadas en las que suele participar una dama. Temo que tu juventud se agote por completo y que te quedes solo. Está bien que tengas a Edward y Theodore, pero un buen matrimonio siempre es interesante...

—El mundo es muy injusto con nosotras las mujeres, ¿no crees?

—Sí querida, eso creo, y por eso también creo que tienes que aceptarlo y terminar con esta eterna espera. Incluso su querido tío, el capitán Robert, ha perdido contacto con él.

Juliette, que tenía su cabeza apoyada en el hombro de Emily, continuó sentada una al lado de la otra en el sofá, mientras sollozaba levemente por su delicada nariz, levantó la cabeza y miró a Emily con asombro.

—Mamá... ¿crees que está muerto?

— Cariño... me resulta muy difícil decirte esto, pero me temo que sí y entre nosotros sería más digno. De lo contrario, la abandonó a su suerte... pero no quiero creer esta última hipótesis, ya que usted se correspondía frecuentemente, imagino, muy enamorado...

—¿Correspondencia frecuente?—Preguntó asombrada, mientras miraba a la duquesa.

—Por supuesto, querida... ¿crees que nunca me di cuenta de ese intenso intercambio de libros

entre tú y Eugenie, que nunca fue una ávida lectora? ¿Especialmente con tantos buenos libros en nuestra biblioteca y magníficas librerías en Londres? — Emily habló con cariño, le dio una pequeña sonrisa y jugó con la punta de la nariz de Juliette.

—Mamá... ¿siempre supiste que había carteles dentro de los libros?

—Sí, niña tonta... recuerda que una vez tuve tu edad...

— ¿Y por qué nunca hiciste nada para detenerlo? ¿Sabiendo que no era adecuado? ¿Ya que todavía no teníamos un compromiso formal?

— Porque me di cuenta de que era tan bueno para ti y quería verte feliz, tal como lo quiero ahora.

Entonces, mientras decía esto, los dos se tomaron fuertemente de las manos y se miraron en un gesto de complicidad. Luego se abrazaron fuertemente. Juliette aprovechó su hombro amigo y dejó caer las lágrimas sin necesidad de ocultarlas.

Capítulo 13

El sol de esa mañana acarició la piel de Juliette con una suavidad poco común. Sentada en el jardín, observaba el camino que conducía a la mansión, esperando ansiosamente la llegada de la diligencia. Era un ritual que había seguido religiosamente durante años: cada mañana se permitía un momento de esperanza, de creer que, entre las cartas y órdenes rutinarias, habría un mensaje suyo. Quién sabe, una línea escrita con esa letra fuerte y familiar que parecía estar grabada en su corazón.

Pero, ese día, al llegar al jardín y sentarse en el habitual banco junto a la puerta, apareció afuera un hombre tullido, con una de sus piernas amputadas y ropa gastada, pidiendo limosna, el corazón de Juliette, siempre bondadoso, fue conmovido, hasta el punto de pedir más detalles.

— Lo siento, lord. Recibe este chelín que te doy de corazón. ¿Pero qué pasó con tu pierna? ¿Pobre hombre?

— Fue un accidente, lorda, durante mi estancia en las colonias inglesas, más precisamente en la India, hace cinco años.

Entonces, al escuchar la palabra India, el corazón de Juliette dio un vuelco. ¿Ese lord le decía que estuvo en Indias hace cinco años? Entonces, si Simon se había ido hace diez años, había esperanzas de escuchar algunas noticias.

— Lord, por todo lo santo, ¿conoció usted alguna vez a un hombre llamado Simón? Era rubio, de ojos azules, joven y sirvió en el ejército británico de Su Majestad el Rey. — preguntó eufórica, sin poder ocultarlo. El hombre se rascó la cabeza, pensó un poco y le habló.

— De hecho, lorda, conocí a un Simón con las características que usted me habló, era capitán, el Capitán Simón Voldstok — el hombre hizo una pausa — Estaba casado con la hija del comandante general. Dijeron que era por conveniencia. Una joven con una buena posición, que rápidamente le abrió puertas en su carrera militar...

Entonces, al escuchar eso, Juliette sintió como si el suelo desapareciera bajo sus pies, el mundo giraba y una cuchilla afilada se clavaba profundamente en su pecho. El mundo que la rodeaba pareció disolverse cuando la realidad se desarrolló brutalmente ante ella.

“Simón. ¡Casado con otra mujer! Una joven que encajaba perfectamente con sus ambiciones, una elección calculada para asegurar su futuro en el ejército. Y lo peor: ni siquiera respondió a su carta, abandonándola cobardemente, dejándola creer en fantasías de amor y promesas que nunca existieron”.

Juliette se alejó del hombre con un temblor en el cuerpo, la mirada perdida y sin poder concentrarse en ningún detalle. Sin darse cuenta cómo, se encontró nuevamente en los pasillos de la mansión. Una pequeña y familiar sombra detuvo su camino.

— Disculpe lorda, pero ¿se encuentra bien? ¿Dije algo mal?—Preguntó preocupado el buen hombre, de cabello gris y rostro cansado.

- ¿I? Sí... sí lo estoy... permíname lord, pero tuve una pequeña molestia, creo que hoy el sol está un poco fuerte. Necesito entrar. Por favor discúlpeme.

Juliette se ajustó las faldas de su vestido y se levantó rápidamente, tratando de mantener un poco

de clase, incluso con el mundo colapsando a su alrededor. El mendigo de alguna manera sospechó que algo andaba mal, pero pensó que lo mejor era guardar silencio y continuar su camino. Entonces, todavía permaneció en la puerta por un rato mientras miraba a la hermosa mujer de alta nobleza, caminando por su hermoso jardín hacia la mansión. También notó que en medio del viaje hacia la mansión, fue interrumpida por un hermoso chico de cabello rubio y vestido con ropas de un niño de la nobleza.

—¡Juliette! — Theodore, de nueve años y cabello dorado, la miró con sorpresa y preocupación.
— ¿Quieres jugar hoy? Tengo los soldados que me regalaron la Navidad pasada...

Juliette no pudo contenerse y abrazó a su hijo con todas sus fuerzas, intentando contener las lágrimas. Amaba a Theodore con todas sus fuerzas, a pesar de todo el sufrimiento, era el recuerdo vivo de Simon. Después del abrazo, tocó con cariño la suave mejilla de su hijo, única fuente constante de alegría en los últimos años, y murmuró con voz temblorosa:

— Hoy no, querida... Hoy jugarás con tu baba, tu hermana aquí necesita algo de tiempo. Bueno, me siento mal.

El niño frunció el ceño y una línea de preocupación infantil apareció en su frente. Theodore era joven, pero ya sabía que, en esos días en que Juliette estaba aún más triste, toda la casa parecía quedarse en silencio.

Se tomó su tiempo para subir las escaleras, cada paso era un recordatorio del peso sobre sus hombros. En el pasillo encontró a Emily, quien tenía una mirada preocupada y atenta. Al notar la expresión desolada de su hijastra, la duquesa no dudó en seguirla hasta el dormitorio. Juliette entró y se dejó caer en el borde de la cama, las lágrimas finalmente bajaron por sus pálidas mejillas.

— Querida, ¿qué pasó? — Emily se acercó y se sentó a su lado en la cama, tocando su hombro con ternura.

— Simon... él... — Juliette intentó hablar, pero el nudo en su garganta pareció asfixiarla. —Se casó, mamá. Con otra... la hija de un comandante. Probablemente para garantizar su ascenso militar. Nunca me amaste. Me utilizó como un buen partido y, cuando ya no le serví, simplemente se fue.

—Pero ¿quién te dijo eso, querida? Apenas sales de casa, ¿cómo te llegó esto y cómo puedes decirlo con tanta seguridad?—Preguntó Emily, horrorizada y preocupada.

— Un mendigo pidió limosna hoy temprano, cuando supe que venía de Indias, le pregunté si conocía a Simón. Entonces, sin pretensiones, contó esta información.

Emily cerró los ojos y sintió un dolor similar en el corazón. Respiró hondo y abrazó a Juliette con fuerza.

— Lo siento mucho, niña... Era un sinvergüenza. Pero eso ya no puede dictar su futuro. Así que es hora de intentar rehacer tu vida, de aceptar invitaciones, asistir a algunos bailes... aunque las posibilidades son escasas, ya tienes veintiséis años, pero tienes que intentarlo. En cuanto al secreto, se guarda con nosotros para siempre...

Juliette dejó escapar un sollozo y las palabras de Emily sonaron como una llamada de atención a la realidad. A los veintiséis años, sabía que sus posibilidades eran escasas, especialmente en las condiciones en las que se encontraba. Sin embargo, allí, en los brazos de Emily, por primera vez consideró que, tal vez, era momento de hacer un esfuerzo e intentar dejar a Simon en el pasado y comenzar a recorrer su propio camino, lejos de las sombras de un amor que nunca había existido. sido real.

Capítulo 14

India, 1833...

La suave luz del atardecer se filtraba a través de las finas cortinas de lino de la habitación, tiñendo la habitación de un tono dorado que contrastaba con la palidez de la mujer recostada en la cama. Josephine, la esposa de Simon, yacía con la piel fina como el papel, los ojos opacos mirando al vacío, como si buscara en algún punto lejano una salvación que nunca llegaría. Los murmullos de muerte rodearon esa habitación.

Simon, con los hombros tensos y la expresión rígida, estaba sentado a su lado. El uniforme militar ya no es el de un soldado, sino el de un capitán del ejército de Su Majestad el Rey de Inglaterra. Llegó al puesto que quería, pero no estaba contento. Su rostro, marcado por una barba rala y las sombras de viejos recuerdos, mostraba una mezcla de cansancio y tristeza contenida. Pese a todo, no pudo evitar sentir un hilo de compasión por la mujer que, a pesar de haber sido la causa de sus tormentos, ahora enfrentaba la muerte con una mirada impotente.

— Simón... — La voz de Josephine sonaba ronca, débil como el aliento de una vela a punto de apagarse. Sus ojos, claros e intensos, se volvieron hacia ella, con un destello de lástima parpadeando en la frialdad que había cultivado durante tanto tiempo. Él asintió, indicando que la escuchó.

Extendió una mano huesuda y temblorosa, con dedos que parecían ramitas secas. Simon entrelazó sus dedos con los de ella a regañadientes, la sensación áspera y frágil le provocó un escalofrío. Esperaba palabras de arrepentimiento por haberlo preparado para comprometerla obligándola a casarse, tal vez una súplica final, pero nada lo preparó para lo que escuchó a continuación.

— Hay algo que necesito... confesar... — susurró Josephine, con la respiración entrecortada por una tos que resonaba como el repique de una campana funeraria. —La carta... esa carta de Juliette... hace diez años... la recibí.

El mundo de Simon se detuvo. Por un momento, todo a su alrededor, el murmullo ahogado de los sirvientes, el soplo de la brisa nocturna que entraba por la ventana, se disipó. Retiró la mano y su corazón latía con tanta fuerza que parecía querer escapar de su pecho.

- ¿Qué? ¿Carta? ¿De qué estás hablando?" la palabra se escapó como un gruñido bajo, lleno de incredulidad y furia.

Josephine cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su pálida mejilla. Su debilidad ya no le permitía defenderse ni soportar el peso de la culpa que había cargado durante una década.

— Intercepté una carta importante de tu amada, la leí... y la quemé — admitió, con un hilo en su voz que se perdió en medio de una nueva tos, ahora teñida de rojo.

— Por Dios... ¿qué me estás confesando... y qué dijiste en esa carta?

— Tu amada Juliette pedía desesperadamente tu regreso... ya que estaba esperando a tu hijo... Necesitabas regresar urgentemente para casarte. De lo contrario, su hijo correría el riesgo de ser puesto al cuidado de personas expuestas...

Simon sintió que el calor del odio subía a su cabeza. Su visión se volvió borrosa por un momento, no por las lágrimas, sino por la ira que lo invadió. La carta... una carta de Juliette, su amada, su verdadera razón de vivir. Durante diez años, se aferró a recuerdos y promesas incumplidas, sin saber que Juliette había intentado devolverle la llamada, lo necesitaba y estaba... embarazada. El pecho de Simon se contrajo con un dolor que casi lo asfixió.

— ¡Juliette embarazada! ¡Mi hijo en el círculo de los expuestos!

Apretó los puños y la mandíbula para contener las palabras cortantes que quería desatar contra Josephine. Pero cuando vio la sangre que manchaba las sábanas blancas y la expresión de remordimiento en sus ojos casi sin vida, se detuvo. No valió la pena; ella ya estaba pagando un alto precio.

- ¿Por qué? Josephine, ¿cómo puedes ser tan cruel?— La pregunta salió como un susurro, más para él que para ella.

Josephine forzó sus labios en una última sonrisa triste.

— Porque te amaba... más de lo que debería. Y supe que nunca volverías a ser amado... y que regresarías corriendo cuando escucharas la noticia... — La última palabra fue una débil exhalación, y su pecho inmóvil no volvió a elevarse.

El silencio llenó la habitación. Simón permaneció allí, inmóvil, con sus pensamientos dando

vueltas, hasta que entró uno de los sirvientes, murmurando una oración y cubriendo el rostro de Josephine con una sábana. Sin esperar más, se levantó, su mente ya planeaba los siguientes pasos. La decisión fue tomada. Quería gritar, derrumbarse, pero la gravedad del momento y la piedad cristiana le hicieron callar. Era como si algo dentro de él le dijera que necesitaba pasar por esta terrible experiencia...

— Juliette... ¿qué hice? Lo que nos hicieron a los dos...— Simón, todavía sentado junto al lecho de muerte de su esposa, murmuró para sí mismo, sin que los sirvientes lo escucharan.

Tras el breve funeral, en el que Simón apenas prestó atención a las formalidades, se dirigió al puerto con una determinación que no sentía desde hacía mucho tiempo. Compró un billete para el próximo barco con destino a Inglaterra, que partiría al amanecer.

Mientras la brisa salada del mar soplaba sobre su rostro esa noche, Simon contemplaba el oscuro e infinito horizonte. Las promesas que le había hecho a Juliette, el amor que siempre había cumplido, latían como un fuego renovado en su pecho. Y ahora, por fin, regresaba a casa, para encontrar la verdad que le habían robado y luchar por lo que quedaba de su felicidad.

En su interior sólo resonaba un pensamiento:

“Juliette, volveré por ti y por nuestro hijo. ¡Y esta vez nada podrá separarnos!”

Capítulo 15

Londres, un mes después...

El sol de Londres coloreaba los árboles del jardín de la mansión con tonos dorados y verdosos, y las ramas se movían perezosamente con la brisa de las primeras horas de la tarde. Sentado en el asiento del carruaje, dirigiéndose hacia la mansión del duque de Cantrell, Simon observaba las calles de Mayfair, mientras con el corazón apesadumbrado reflexionaba. Habían pasado diez años, cada uno trayendo consigo el peso de la añoranza, la frustración y las noches

de insomnio. El camino a casa no había sido sólo un viaje físico; Había sido una batalla para rescatar lo que quedaba de su alma. Ahora probablemente comenzaría una nueva batalla.

El primer paso era ser bienvenido a la mansión, porque todos en esa casa debieron odiarlo, pero él no era un cobarde, enfrentaría el enojo de cualquiera, pero al menos podría hablar con Juliette. Una vez resuelto todo, visitaría al tío Robert en su Edimburgo natal, ya que también habían perdido contacto años atrás.

“ Juliette... ¿qué diré cuando la vea... se casó con alguien más? ¿Estaba separada de nuestro hijo? Ella y su familia deben odiarme, considerarme el más vil de los hombres...”

La mansión, imponente e intacta por el tiempo, se alzaba frente a él. Los sirvientes y el mayordomo Struck apenas tuvieron tiempo de tomar aire y detenerlo, pues era una visita que no tenía horario programado, pues él ya la estaba esperando y entró a la fuerza. El duque Federico apareció en medio del salón, con expresión rígida y fría como el mármol bajo sus pies. Sus ojos azules miraron a Simon con una mezcla de furia y desdén. Entonces el duque ordenó a todos los sirvientes que se marcharan inmediatamente, dejándolos sólo a ellos dos en el gran salón.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí? — gritó el Duque, su voz resonando por los pasillos.

Simon, de pie, erguido, sintió la ira burbujear bajo la superficie de su fachada controlada. Inclino la cabeza en una ligera reverencia que sugería más desafío que respeto.

— ¡Vine a buscar lo que me pertenece, excelencia! ¡Vine a buscar a Juliette y a mi hijo!

— Insolente... ¿cómo te atreves? En primer lugar, ¡nunca más vuelvas a decir algo así en voz alta! ¡Debería aprovechar tu regreso y lavar el honor de la familia con sangre!

Un murmullo de asombro y excitación resonó por el salón. Apenas habían salido las palabras de sus labios cuando resonaron unos pasos apresurados y Juliette apareció en el umbral de la escalera, con los ojos muy abiertos y el rostro pálido como el de una aparición. Los años habían acentuado su belleza; las curvas más maduras, el cabello largo cayendo en ondas marrones y los ojos que alguna vez irradiaban alegría, ahora llevaban la sombra de algo que Simon apenas podía entender. Con un vestido amarillo, parecía hermosa.

— Vete, Simón — su voz temblaba, entre el dolor y la ira. — ¡No eres bienvenido aquí!

Simon, en cierto modo, esperaba encontrar una familia ofendida y una Juliette profundamente herida. Aún así, las palabras que escuchó le dolieron el pecho como una daga. Esa era su Juliette, había perdido sus rasgos de niña y era aún más hermosa. Sin embargo, al mismo tiempo, con expresión herida y mirada fría.

— Lo que sea que hayas venido a buscar, ya no existe. — El Duque lo miró con expresión impasible, antes de volverse hacia Juliette. — Vuelve adentro, hija mía. No necesitamos escándalos. No vale la pena ni siquiera hablar con él. Lo arreglaré.

Pero Simón no se movió. Sus ojos nunca abandonaron a Juliette, buscando algo, cualquier rastro de emoción que sugiriera que todavía tenía algún lugar en su corazón. Ella miró hacia otro lado y eso lo destruyó. Cuando ella se giró para desaparecer escaleras arriba, Simon sintió que el mundo a su alrededor se desmoronaba, como si los cimientos de esperanza que lo habían sostenido finalmente estuvieran cediendo.

— Juliette, lo siento Lady Juliette, por favor déjeme explicarle...

De repente, una risa infantil rompió el tenso silencio. Un niño de unos diez años, de pelo rubio y ojos tan claros como los de Simón, salió corriendo del jardín y entró por la puerta principal llevando un ramo de flores que había recogido. Simon se quedó helado, el aire escapó de sus pulmones como si lo hubieran golpeado.

El niño, con una sonrisa pura, miró a Simon por un momento, la curiosidad infantil reflejada en sus ojos que, impresionantemente, reflejaban los suyos. La similitud era innegable. Cada línea de su rostro, cada detalle de su expresión eran como ecos del pasado, del Simón que se había ido hacía una década, joven y soñador.

—¡Juliette! No apareciste en el jardín como todas las mañanas. ¡Mira lo que coseché para ti, hermanita! — El niño extendió el ramo hacia Juliette, quien todavía estaba en lo alto de las escaleras.

Simon dio un paso vacilante hacia el chico, levantando su mano temblorosa sin que él se diera cuenta. La emoción le apretó la garganta y tuvo que contener la ola de sentimientos que amenazaban con destrozarlo allí mismo.

—¿Cómo te llamas, muchacho? — preguntó con la voz ronca, quebrada por la tensión.

— Theodore, lord, soy el hermano de Juliette. — respondió el chico, su sonrisa inocente desapareciendo en un ligero ceño, como si tratara de entender la intensidad en la mirada de ese extraño.

— Hermano... entonces el duque de Cantrell y su duquesa tenían un nuevo hijo... — repitió Simón, de un modo visiblemente lleno de sospecha.

— ¡Ya basta! ¡Fuera de aquí, lord! ¡De lo contrario no responderé por mí mismo!— Dijo emocionado el Duque, colocando su mano en su cintura, donde portaba un arma.

—¡Federico, por favor! ¡La violencia o un escándalo no nos ayudarán en nada ahora! - En ese momento, la duquesa Emily, al escuchar las voces emocionadas, ya se había unido a ellos en la habitación.

"Teodoro".

Simon repitió el nombre en su mente, sintiendo caer sobre él el peso de la revelación. Los billetes se formaban en su mente en un frenesí, cada mes y año se alineaban, confirmando lo que su corazón ya gritaba con todas sus fuerzas. La mirada de Juliette, su silencio, la preocupación de sus padres por el escándalo, el parecido del chico con él, todo tenía sentido ahora.

Volvió a mirar hacia las escaleras, donde Juliette todavía estaba de pie, pero esta vez pálida como una estatua de cera, con los ojos alarmados al ver la interacción entre Simon y el niño. Sabía que ya no podía ocultar la verdad. Pero antes de que Simon pudiera decir más, la duquesa Emily corrió hacia Theodore y le tomó la mano con determinación protectora.

— Simon, vete — preguntó Emily, su tono ahora más suplicante, casi desesperado.

Simon dio un paso atrás, pero sus ojos nunca dejaron los de ella. El niño, sin entender la tensión en el aire, se acurrucó en el vestido de su madre, quien en realidad era su abuela, lanzando una mirada curiosa al hombre que parecía saber más de él de lo que debería.

“Esto no ha terminado”, dijo Simon, en voz baja pero llena de promesas. — Volveré y esta vez nada podrá detenerme.

Con una última mirada al que sospechaba era el hijo que nunca supo que tenía, Simon se giró y se fue, con la determinación renovada a cada paso. La gente había tratado de separarlos, pero ahora sabía que no descansaría hasta recuperar su verdad y su familia.

.

Capítulo 16

Días después...

Simon estaba al acecho, escondido a la sombra de las columnas de piedra de la iglesia de San Jorge, mientras los fieles se dispersaban, rodeados de murmullos y pasos apresurados en la brumosa mañana de Londres. La delicada silueta de Juliette, ataviada con un vestido azul, destacaba contra la suave luz que se escapaba del interior de la capilla. Se fue con la cabeza gacha, los ojos perdidos en oraciones susurradas, ajena al hombre que la observaba con mirada atormentada.

Los días que Simon había pasado vigilando la mansión y sus alrededores habían sido insoportables. Verla, incluso desde lejos, le trajo una dolorosa mezcla de esperanza y angustia. Y luego, ese chico... Theodore. El nombre resonó en su mente como un acertijo. El cabello rubio y los ojos claros del chico despertaron una sospecha que Simon no pudo reprimir, una verdad que latía por sus venas.

Juliette caminó hacia el carruaje, con las manos envueltas en la tela de su vestido, como si buscara protección. Antes de que llegara al escalón del carruaje, Simon surgió de las sombras y

le bloqueó el paso. El encuentro de sus miradas fue una sorpresa silenciosa: la de él, feroz y suplicante; la de ella, herida y fría como una espada.

"Juliette", dijo, con la voz ronca por las emociones reprimidas. — Necesito hablar contigo. Por favor no huyas.

Ella dudó por un momento, sus pupilas se dilataron por el miedo y el reconocimiento. Pero, con un movimiento casi imperceptible, se recompuso levantando la barbilla.

— No tenemos nada más de qué hablar, Simón. Vuelve al lugar de donde viniste.

— No puedo volver atrás. No sin respuestas —insistió, dando un paso adelante. —Ese chico... Theodore. Necesito saber la verdad. Él es mi hijo, ¿no? Nuestro hijo...

La expresión de Juliette se endureció, un brillo defensivo en sus ojos marrones. Ella esbozó una media sonrisa amarga, casi resignada, y respondió en voz baja, pero llena de resentimiento.

— Teodoro es mi hermano. Un hermano mayor. Eso es lo que siempre fue y siempre será. Y tú, Simón, olvídate, olvídanos. No hay lugar para cobardes que abandonan promesas y juramentos.

— ¿Significa esto que realmente nuestro hijo fue enviado a la rueda de los expuestos?

— ¡Esto significa que deberías dejarnos en paz y quién eres tú para exigir cualquier respuesta de mí o de mi familia, porque me abandonaste en el momento que más lo necesitaba! Si no fuera por mi madre, la forma en que logró ablandar el corazón de mi padre ante la situación, no sé qué hubiera sido de mí...

Sus palabras golpearon a Simon con la fuerza de una tormenta. Apretó los puños y un músculo se le tensó en la mandíbula. Quería gritar, explicar, hablar de la carta que nunca recibió, de la traición que lo ataba a un destino amargo. Pero Juliette ya había desviado la mirada y subía al carruaje, con las manos temblando casi imperceptiblemente.

— Puedo explicarlo... — La voz de Simon se rompió en un susurro.

"No quiero oírlo, Simon", murmuró, mientras la puerta del carruaje se cerraba con un clic sordo.
—Perdiste ese derecho.

Los caballos relincharon y el cochero azotó las riendas. Simon permaneció inmóvil, con el corazón en llamas y los pensamientos dando vueltas, mientras el carruaje se alejaba, tragado por la niebla matutina de Londres. La vio desaparecer por las calles adoquinadas, con una promesa ardiendo en sus ojos.

“No me rendiré contigo, Juliette. Ni siquiera saber la verdad sobre nuestro hijo”.

Capítulo 17

Juliette cruzó la puerta de la mansión con pasos apresurados, su corazón latía salvajemente como las campanas que aún resonaban en su mente. El peso de su encuentro con Simon la aplastó, cada palabra intercambiada se grabó en su alma como un hierro al rojo vivo. Emily, que estaba sentada elegantemente en su sillón de terciopelo de la sala de estar, inmediatamente se levantó al ver la pálida expresión de su hijastra.

— Juliette, ¿qué pasó? — La voz de Emily, de la dulzura habitual, ahora tenía una nota de alarma.

Juliette solo hizo un gesto rápido, indicándole que la siguiera. Sin preguntar, Emily subió las escaleras detrás de la joven, el susurro de sus vestidos rompió el tenso silencio de la casa. Cuando entraron en la habitación, Juliette cerró la puerta con un movimiento decisivo, bloqueándola como para mantener al mundo fuera. La luz que se filtraba a través de la ventana proyectaba suaves sombras en la habitación, pero nada podía suavizar la agitación en su pecho.

Ambos se sentaron en el borde de la cama, el colchón hundiéndose bajo el peso compartido de los secretos y la angustia. Juliette cerró los ojos por un momento y respiró hondo para controlar el temblor de sus manos. Cuando volvió a abrir los ojos, estaban llenos de dolor y desesperación.

— Mamá... Simon me estaba siguiendo. Se acercó a mí cuando salí de la iglesia de St. George”, comenzó con la voz entrecortada. — Preguntó por nuestro hijo, quería saber si realmente lo habían dejado atrás como lo mencioné en una carta en el pasado... o si era Theodore, criado como mi hermano.

Emily se llevó una mano a la boca y abrió los ojos con sorpresa. Por un momento, el silencio se extendió entre ellos, cargado de significado y miedo.

—¿Qué respondiste? — preguntó la duquesa en voz baja, temiendo la respuesta.

Juliette sintió una lágrima correr por su rostro y rápidamente la secó, como si el gesto pudiera quitarle el dolor.

— Lo negué. Dije que Theodore es mi hermano mayor. Pero me di cuenta de que él no lo creía, mamá. — Su voz se quebró, temblando, y se mordió el labio para no sollozar. — Probablemente volverá, no renunciará a saber la verdad. Vi en sus ojos... la determinación de alguien que sabe que ha sido engañado.

Emily suspiró, sus ojos se llenaron de profunda tristeza. Sin pensarlo, abrazó a Juliette con fuerza, tratando de transmitirle toda la fuerza que poseía. El corazón de Juliette latía frenéticamente contra el cuerpo de su madrastra, una sinfonía de desesperación y anhelo.

— Incluso después de todo...— susurró Juliette contra el hombro de Emily, con las palabras ahogadas. — Todavía lo amo, mamá... pero amar no siempre significa perdonar...

Emily se apartó lo suficiente para mirar a Juliette, con las manos firmes sobre los hombros.

—Escúchame, cariño. Necesitas decidir qué quieres hacer. Lo que es correcto para ti y Theodore. Si el amor por Simon todavía vive en tu corazón, no importa cuánto dolor te cause, tal vez sea hora de enfrentar ese pasado. Pero elijas lo que elijas, estaré a tu lado, hoy y siempre.

Juliette asintió, pero la duda y el miedo aún atormentaban su rostro. Una última pregunta escapó de sus labios, casi un susurro:

— ¿Y mi padre?

Emily respiró hondo y la determinación brillaba en sus ojos azules.

—Déjame a tu padre. — La firmeza en su voz era inquebrantable, como una promesa solemne de que protegería a Juliette de cualquier tormenta que se avecinase.

— Gracias mamá... Dios fue muy bondadoso conmigo cuando te puso en mi vida...

— No cariño, Dios fue muy bondadoso conmigo cuando puso a tu padre y a ti en mi vida. Ahora escuche, pero tenemos que cuidar su reputación. Si este impasse con Simon continúa, necesitamos encontrarte un pretendiente.

—¿Un pretendiente? No deseo ningún pretendiente... Mi corazón es incapaz de aceptar a nadie más que a Simón...

— Bueno, debes prepararte para tomar decisiones cruciales. Porque toda mujer necesita tener un buen matrimonio para sentirse completa y ser respetada ante los ojos de la sociedad. Una mujer casada es mejor considerada que una solterona...

— Hablas como si no supieras el pasado que llevo...

— Lo sé, querida... pero tienes una rica dote, eres la única hija del duque. Podemos encontrar a un noble endeudado, un caballero viudo...

— Confieso que ninguna de las opciones me conviene... pero me di tiempo para pensar...

La luz de la mañana entraba a raudales por la ventana, pero en ese momento la habitación parecía más segura que cualquier otro lugar. Juliette sabía que necesitaría todo el coraje que le quedaba en el alma para afrontar lo que se avecinaba.

Capítulo 18

Días después...

La música reverberaba en el aire del lujoso salón de baile de Almack, mezclada con las risas y los susurros de quienes bailaban bajo la luz parpadeante de los candelabros de cristal. El calor de las conversaciones y el roce de las faldas contra el suelo pulido hacían que el ambiente le pareciera casi asfixiante a Juliette. Sus ojos marrones, normalmente vívidos, estaban cansados. Con un suspiro discreto, escapó al balcón en busca del frío de la noche y un momento de paz.

“En cierto modo, me parece ridículo decidir participar en el último momento de esta temporada... pero creo que es prudente al menos intentar ocultarlo. No quiero ni imaginar la magnitud del escándalo si se descubre mi secreto. Manchará no sólo mi vida, sino también la de Theodore para siempre”.

La brisa tocó su rostro, arrastrando mechones de su cabello castaño dorado. Juliette miró hacia la luna llena, que colgaba en el cielo como un observador silencioso de sus turbulentos pensamientos. "¿Por qué, Simon?", susurró para sí misma, haciéndose eco de preguntas sin respuesta.

Entonces un movimiento en la oscuridad hizo que su corazón se acelerara. Simon salió de la penumbra, con el uniforme ligeramente ajustado para la velada formal, pero aún con el aire intrépido de un soldado. Él tenía sus ojos fijos en ella, una mirada que mezclaba determinación y una emoción que Juliette no sabía si era dolor o esperanza.

—¿Está usted sin compañía, mi lorda? — La voz de Simon sonaba suave, pero había una tensión controlada.

Juliette volvió la cara y sus ojos brillaron con una mezcla de ira y dolor al reconocerlo.

— Las solteronas no necesitan acompañantes, capitán Simon Voldstok, al menos no en un balcón. — Las palabras salieron bruscas, pero temblaron en su lengua, revelando la fragilidad que intentaba ocultar.

Simon dio un paso adelante y la calidez de su cercanía la alcanzó incluso en el frío de la noche. Acercándose a ella, en aquel balcón, aunque estuvieran los dos solos no había algo que se viera tan bien.

— Necesito decir la verdad. Mereces saberlo todo y no soporto verte continuar sin las respuestas que siempre has buscado. — Extendió la mano y, por un momento, vacilante, Juliette casi cedió a su toque. Pero cuando llegó el contacto, fue sólo un toque firme y suave en su brazo.

— Suéltame. — Intentó retroceder, pero su corazón latía desordenadamente, contradiciendo la frialdad de sus palabras — De lo contrario gritaré. Seguro que algún caballero vendrá a defender mi honor, incluso mi padre que está en el baile.

Simon sostuvo su mirada con la misma intensidad con la que un náufrago sostiene la esperanza.

— Por favor, Juliette. Dame la oportunidad de ser escuchado. Sólo uno. — La petición fue susurrada, casi una súplica.

El mundo a su alrededor pareció disolverse. La habitación, las risas, la música... todo se desvaneció hasta que solo quedaron ellos y la luna, testigos de sus desencuentros. Juliette sintió que su resistencia flaqueaba y los muros que había construido a su alrededor cedieron, aunque sólo fuera por un momento. Simon notó la vacilación que recorría la mente de su amada. Parecía insegura de si debía ceder o no. Quizás detrás de todo ese dolor todavía había un maestro, reflexionó.

— El invernadero... — Indicó Simon con un ligero movimiento de cabeza. — No es el lugar más seguro, pero es el único donde podemos hablar sin que nos interrumpen. Por favor Juliette, sé que en el fondo tú también lo quieres, así que danos una oportunidad a ambos....

Ella respiró hondo. La dominaba un miedo instintivo, el miedo al escándalo, al juicio ajeno. Pero algo en su mirada la hizo dudar. Tal vez era un reflejo de su propio anhelo o la llama aún viva de algo que no podía matar.

— Estaré allí en un momento. — Murmuró, mirando hacia otro lado.

Simon asintió, la luz de alivio pasó brevemente por su rostro antes de desaparecer en las sombras. Juliette lo vio alejarse, con el corazón martilleándole dolorosamente. Regresó a la habitación, esperando que nadie se diera cuenta de lo que estaba a punto de hacer, y con pasos discretos se dirigió hacia el único lugar donde, tal vez, podría encontrar la verdad.

Capítulo 19

La penumbra del invernadero envolvió a Juliette y Simon en un abrazo casi conspirativo. La fragancia de plantas exóticas se mezcló con el sonido apagado de los acordes provenientes del salón de baile, una melodía lejana que hizo el momento aún más íntimo y aislado del mundo que

lo rodeaba. Juliette sintió una opresión en el pecho, dividida entre la ira, el dolor y la desesperada necesidad de respuestas.

Simón se acercó lentamente, con los ojos fijos en ella, brillando con una mezcla de esperanza y sufrimiento. El aire entre ellos se sentía electrizado, cargado con todo lo que nunca se dijo. Tragó con fuerza, buscando las palabras adecuadas.

— Sabes, incluso como solterona, si me ven aquí contigo, fuera de los salones de baile, mi reputación quedará arruinada para siempre, ¿verdad? Así que espero que tengas una buena razón para pedir este momento a solas...

— Necesito que sepas toda la verdad, Juliette. — Su voz era un susurro ronco, lleno de emoción. — En su lecho de muerte, Josefina confesó... confesó que había recibido una carta tuya hace diez años. — Cerró los ojos por un momento, como si los recuerdos todavía lo desgarraran. — Lo rompió, privándome de saber que estabas esperando nuestro hijo.

Juliette jadeó ligeramente y se llevó la mano al pecho como para contener el dolor que volvía a surgir. Pero Simon continuó, sintiendo la urgencia de su confesión.

— Eso no lo justifica... porque tu primer error fue dejar entrar a esta mujer en tu vida y olvidarte de nosotros, de todo lo que me prometiste esa noche antes de abordar. Donde en la mayor inocencia me entregué a ti... — Habló con una voz llena de dolor.

— No tenía alternativa... — continuó con voz llena de emoción — Me vi obligado. Ella hizo arreglos para que yo comprometiera su honor frente a todos y, como hija del comandante, no había manera de que pudiera negarme. Pero yo nunca... nunca dejé de amarte.

— ¿Fue tan grave? ¿No podrías al menos haberme escrito? ¿Dijiste la verdad? ¿Preferiste esconderte como un cobarde?

— Cuando me di cuenta de que estaba atrapada en un destino que no elegí, pensé que alejarme sería lo mejor para ti. Que si me dieran por muerto, tu dolor sería menor que el de saber la verdad. Extendió la mano, vacilante. — No sabía nada de nuestro hijo. Habría intentado regresar, si lo hubiera sabido, aún a riesgo de perder la vida... Porque en cierto modo, lejos de ti ya me sentía muerto...

— Yo... sinceramente no sé qué decir... Sólo espero que no seas tan vil como para intentar manipular mis sentimientos. ¿No es suficiente todo lo que he pasado?

- ¡Nunca! Soy un oficial experimentado, ya no quisiera tener esta carga en mi conciencia. La duda y el peso son suficientes para que, si mi hijo quedó en el círculo de los expuestos... si nuestro hijo sufrió por mi ignorancia... nunca me lo perdonaré.

Los ojos de Juliette se llenaron de lágrimas, ahora el enojo inicial dio paso a un dolor compartido. Su voz, cuando finalmente habló, era débil pero firme.

—No, Simón. Theodore... — se le quebró la voz, pero se obligó a continuar. — Theodore es nuestro hijo. Hubo un momento en que mi padre, en su furia, consideró obligarme a dejarlo, pero mi madre no lo permitió. Fue creado como mi hermano para protegerlo, de hecho, para protegernos a él y a mí del escándalo. Por un momento, la muy sensible Juliette del pasado regresó y habló con lágrimas de emoción en los ojos.

El alivio y el dolor se mezclaron en el rostro de Simon y, antes de que pudiera pensar, dio un paso adelante, sosteniendo las manos temblorosas de Juliette.

— Juliette, no puedo disculparme lo suficiente por todo lo que has pasado. Pero ya estoy aquí. No me rendiré contigo ni con nuestro hijo. Si me lo permites, quiero reparar lo que pueda y hacerte mi familia... Quiero que nos casemos, y quiero que por fin encontremos la paz.

Ella lo miró y la batalla entre el orgullo y el amor se reflejó claramente en sus ojos. Finalmente, suspiró, cediendo al deseo que nunca había muerto del todo.

— ¿Qué quieres decir exactamente con eso?

— Te pido tu mano en matrimonio. Espera, hagámoslo bien. — Hizo una pausa. — Al menos intentemos reparar un poco del pasado y de tus sueños de niña, rotos por mí...

Luego, Simón llevó su mano a una pequeña maceta al lado de ellos, donde había una pequeña planta. Usando sus habilidades militares con las que luchó en la selva, tomó una de las ramas delgadas e hizo un pequeño círculo, cerrado por un pequeño nudo. Juliette miraba todo sin entender realmente, de una manera que sospechaba, pero no quería volver a decepcionarse. Así

que lentamente se arrodilló frente a la hermosa mujer que el dolor y el tiempo habían parido y le hizo el pedido.

— Juliette, amor de todas mis vidas, si es posible, recibe este anillo simbólico en señal de mi amor y te lo ruego: ¡Cásate conmigo! — En la penumbra del invernadero, sus ojos azules brillaban de emoción.

Juliette apenas podía creer lo que estaba viendo frente a ella, no era la petición más adecuada, considerando todas las costumbres y su noble posición, pero estaba pidiendo por el amor de su vida, el amor de todas sus vidas, si es así. sería posible. Pero así es como ella se sentía.

—Sí, Simón. ¡Acepto! Eres el amor de mi vida. El amor de todas mis vidas que han pasado y que están por venir, si es posible. — Juliette habló emocionada, sin poder contener las lágrimas de emoción y antes de que pudiera decir algo más, se levantó, colocó el simbólico anillo en su delicado dedo y la estrechó entre sus fuertes brazos.

Capítulo 20

Sus labios se encontraron en un beso lleno de anhelo, perdón y promesa. Las manos de Simon se deslizaron por su espalda, acariciándolo, mientras que las manos de Juliette acariciaron la nuca, alborotando su cabello. Fue el encuentro de una pareja enamorada, sedienta de amor y anhelo, que llevaba en su interior el sentimiento de haber estado separados durante siglos. De repente el beso y el tierno momento se convirtieron en algo más atrevido, una necesidad de apaciguar no sólo el anhelo, sino el deseo que había estado reprimido entre ellos durante años.

Eran pareja, ahora adultos, padres de un hermoso niño y a pesar de las reglas sociales, merecían esa noche para olvidar todo eso y simplemente amarse.

— Simón... cómo esperé este momento...

— Juliette, nunca más dejarás mis brazos...

Juliette lo sintió cuando durante el beso, Simon la condujo suavemente hasta un rincón del invernadero, haciéndola sentar en un banco. Luego, mientras le susurraba palabras de amor al oído, le levantó las faldas, le bajó las medias y acarició sus suaves muslos, tan suaves como siempre. Así que se acomodó entre sus piernas y ella, aunque anticipó lo que estaba por suceder, no protestó. Al contrario, le encantó la idea. Simon, seguí acariciando su espalda, al mismo tiempo saltando los cordones de su corsé, mientras Juliette se entregaba a ese momento como si el tiempo se hubiera detenido.

— Hermosa y pura, como nuestra primera vez, la maternidad solo te hizo aún más bella y deliciosa... — fueron las palabras de Simón en su oído, mientras la penetraba suavemente, prediciendo que ese camino nunca había sido recorrido por otra persona que no fuera ella. a él.

— Simon... ha pasado mucho tiempo... — Susurró... llena de deseo, combinado con un poco de miedo.

— Lo sé... pero hay cosas que nunca olvidamos... y ahora que tengo más experiencia, te cuidaré aún mejor. Entrégate completamente a mí y déjame el resto a mí... mi bella dama...

El calor del deseo, sofocado durante años, estaba presente, ardiendo entre ellos de manera abrumadora. Juliette, pero se dio cuenta, cuando Simon, le quitó todo el vestido, dejándola desnuda de cintura para arriba y deleitándose con su boca y sus pechos. Mientras Juliette, con las faldas levantadas y las piernas fuertemente cruzadas alrededor de la cintura, no respondía por ella, con tanta pasión y deseo.

Allí, bajo la tenue luz del invernadero, entre las fragantes hojas y flores, los dos se amaban con la urgencia de quien rescata una vida perdida. Fue un encuentro entre una pareja de enamorados, presenciado sólo por la luna y las sombras que danzaban en las paredes de cristal. El amor, aunque oculto, volvió a florecer entre ellos, como la promesa de un nuevo comienzo. Los acordes y la música que se podían ver a lo lejos desde el salón de baile servían como una especie de sinfonía para abrazar su amor y amortiguar sus gemidos de placer. Luego, al final de todo, la

cabeza de Juliette cayó sobre el hombro de Simon y él la abrazó firmemente, hablándole al oído.

— Hermosa y espléndida... Veo en mis brazos a esa hermosa niña que se entregó a mí en el carruaje, que con toda su dulzura y calidez me acogió en su cuerpo...

— Veo en mis brazos, a ese hermoso niño que conocí en la cena de Navidad y que juré esperar por siempre...

Epílogo:

El sol primaveral iluminó la Capilla de San Jorge con una luz suave y dorada, que se filtraba a través de las vidrieras y proyectaba coloridos diseños sobre los invitados reunidos. El aire se llenó de una alegría serena, y la pequeña capilla, con sus piedras antiguas y su innegable encanto, parecía un santuario de promesas renovadas y amor redescubierto.

Simón, con su uniforme de gala, mantenía una postura erguida e imponente, pero su mirada delataba una emoción que pocos habían presenciado. El brillo de sus ojos reflejaba años de anhelo, dolor y, en última instancia, redención. Estaba esperando el momento que parecía haberse escapado de sus dedos durante tanto tiempo. El murmullo de los invitados cesó tan pronto como se abrieron las puertas, revelando a Juliette.

Apareció con un vestido de seda blanco, sencillo pero deslumbrantemente elegante, que resaltaba su belleza natural. Su cabello, ondulado y recogido con una corona de pequeñas flores silvestres, se balanceaba suavemente mientras caminaba por el pasillo central. La tímida sonrisa en sus labios y el brillo de las lágrimas contenidas en sus ojos hicieron que cada uno de los presentes sintiera la fuerza de ese momento. Simon sintió que su corazón se encogía y luego se expandía, como si el universo entero estuviera contenido allí, en ese momento.

La duquesa Emily, con una sonrisa orgullosa, intercambió una mirada de complicidad con Juliette mientras la acompañaba por el pasillo. El duque, al principio de mala gana, ahora miraba con una mezcla de nostalgia y aceptación. En la capilla solo se encontraban amigos y familiares, personas que, de una forma u otra, habían sido testigos de la historia llena de idas y venidas que desembocó en aquel día.

Cuando Juliette se detuvo frente a Simon, el mundo pareció quedarse en silencio. Los votos se intercambiaron con voces firmes pero cargadas de emoción. Simon tomó las manos de Juliette con reverencia, como si ella fuera la pieza más preciada de su vida, y sus ojos se encontraron con la promesa de un amor eterno que las palabras nunca podrían lograr.

— Puedes besar a la novia — anunció el sacerdote, con una sonrisa cómplice. Por las expresiones emotivas en los rostros de la pareja se ganaron el cariño del sacerdote

Simon se inclinó y sus labios se encontraron con los de Juliette en un beso profundo, tierno y significativo. Una ola de aplausos y suspiros recorrió la capilla, resonando entre las piedras antiguas que tantas historias habían escuchado. Cuando el beso se rompió, permanecieron cerca, compartiendo una sonrisa radiante.

Tan pronto como terminó la ceremonia y los novios, ante la mirada satisfecha de todos, caminaron hacia la puerta principal de la iglesia, fueron interrumpidos por una voz suave que llamó la atención de todos. Theodore, con su familiar cabello y ojos rubios, se acercó, tirando suavemente de la falda de Juliette.

— Mamá y papá dijeron que podía preguntar... ¿Puedo vivir contigo? ¿Me llevarán a casa? — Su inocencia trajo calidez instantánea a los corazones de todos, y las lágrimas finalmente escaparon de los ojos de Juliette y Simon.

Simon se agachó junto a Juliette, colocó una mano amorosa en el hombro del niño y, en un coro emotivo, ambos respondieron:

— Sí, querida, vienes con nosotros.

Lágrimas de alegría se mezclaron con sonrisas y renovados aplausos llenaron la capilla. El futuro que parecía imposible ahora se extendía ante ellos, con nuevos recuerdos esperando ser creados.

Su salida de la capilla estuvo acompañada por el sonido de campanas y risas, mientras Simon y Juliette caminaban uno al lado del otro, con Theodore entre ellos, la promesa de una vida llena de amor y esperanza finalmente cumplida.

Y así, bajo un cielo azul y las bendiciones de amigos y familiares, comenzaron la vida que siempre fue para ellos, juntos, como familia. La familia que, en un pasado lejano, fue destrozada por acciones sin consecuencias, obtuvo una nueva oportunidad de una nueva vida.

Nota del autor:

Escribir la historia de Juliette y Simon fue un doble desafío para mí. Desde el principio supe que necesitaba hacer justicia a su importancia, después de todo, son la pareja que dio origen a la maldición de los Duques de Cantrell, presentada en *El Duque y la Novizia* , el libro que inició la serie *Los Cramptons* . Por eso, sentí la responsabilidad de ofrecerles una narrativa llena de giros y emociones, digna del legado que portaron. Quería que el último volumen siguiera la línea del primero, con intensidad, pasión y sorpresas. Espero sinceramente haber podido transmitir al menos un poco de esto y que leerlo haya sido tan emocionante para ti como lo fue para mí al escribirlo.

Y así llegamos al final de la serie de época *Los Crampton* . Espero que hayas disfrutado de las aventuras y los apasionados romances que dieron forma a esta familia durante el período de la Regencia inglesa. Juliette, a pesar de no ser *Crampton* de sangre, pasó a formar parte de esta familia de corazón, acogida y amada por Emily, quien un día fue su institutriz y más tarde se convirtió no sólo en su madrastra, sino en su madre de corazón.

Gracias por acompañarme en este viaje literario.

Karina Bezerra